

A full-body portrait of a man with short, dark hair and a light beard. He is wearing a white long-sleeved button-down shirt, unbuttoned at the collar, over a grey tank top. He is also wearing dark blue jeans with a black belt. His hands are in his pockets, and he is looking directly at the camera with a slight smile. The background is a dark, textured wall.

BODYGUARD ROMANCE

MATT

AGENCIA PIPEN 4

Maya R. Stone

MATT



Agencia Pipen 4

Maya R. Stone

CAPÍTULO 1

CAPITULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPITULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPITULO 27

CAPITULO 28

CAPITULO 29

NOVEDADES

CAPÍTULO 1

TAYLOR

Bostezó largo y se estremeció levemente. Eran las 6:47 de la mañana, pero su día arrancó una hora atrás y no había tenido pausa. No era como si esto le quitase las hilachas de sueño, y culpaba de esto a la ausencia de café. Este se había enfriado dos veces.

Eso sí, el de la cafetera tiene la temperatura ideal para Natasha, tal y como a aquella le gustaba. Taylor suspiró y rodó sus hombros. El cansancio que portaba era antiguo, estaba adherido a sus huesos.

Ya había revisado e impreso la agenda del día, dos copias porque su hermana siempre perdía una a poco de comenzar la jornada. Mireo con ganas la taza de café en el borde del maquillador y contuvo el deseo de tomarse un instante para ella.

No hay tiempo, decidió. Había un email del equipo de producción marcado como urgente que necesitaba su atención. Algo adicional sobre las reglas del concurso, de último momento. Sopleo con frustración y se conminó a reprimir el fastidio.

No era su tarea, pero el asistente de Natasha, Derek, llevaba meses redirigiendo parte de su carga de trabajo hacia ella. ¡Y vaya que eso sí lo hacía con eficiencia! Taylor resopló mientras caminaba hasta la zona de percheros y revisaba el conjunto que Natasha había elegido para las tomas de prueba: pantalón negro, blusa blanca estructurada y una chaqueta que costaba más de lo que Taylor ganaba en un mes de su propio negocio. *Está perfectamente planchado*, determinó.

Inspiró hondo mientras cerraba los ojos, por un momento apostando a que la respiración cuadrada la ayudara. Gracias a su profe de yoga que le había enseñado esta técnica tan sencilla y calmante. *Inspira por la nariz. Uno, dos, tres, cuatro. Retiene. Uno,*

dos, tres, cuatro. Exhala, cuatro tiempos y cuenta cuatro más. Repite. Listo. Ese instante era lo que podía dedicarse.

La suite olía a las flores frescas que consiguió con el servicio de habitaciones. Los ramos que compró la tarde anterior tenían un par de pétalos caídos y Natasha notaba ese tipo de cosas. *Esto parece un cementerio, Tay, es deprimente. ¿No puedes hacer las cosas ciento por ciento? Es frustrante.*

¡Vaya que dolían esas frases! Taylor se cansaba de los silencios ante lo que estaba perfecto y las críticas ante la mínima incorrección. *Y aquí sigues, pendiente, sin elevar la voz como debes. Todo por una promesa.*

No era solo por eso. No era tan simple. Ojalá. *Amas a Shei... a Natasha,* se recordó. Era así. No estaba tan segura de que fuese mutuo, empero.

Miró el reloj. Las 6.55. Natasha debía comenzar su jornada a las siete. Cinco minutos era todo lo que necesitaba. Estos instantes son los que aprovechaba para sumergirse en su propio trabajo, el de verdad. El que creó y era su orgullo, el que la satisfacía y la hacía sentir viva y orgullosa de sí misma.

Su socia le escribió ayer dos veces para urgirla; había una decisión sobre el proveedor de packaging que no podía esperar hasta la noche. Empezó a tipear. Por primera vez en la mañana, durante aproximadamente trescientos segundos, Taylor Miller existía para algo que no era su hermana.

Cuando la puerta se abrió a las 7.05 minutos, el solaz se acabó. La reina comenzaba su periplo y los súbditos no podían mirar otro sol, ironizó Taylor tratando de imponer humor a su situación.

+++

NATASHA (Sheila)

Detestaba empezar el día tan temprano. Su piel lo sufría, su humor más. Le costaba despertarse y las ojeras se marcaban y le daban un marco sombrío a sus ojos.

Con la práctica nacida de los años realizó la limpieza e hidratación facial, se colocó la base fluida y el bálsamo de labios, se perfumó y envió su cuerpo semi desnudo en la bata. Su atuendo estaba en el vestidor, en las mejores condiciones, eso esperaba. Para eso le pagaba una fortuna a Derek. No era como si este diera tres carajos, amparado en el poder que tenía sobre ella.

No, no iba a pensar en esto, tenía que lucir espléndida y la preocupación le generaba arrugas. Avanzó por el pasillo con decisión y empujó la puerta, mirando en derredor. La ropa estaba lista, olía divino y allí estaba el café. Por supuesto que la que se había encargado era Taylor; Derek brillaba por su ausencia.

Hizo un gesto de fastidio. Comandaría a su hermana a hablar con el asistente, esto era inaceptable. Aunque fuese por las apariencias ese jodido tenía que sostener su rol. *Hijo de perra.*

Inspiró hondo y se concentró en la expresión de Taylor, que estaba focalizada en su teléfono. Este era el verdadero termómetro. Mmm. Tenía esa línea entre las cejas y esa expresión distendida que significaba que estaba haciendo algo que no tenía que ver con Natasha. Atendiendo su pequeño negocio de cajas y moños, seguramente.

Francamente, era molesto, no comprendía que Taylor tratara con seriedad desproporcionada algo tan... modesto. Tan Taylor poder con todo. Avanzó con ruido y fue a la cafetera para servirse un café. Lo sorbió con placer. Estaba perfecto. Su mirada se deslizó a las perchas y con la taza en la mano fue a ellas.

—Buenos días, Natasha. ¿Descansaste?

Empinó la taza y disfrutó el último sorbo, y asintió mientras dejaba caer la bata a sus pies y se vestía con eficiencia de movimientos para luego observarse en el espejo. Se dio la vuelta, posó en varias posturas.

Bien, estaba muy bien. El traje de chaqueta y pantalón le sentaba. Gucci, su favorita. Sonrió con placer pensando en lo lejos que había llegado y cómo su yo adolescente la miraría si viajase en el tiempo y se presentase. La pequeña Sheila estaría con la boca abierta. *Natasha, recuerda, eres Natasha.*

—El color te sienta —dijo Taylor mirándola con apreciación.

Por supuesto que sí. Sonrió y ensayó una mirada seductora, luego giró y sus pestañas se abanicaron y ensayaron una expresión más ingenua. No era tan natural, pero pasaba. Batió su cabello y se calzó los tacones.

—¿Dónde está la maquilladora?

—Dijiste que no la necesitabas en la mañana.

—Claro que no dije eso, las ojeras se ven mal —se inclinó hacia el espejo y se apreció.

Sí había dicho que no la necesitaba, pero no importaba. Quería la atención de Taylor, no su distracción. *No es como si le pagaras*, sugirió su mente traidora que de tanto en tanto se aliaba con su hermana, pero ignoró el mensaje.

Tay era su familia, sangre de su sangre. Hermana a medias, pero ellas nunca lo vieron así. Taylor era su gente, su hermana. Se tenían una a la otra. Ella, Sheila... *Natasha*, se corrige. *Natasha Morozova, no lo olvides*, se insta.

Taylor cruzó la sala sin comentar y la ayudó a ajustar el cuello del conjunto un centímetro. Luego le dio el corrector líquido y retrocedió mientras Natasha se retocaba. Sentía los ojos que la miraban con esa expresión de espera tranquila que a veces Natasha encontraba reconfortante y a veces, como hoy, le resultaba insoportablemente fastidioso.

Claro que no era Taylor. Era que Natasha estaba nerviosa. Hoy empezaban las pruebas de cámaras, el reto se hacía real. No, no estaba nerviosa. Ella podía dominarse. No era su primer rodeo. Joder, había sufrido, penado y ganado en Alaska.

Esto era anticipación. Adrenalina. Un nuevo reto estaba al frente y ella debía brillar. Este reality era un paso más a la cima.

—¿Mejor? —pregunta Taylor.

—Mmm.

Movió el cuello con delicadeza mientras su mirada se encontraba a sí misma en el espejo. Hoy empieza todo. Dieciséis horas de cámara. *Soy Natasha Morozova y soy exactamente lo que la audiencia necesita ver. Hermosa. Atlético. Inteligente y graciosa. La estrella emergente que tomará Hollywood por asalto.*

Sheila Miller no existía. Sheila Miller era débil y fue enterrada a los diecinueve años, llena de deudas y decisiones que no se podían deshacer. Sheila Miller creció en un condado cuyo nombre Natasha no pensaba en voz alta ni en su propia cabeza. Sheila tenía un pasado que Natasha no podía cargar. Natasha era luz, reflectores, dinero, fama. Presente.

Revisó su teléfono. Había cuatro notificaciones del área de prensa. Sonrió con deleite. Eran todas buenas noticias. La narrativa de esta temporada estaba tomando forma y ella la estaba controlando exactamente como necesitaba.

El teléfono de Taylor sonó fuerte y disruptivo. La miró con una ceja elevada en silenciosa demanda que su hermana entendía bien. Este día comenzaba la temporada del Challenge. Necesitaba a Taylor en su mejor forma, no ocupada en sus insensatos sueños. Natasha las llevaría a ambas a la cima. Taylor solo necesitaba cuidar de ella.

+++

El teléfono vibró por cuarta vez. Era Claudia, Taylor no necesitaba mirar la pantalla para saberlo. Su socia tenía esa persistencia amable de quien genuinamente cree que Taylor tenía vida propia, y en otro contexto eso sería enternecedor.

—¿Es importante? —preguntó Natasha sin levantar la vista de su propio teléfono.

Sus palabras demandaban un *no* por respuesta y abandonar a Claudia, pero aquella estaba acostumbrada a sus silencios de radio y a sus respuestas a deshoras. Era lo que era. Comenzaba el día, de verdad. Escondió las ganas de mandar a su hermana a tomar por culo y rebelarse y respondió lo lógico en este contexto.

—No.

Silenció y guardó el dispositivo y fue a la cafetera para verter dos cafés, y con ambos se acercó a Natasha en el ventanal. Bebió el oro negro y se relajó mientras la postura de su hermana se hacía tensa.

Los hombros, el ángulo de la cabeza, el rostro, todo se aclimatava a la cámara imaginaria siguiéndola, aunque la real no se

encendiera hasta las nueve. Taylor lo conocía de memoria, ese momento en que los retazos de Sheila desaparecían y aparecía la estrella.

Recogió las dos copias de la agenda y se las entregó. Natasha las miró y asintió.

—Necesito que te quedes disponible hoy. Sin desaparecer con el teléfono.

—Sí.

Por supuesto, no osaré a salir de tu burbuja. Las palabras de su cabeza no portaban resentimiento. Llevaba suficiente tiempo siendo honesta consigo misma para saber que lo que sentía era más viejo y más complicado que el resentimiento.

Era el cansancio específico de querer a alguien con los ojos abiertos. Ver exactamente quién es, lo que toma de ti, lo que cuesta, y quedarte igual.

Cuídala, Taylor. Sabes cómo es. Frágil debajo de esa coraza.

La voz de su madre llegó sin anuncio, sin dramatismo. Con esa certeza tranquila de lo que Taylor aceptó a los dieciséis años sin entender del todo lo que firmaba. Natasha se volteó y la evaluó en dos segundos.

—¿Lista?

Taylor levanta su copia de la agenda y sonrió del modo perfeccionado en años: presente, eficiente, sin bordes.

—Siempre.

CAPITULO 2

MATT

El abrazo con Isabel duró más de lo habitual. Matt sonrió y luego dio un cariñoso beso en la frente de su hermanita. No porque estuviese casada dejaba de ser su Isabelita. Chabela.

—Es un tiempo corto, cariño. Estaré de vuelta apenas te des cuenta.

Isabel no dijo nada, pero asintió. Matt la sintió diferente en el abrazo. No era algo físico, aunque su postura era más segura. Isabel estaba más asentada, más en control. Floreciendo en su embarazo. Segura de sí, de su valor; feliz y enamorada.

Esta que lo abrazaba era una mujer en su plenitud, y si Matt sentía una leve nostalgia de la pequeña que creció con él, no podía estar más orgulloso. Isabel Vargas era una mujer de negocios, una esposa enamorada que resurgía sana y fuerte luego de una experiencia terrible. Una futura madrecita.

Espantó el recuerdo feo. No quería pensar en el secuestro, el rescate, el miedo que sintió al pensar que tal vez no la vería más. Estaba viva, plena, y al cuidado de Darius. Su amigo y colega veneraba la tierra que pisaba. Más le valía al gilipollas, o se las vería con él.

Claro que no había chance. Esos dos eran... Intensos. Dare la quería bien y la cuidaba como si fuese una flor exótica y delicada. Matt tenía que dejarla volar sabiendo que siempre estaría para él de otro modo.

—Vas a llamarme —dijo ella contra su hombro. No era pregunta.

—Por supuesto.

—Y vas a comer sano y a menudo. Ese ambiente del cine es conocido por los excesos.

—Isabel...

—Vas a descansar las horas que corresponden, no las que te quedan después de revisar perímetros tres veces. Mirar porno no cuenta como relajación.

Matt se separó lo suficiente para mirarla con la boca abierta. Se llevó una mano al pecho como una doncella victoriana.

—¡Quién eres y qué has hecho con mi hermana!

Ella rodó los ojos y llevó su mano al cabello. El anillo en su mano izquierda captó la luz de la mañana. Darius estaba en la puerta, dándoles espacio, pero sonreía.

—No puedo creer que mis oídos acaban de escuchar esto. No pareces mi ingenua Isabelita. Tan solo ayer...

—Sí, sí, me cambiabas los pañales, lo sé. Lo digo en serio, cuídate. Hollywood es peligroso.

—Voy a Albuquerque, cariño.

—Los participantes de ese reality se creen realeza hollywoodiense, sin embargo. He escuchado algunas entrevistas.

Matt rio y asintió con seriedad e hizo un guiño a Darius, que ahora meneaba la cabeza. Matt podría afirmar que algunas de las presunciones tenían fundamento, pero solo la preocuparía más.

—Cuídala —dijo a su cuñado por encima de la cabeza de Isabel.

—Con mi vida.

—Sé que sí. —Matt soltó a su hermana—. Por eso no te mato.

Isabel puso los ojos en blanco. Darius sonrió. Era la dinámica que habían encontrado, los tres, y funcionaba.

+++

Ya en el avión, Matt eligió asiento de pasillo. Era un hábito de seguridad: visión del espacio, espalda cubierta, salida visible. El cuerpo tomaba esas decisiones solo después de suficientes años.

Se colocó los auriculares, pero no puso música. Su cabeza estaba ocupada. Le había dicho a su hermana que no estaba listo para comprometerse. Ni ganas tenía. Y era verdad. Seguía siendo verdad.

Pero lo que no había dicho era que verla así con Darius, y ver a sus amigos felices... Scott, Elijah y Louie, Nathan, su familia elegida y profesional crecía y los ejemplos de parejas que funcionaban, se completaban y se hacían felices le hacían pensar.

No era envidia. No podía estar más feliz por ellos. La sensación era más parecida al reconocimiento de un hueco. Como cuando uno palpa una pared en la oscuridad y encuentra donde falta el revoque. Eso. Algo faltaba para estar completo. Había un hueco, pero no sabía qué cojones poner en él. Eso era el problema.

El avión despegó y observó a Providence achicarse hasta desaparecer. Luego miró el techo del compartimiento de equipaje y pensó en Albuquerque. Su misión estaba allí. Tenía que prepararse. Estaba inmerso en un asunto importante, Scott Pipen confiaba en él, y su protegida...

Joder, su protegida era una bella mujer que se comportaba como una topadora.

Estaba metido en un lío, sabía que era así. Era fundamental dar un paso atrás, recordarle a Natasha Morozova... Recordarse que esto entre ambos tenía que terminar.

La había cagado grande cuando se dejó seducir. Sí, había sido espectacular, para tirar fuegos artificiales, pero... Lo menos profesional de su carrera, y esta era larga.

Tenía que tomar esta segunda parte de su asignación con absoluto profesionalismo. Boston fue... Un error. Él había estado mal por su hermana, inquieto. Había llegado a Morozova con la seguridad de que debía proteger a una engreída más mientras su familia estaba en riesgo. No esperó a la bella mujer que era fuego y hielo a la vez.

Tenía que ser cerebral ahora. Era el músculo que tenía una función: cuidar las espaldas de una artista. Scott confiaba en él. Este era su trabajo, joder. No podía prestar atención al tirano en sus pantalones que parecía no poder doblegarse cuando veía a la estrella en ascenso, a la hermosa Natasha.

La mujer deslumbrante que follaba como una diosa pagana desinhibida. El sexo caliente había explotado en medio de la logística preparatoria del programa que se filmaría en el desierto de

Albuquerque, mientras se desarrollaban las reuniones con producción, se atendía a la prensa que aparecía a cada instante y se pasaban horas en pruebas de vestuario y cámaras.

Su labor era clara: cuidar a la estrella de un acosador que encontraba huecos para acercarse y aterrorizarla. *Y vaya si la cuidó*, ironizó con amargura. Ella le había volado la cabeza, drenado la polla y dejado como si fuese un condón usado cada vez. Como si Matt fuese una bebida energizante que se ingería.

Sacudió la cabeza y se aclaró la garganta. Era un idiota. O un masoquista, porque la perspectiva de verla lo ponía cachondo. *Eres mejor que esto, gilipollas. Esa mujer solo te usa y tú tienes una tarea que cumplir, no puedes distraerte.*

Se enfocó en mirar a su alrededor. A su lado iba una madre con su niño. Sonrió al ver que el pequeño se afanaba en armar un rompecabezas de autos. Debía tener uno o dos años menos que el hijo de Nathan. Pronto la empresa Pipen se inundaría de pequeños. La inminencia de tener un sobrino le encantaba.

El sueño lo ganó y cuando despertó ya estaban por aterrizar. Estiró sus músculos y tomó su maleta de mano. Viajaba liviano, no necesitaba mucho. Sus zancadas comieron los metros a la salida.

El teléfono vibró en su bolsillo y lo tomó justo cuando salía del edificio y el calor seco lo abrazaba y le quitaba aire. Mierda, era intenso. Resopló y se enfocó en el mensaje, para menear la cabeza al ver que era Elijah para joder con él.

El meme era de las clásicas idioteces que le gustaban al cabronazo: dos fotos animadas. Arriba, un hombre de traje con el rostro de Matt, pero esmirriado, abrazado por una mujer robusta con una verruga al mejor estilo del villano de los Pitufos. *Lo que merezco*, decía el texto. Abajo, el mismo hombre arrastrándose detrás de una mujer sensual y en un vestido despampanante con la cara de Natasha. *Lo que deseo y no puedo tener*, rezaba un texto.

Matt sacudió la cabeza y se detuvo para contestar.

Matt: *(Emoticon del dedo del medio). Vete a la mierda, Elijah.*

Elijah respondió de inmediato.

Elijah: *Nah, estoy bien al lado de mi Louie.*

El cabrón tenía demasiado tiempo libre. Hizo un gesto casi siniestro al pensar en cómo corresponder. La idea vino de inmediato y tipeó un nuevo mensaje. Era para Louie. El hacker tenía al tonto de Elijah enredado en su mano.

Matt: *Ey, Louie. Olvidé decirte, Elijah me contó que quiere llevarte a ese encuentro de Inteligencia Artificial del que le hablaste. No sé cómo lograste interesarlo en el mundo digital, pero Eli está cambiado.*

Sonrió y se dirigió a uno de los taxis. No pasaron cinco minutos que tenía un entusiasta audio de Louie agradeciendo el dato. Y diez minutos más tarde, un mensaje de Elijah con dos hileras de emoticones hostiles.

Contuvo el deseo de reír alto. Elijah no podía decir que no a su pareja, así que tendría que tolerar un día de conferencias y muestras de idioma incomprensible y nerds pagados de sí mismos que pretendían tomar el mundo con sus aplicaciones.

Miró el paisaje mientras se aproximaba a la que sería su realidad por unas semanas. Necesitaba ser frío y cuidarse las espaldas. Cuidar el entorno de Natasha, hacer la tarea para la que le pagaban.

Albuquerque era exactamente lo que esperaba. Ocre, terracota, el verde puntual de los álamos cerca del río, las sombras largas del desierto al final de la tarde. Matt respondía a ese paisaje de una manera que no le pedía permiso. Era el color de algo que reconocía sin haber estado aquí antes de esta asignación.

En su cabeza repicaban las palabras de su madre contándole de Sonora, de donde había venido su abuela, de lugares que existían en él como memoria prestada. Paisajes de su cultura, de sus ancestros, de sus raíces.

El vehículo de producción lo esperaba. Lo manejaba un joven asistente, eficiente y ansioso por ser útil. Matt lo saludó por el nombre y el chico se aflojó lo suficiente como para contarle algunos detalles de lo que le esperaba.

—Estamos bastante listos. Los participantes están ansiosos, algunos un poco... complicados.

Hizo un gesto de circunstancias y Matt asintió. No tenía que decírselo, había observado lo demandantes que podían ser esas estrellitas. Eran agujeros negros que tragaban la atención y tiempo de los que les rodeaban, pero eso los volvía singulares y atractivos. Bellos, en forma, únicos en su capacidad de atraer el ojo del público y crear caos o novedad. Tenía que ser agotador.

Las instalaciones del set a esa hora tenían la energía de final de jornada: los técnicos guardando el equipo, algunos participantes en el área de descanso con sus móviles en mano, las luces del desierto cambiando de color mientras el sol bajaba.

Agradeció al muchacho que lo dejó en el centro del lugar y miró alrededor. Esperaba ver a Derek, el asistente de Natasha. O no, porque el jodido tenía la capacidad de no estar cuando debía, a su juicio. Lo poco que vio de él en Boston no le gustó nada.

Sus ojos registraron entonces a Natasha en el otro extremo del área principal. Estaba hablando con alguien del equipo de producción, de perfil, con esa postura que potenciaba sus mejores cualidades. El cabello rubio recogido, la línea de la mandíbula suave, su trasero de burbuja hacia afuera y sus senos hacia adelante, pero sin que eso fuera burdo o sexual. Ella era genuinamente sensual.

El calor que le producía era inconveniente. Lo reconocía. Lo había archivado en la categoría *problema profesional activo* y seguía sin resolverse. Aquí estaba, la polla removiéndose con interés. *Abajo, chico, abajo*, comandó.

Ella dio la vuelta y le vio, estuvo seguro, pero torció su cabeza sin saludarlo o darse por enterada de su llegada. Sonrió y se dirigió cual reina a un grupo donde destacaban tres periodistas. Matt apretó los labios, molesto.

Así es la cosa, cateto, y lo sabes. No eres nada más que diversión accesible para esta mujer.

Giró y buscó a la hermana, Taylor. Ella era la que conocía al dedillo cada detalle que rodeaba a Natasha. La vio en el área de coordinación con la tablet y el auricular, de espaldas, tomando una llamada telefónica. Cuando se dio la vuelta, apreció que tenía los hombros arriba, los brazos tensos y el rostro serio.

Esa mujer dormía poco, lo había notado. Tenía cansancio acumulado, ese que se adquiere de sostener el peso de lo que los demás, lease Natasha Morozov, preferían derivar.

Se regodeó en la contemplación sin planearlo. Había algo en Taylor que funcionaba diferente a todo lo que había en ese espacio. No era que fuera invisible, como había escuchado a alguien murmurar con malevolencia en Boston.

No, esa supuesta invisibilidad de Taylor era una ilusión que ella no construía deliberadamente, sino que el entorno le imponía porque era más cómodo que reconocer cuánto cargaba.

Era cuando uno la miraba de verdad, sin el ruido de lo demás, que notaba la corriente debajo. Quieta en la superficie. Movimiento real debajo. Como esos ríos del desierto que en verano parecen secos y tienen agua a un metro de profundidad. Matt reconocía la fuerza que se escondía en las sombras, y esta bonita chica la tenía.

Ella colgó. Se giró. Lo vio. Algo cruzó su cara: reconocimiento, un ajuste mínimo. No sorpresa. Taylor no parecía sorprenderse con facilidad. Se acercó rápidamente y lo saludó.

—Vargas, bienvenido —su voz sonaba neutral, pero no fría—. Me alegro de que haya vuelto. Natasha despidió al seguridad suplente antes de ayer.

Matt sopló con fastidio. Había debido dejar su puesto cuando ocurrió lo de Isabel, pero su reemplazo era bueno, se aseguró de ello. Era preocupante que esa estrellita fuese tan displicente con su seguridad.

—Ya estoy aquí. ¿Todo en orden?

—Depende de qué llame orden —Lo miró y parpadeó, quitando los ojos de él entonces—. Su habitación está en el bloque C. Le enviaré el código por mensaje.

—Gracias

—Bien. —Ella maniobró con su tableta y Matt escuchó su teléfono sonar.

Eficiente. A tiempo. En control. La observó un momento más, y por eso no se perdió el gesto de disgusto ante el grito de Derek.

—Taylor, querida, ¿dónde está el vestido para el cambio de la tarde?

Le pareció escuchar que ella maldecía por lo bajo, pero no lo pudo asegurar. Taylor no había movido su boca. Pero sus ojos... Matt carraspeó para llamar su atención y entonces comprobó que los enormes faros castaños refulgían.

Oh, sí, había fuego debajo de la superficie.

—Donde te dije que estaría, Derek, *querido*.

Matt sonrió mientras se dirigía al bloque C. La palabra querido sonó sacarina, pero estaba envuelta en fastidio. Se concentró en mirar el entorno. Había múltiples lugares donde se podría esconder una amenaza. En algún punto del perímetro, más allá de lo visible, había alguien que llevaba meses acosando a Natasha.

Encontró la habitación e ingresó el código. Adentro estaba fresco y olía a nada, pero estaba bien. Dejó el bolso en la cama. Se sentó. Miró el techo. Afuera, el desierto de Chihuahua se ponía rojo.

Bueno, cabrón, aquí estás. Más te vale focalizar en el trabajo.
21 días de filmación. Eso era todo. Días y noches largas en un desierto con egos crecidos que demandaban y tenían poca paciencia. Esto iba a ser... Interesante.

CAPÍTULO 3

La sala de reuniones estaba saturada y el aire acondicionado, ajustado a una temperatura casi glacial, no lograba disipar la sensación de encierro. Había demasiados cuerpos, demasiada ansiedad y demasiados *walkie—talkies* chirriando para un espacio tan reducido.

Matt eligió la posición óptima para resguardar y observar: de pie, contra la pared del fondo. Desde allí dominaba cada ángulo, tenía la salida a su izquierda y la seguridad de que nadie aparecería a sus espaldas. Era parte de su formación militar y sus años en la Agencia Pipen lo habían grabado a fuego; sobrevivir y proteger empezaba por saber dónde se estaba parado antes de que el caos se desatara.

Los participantes habían ido llegando a cuentagotas, cada uno arrastrando su propio ecosistema de egos. Una cantante de pop latino en ascenso se instaló en la primera fila con la barbilla en alto, como si estuviera esperando que alguien le pidiera un autógrafo que no pensaba dar.

Un exjugador de fútbol americano ocupó el doble del espacio necesario al extender una pierna sobre la silla contigua, expandiendo sus hombros como si tratara de marcar el territorio. Luego estaba la influencer, una chica con una energía eléctrica y agotadora, de esas que viven para el encuadre perfecto y que parecían sufrir una crisis existencial si no tenían una lente capturando su mejor perfil.

El último en entrar fue un actor que creía haber visto en alguna serie, pero que no estaba en su pico a pesar de que se movía con la desidia de quien siente que le hace un favor al mundo con su sola presencia.

Y todos, absolutamente todos, esperaban. El director del programa consultaba su reloj con gesto nervioso, pero no arrancaba. No podía. Faltaba una pieza en el tablero y el ambiente estaba cargado de esa silenciosa impaciencia que solo provocan las divas.

Cuando Natasha Morozova se dignó a homenajearlos con su presencia, la sala pareció experimentar un cambio físico; fue una especie de reordenamiento del aire, un aumento de la presión estática, como el momento justo antes de que una tormenta eléctrica rompa el cielo.

Ella no entró, se deslizó. Sin apuro, con esa sonrisa que no era para nadie en particular y, sin embargo, parecía destinada a todos al mismo tiempo. Se movió hacia su asiento con la naturalidad de quien confía que el reloj del mundo solo empieza a correr cuando ella llega.

Al pasar junto a Matt, no se detuvo, pero se inclinó lo suficiente. Fue solo un segundo, un roce de calor en medio del frío artificial.

—Te eché de menos —su voz llegó baja, directa al oído de él, con una vibración que Matt sintió hasta en la planta de los pies.

Matt fijó la vista al frente manteniendo la máscara de profesionalismo absoluto, aunque por dentro sus sentidos se habían puesto en estado de alerta máxima. La influencer, que no había perdido detalle del intercambio, la observaba con una sonrisa demasiado ancha, cargada de una malevolencia que pretendía ser camaradería.

—Llegas tarde —le soltó la chica a Natasha, usando ese tono pasivo—agresivo de quien intenta bromear para ocultar que está midiendo fuerzas.

Natasha se acomodó en su silla con una elegancia felina, cruzó sus piernas largas y enfundadas en pantalones ajustados, y la miró con un aburrimiento tan estudiado que resultaba más insultante que un grito.

La influencer se removió, incómoda, y cometió el error de buscar un aliado. Miró directamente a Matt, recorriéndolo con una lentitud descarada, evaluando la anchura de sus hombros y la firmeza de su mandíbula antes de dedicarle una sonrisa que era una invitación abierta al pecado. Luego, se inclinó hacia Natasha en lo que pretendía ser un susurro discreto, pero que Matt captó perfectamente.

—Oye... ese guardaespaldas tuyo sí que es un vaso de agua fresco y tentador en este desierto. Me encantaría beberlo todo —dijo la chica, con un brillo de desafío en los ojos.

Natasha se hizo hacia atrás, como si la influencer fuera algo radioactivo que acabara de tocar su piel. No se molestó en susurrar. Su respuesta fue un latigazo que cortó el murmullo de la sala.

—En tus sueños. Busca tu propio entorno —le espetó, y luego, elevando aún más la voz, remató—: Enfócate en tu carrera. Escuché que va en declive y estos días en cámara te hacen falta si no quieres terminar haciendo anuncios de detergente.

La influencer enrojeció hasta las orejas, quedando muda ante la brutalidad del ataque. Hubo un silencio sepulcral, roto solo por el suspiro largo y resignado de Taylor desde la tercera fila.

Matt hizo un gesto de disgusto interno. Aquella violencia verbal era innecesaria, una ríspida demostración de poder que solo servía para generar enemigos. *Ciertamente te cae bien a ti, cateto*, se dijo, dándose cuenta de que, a pesar de la arrogancia, no podía dejar de admirar la fuerza con la que Natasha devoraba el espacio.

El director carraspeó y llamó la atención tratando de recuperar los pedazos de la reunión. Durante los siguientes minutos, la charla derivó hacia el cronograma, la estructura de las pruebas y la logística de las cámaras. Matt escuchaba con la mitad de su atención. La otra parte estaba dedicada a escanear la sala.

Sus ojos se detuvieron en Taylor. Ella estaba con su inefable tablet sobre las rodillas y sus lentes a media nariz tomando notas con una velocidad eficiente que contrastaba con la inutilidad de Derek. El pretendido asistente estaba apoyado contra la pared en un rincón fingiendo que revisaba su teléfono cuando en realidad solo miraba a su jefa de una manera que a Matt no le gustaba nada.

Había algo parasitario en él que no encajaba con el set o con su rol. Por qué Natasha permitía que este hombrecito vegetara era un misterio para él, pero le fastidiaba. La perjudicada era Taylor, ¿cómo era que no lo veía Natasha?

Si alguien tratase así a Isabel él haría su tarea hacerle la vida difícil, pero la estrella no registraba nada

El anuncio del protocolo médico llegó hacia el final y rompió la calma. La médica del *challenge*, una mujer de rasgos duros y voz de mando, lo explicó sin rodeos.

—Se harán controles de orina cada setenta y dos horas de forma random. Todo medicamento que tomen debe estar declarado en este formulario —afirmó, agitando el papel y pasando el fajo con copias—. No habrá excepciones, ni por médicos personales ni por estatus de celebridad.

La sala estalló en un coro de protestas. El actor dejó de mirar su teléfono para quejarse de la violación a su intimidad; la cantante cruzó los brazos con gesto desafiante. El ex jugador permanecía aburrido y era comprensible, acostumbrado a la dinámica. La influencer se encogió de hombros.

Algunos van a sufrir con esto, pensó Matt. Tenía el ojo entrenado para detectar las micro—expresiones de quienes ocultaban algo bajo presión. Miró a Natasha, esperando ver una grieta en su armadura.

—Me parece perfecto —dijo ella, regalándole una sonrisa deslumbrante a la médica—. Una competencia limpia es lo único razonable. No hay nada que esconder y esto da garantías.

Claro. Ella era sana y vital, en un estupendo estado físico. Matt la había visto entrenar en Boston y sabía que ese cuerpo atractivo era una máquina de alto rendimiento. En su mente, no había duda de que Natasha hablaba con sinceridad.

Lo que Matt no podía ver era el torbellino helado que se había desatado en el interior de Natasha.

+++

Idiotas. Todos ellos. Natasha mantenía la sonrisa fija, esa máscara de porcelana que había perfeccionado. Ya había evaluado a los demás en Boston y no los consideraba rivales. Eran estorbo desesperados por recuperar visibilidad. Especialmente la influencer.

Sus ojos fueron a ella brevemente. *Gilipollas.* Creía que podía poner sus ojos en lo que le pertenecía. Natasha no había pretendido ser tan cruel en voz alta, pero la sola idea de que aquella mujer

imaginara a Matt tocándola le había provocado una náusea posesiva que no pudo contener.

Matt era suyo. Por el tiempo que ella decidiera, por el tiempo que su libido latiera por ese cuerpo latino que parecía tallado en roca.

Sin embargo, la noticia de los tests médicos la había golpeado como un impacto físico. Su *Me parece perfecto* sonó firme y desafiante, pero sentía que el suelo desaparecía bajo sus pies. Sonreía porque la sala la miraba, y el público siempre merecía la mejor versión de Natasha Morozova.

Detrás de la fachada, el pánico era una mano fría apretándole los pulmones. Su mirada fue a Derek, que se miraba las uñas y evitaba sus ojos. Las cuentas no cerraban, le dijo su mente frenética. Dieciséis días de reserva. Más de veinte de grabaciones y desafíos, si no se retrasaban.

Las pastillas que silenciaban el temblor de sus manos y le permitían ser la mujer de acero que el mundo exigía se estaban agotando. Y ahora, con controles de orina cada tres días, el abismo se abría frente a ella.

Puedes con esto. Eres Natasha Morozova. Siempre has resuelto tus problemas sola, se repitió, usando su nombre como un ancla para no naufragar. Buscó a Taylor con una mirada lateral. Allí estaba ella, con sus lentes y su tablet, tan predecible y fiable. Familia.

Si le contaba... No, no podía. Taylor no lo entendería; entraría en pánico, trataría de ayudarla de la manera correcta, y lo que Natasha necesitaba no era moralidad, sino soluciones.

Volvió a mirar a Derek. El idiota estaba desperezándose en un rincón. Más le valía que estuviera pensando en cómo burlar esos controles, porque su gallina de los huevos de oro estaba a punto de quedarse sin plumas.

Finalmente, sus ojos derivaron hacia el fondo de la sala. Matt. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, marcando unos bíceps que ella ya había sentido tensarse bajo sus dedos. Los muslos potentes, la postura de alerta.

Hot, pensó, y sintió un tirón de deseo tan violento que le costó respirar. Cuando rodeada por el estrés, Natasha necesitaba desahogo, y el sexo era una válvula posible y apetitosa con su guardaespaldas en el lugar.

El recuerdo de Boston la invadió con la fuerza de un tsunami. Se acomodó en el asiento mientras la reunión progresaba. No había nada importante. Su cabeza traía info más relevante. Memorias. La penumbra del camerino en Boston. El olor a sudor limpio luego de un entrenamiento fuerte, y Matt...

Dios, Matt siendo todo, menos un caballero. El guardaespaldas había sido profesional desde el minuto uno, pero desde que Natasha lo vio supo que tenía que tenerlo. Esa sonrisa abierta y su expresión, los ojos roble oscuro, ese cuerpo. Cada centímetro de Matt Vargas la llamó desde el inicio. Así que se aseguró de disfrutarlo.

No era algo común en su esquema o agenda, al contrario. Los romances que le adjudicaban a diestra y siniestra no eran más que operativos de prensa cuidadosamente pautados. Esta excepción tenía que ver con su situación, con el deseo de alguien a quien aferrarse en la intimidad aunque fuese por minutos.

Alguien seguro, que no jugara con dobleces. No sabía por qué confiaba en que este guardaespaldas no la traicionaría, pero lo hacía.

Claro que ella fue la que lo abordó, pero él no retrocedió. Lo recordó empujándola contra la pared mientras su mirada la recorría y un gesto de profunda lujuria se extendía por su faz.

Sus manos grandes y callosas enredadas en su cabello y contra su espalda, apretando luego sus glúteos mientras la besaba con una pasión que la hacía gemir. Natasha se había frotado contra su pelvis sin titubeos, sintiendo su miembro duro contra su coño, que se mojó ante la perspectiva de tamaña polla llenándola.

Deshacerse del vestido corto fue cuestión de segundos y él rompió sus bragas con un tirón impaciente. Salvaje, apasionado, poderoso. Las manos de Natasha fueron a su cinturón y bajaron pantalón y boxers en un movimiento impaciente.

La polla gruesa y larga era lo que esperaba y más, y ella no tuvo reparos en agacharse e idolatrarla con su lengua y su boca. Devoró, con gula, con gusto. Si pareció experimentada era porque el miembro pertenecía a un hombre sensual y fogoso que la tenía loca de lujuria y porque ella hacía de cada performance la mejor.

El sexo oral no era una práctica habitual para ella, Matt podía considerarse premiado. Claro que no era algo que Natasha promocionaría.

Cuando él la penetró se sintió como una embestida que la dejó sin palabras. Aquel hombre no la follaba, la colonizaba. Y lo mejor era su discreción; al día siguiente, la miraba con esa cara de profesional imperturbable, como si no hubiera pasado una hora consumiéndola.

La ansiedad y el pánico por las pastillas parecieron ceder un poco ante el recuerdo y la perspectiva de volver a tenerlo. El sexo con él era su única droga legal, la única forma de drenar la angustia.

Esta tarde, se prometió, sintiendo cómo su cuerpo se lubricaba ante la sola idea de volver a ser sometida por él.

+++

La reunión terminó luego de idas y vueltas. Matt no se movió de su posición hasta que el grueso del grupo salió, pero sus ojos no seguían a Natasha. Ya no. Estaban fijos en Taylor y en su tormentosa expresión. Derek y Natasha acababan de dejarle más tarea, el primero con petulancia.

Se demoró en la contemplación de la línea de la columna recta, una postura que denotaba una fortaleza silenciosa, cargando con una responsabilidad que claramente no le correspondía.

Cuando Taylor se giró para buscar algo en su bolso la tela de sus jeans se ajustó contra sus glúteos de una forma que hizo que la sangre de Matt abandonara su cabeza.

Para, se dijo. Pero no podía. No sabía por qué su mente parecía dejar de funcionar al lado de estas hermanas. *Tienes tus instintos de protección agudizados, eso es. Y los de copular*, agregó con acritud. No parecía él, para nada. Pero aquí estaba.

Se acercó a ella rompiendo su regla de mantener la distancia y solo observar. A medida que acortaba el espacio, la fragancia de Taylor lo envolvió. No era el perfume caro y embriagador de Natasha; era algo cítrico, especiado, con una nota suave de vainilla o algo similar que se le metió por la nariz y lo hizo sentir centrado y, a la vez, peligrosamente excitado.

Era un tipo de deseo diferente: menos animal, más sensorial, como una quemadura lenta que no sabías que tenías hasta que era demasiado tarde para evitarla.

—Taylor —dijo él, y su voz le sonó extraña, más profunda.

Ella levantó la vista, quitándose los lentes con un gesto de cansancio que a Matt le pareció sexy de una forma casi dolorosa. El cuello fino, la piel blanca que parecía pedir a gritos ser marcada por sus labios...

Sacudió la cabeza. Estaba bien jodido.

—El cambio del martes. ¿Confirmado? —preguntó, aferrándose al profesionalismo como a un salvavidas.

—Estoy en eso. ¿Afecta mucho tu logística?

—Afecta el traslado vespertino. Necesito saberlo antes de las seis para coordinar con el equipo que me apoya en las salidas.

Taylor asintió, consultando su tablet una última vez antes de guardarla.

—En una hora lo confirmo.

Ella terminó de recoger sus cosas y se dispuso a salir, pero se detuvo un segundo y lo miró a los ojos.

—¿Comiste? —preguntó ella.

Matt parpadeó. La pregunta lo descolocó.

—No.

—El comedor cierra a la una. Son las doce y cuarenta. Ve ahora o te quedarás con hambre hasta la cena. Las meriendas son frugales.

Se fue sin esperar respuesta y Matt asintió mientras pensaba quién cuidaba de esta mujercita que parecía encargarse de lo que la rodeaba como si sus manos suaves pudiesen con todo. Le enternecía que ella cuidara un detalle que nadie más en aquella sala había notado.

Fue al comedor y eligió lo que quedaba para luego tragar la comida casi sin saborearla, con la cabeza hecha un lío. Su trabajo era proteger, no pensar tonterías, como lo bonito que sería perderse en el aroma de una mujer que no era su clienta. Minutos después, cuando volvía por el pasillo exterior que daba a los alojamientos, Natasha lo interceptó.

El desierto afuera era un resplandor blanco de calor, pero ella parecía irradiar su propio fuego.

—Matt, quiero verte en mi habitación después de las seis —dijo ella, bloqueándole el paso.

—Tengo tarea, Natasha. Debo revisar el perímetro y asegurarme de que el equipo de seguridad del set esté atento a la tarea. ¿O acaso olvidas por qué estoy aquí?

Ella se acercó un paso más invadiendo su espacio personal con esa confianza absoluta que solo daban la belleza y el dinero. Sus ojos avellana se clavaron en los de él, encendidos con una promesa que Matt reconoció de inmediato.

—No todo puede ser trabajo, Matt. Ni siquiera para un hombre tan... dedicado como tú.

La voz baja, el registro íntimo que ella reservaba para él cuando las cámaras no estaban cerca, fue como encender una mecha. Matt sintió la respuesta inmediata de su cuerpo, la polla tensándose contra el pantalón al recordar el calor de esa piel, de ese coño.

—Esta tarde. Después de las seis —dijo ella.

Natasha sonrió, segura, y se alejó moviendo las caderas con una cadencia que era una tortura visual. Matt se obligó a mirar el horizonte vibrante del desierto de Nuevo México.

Se sentía desbalanceado, como si estuviera caminando por una cuerda floja entre dos abismos. Tenía a una hermana que lo buscaba para prenderle fuego y a la otra que, sin saberlo, se estaba convirtiendo en una presencia calmante y dulce. Se iba a quemar si no recuperaba el centro, y podía comprometer la misión.

CAPÍTULO 4

La primera crisis real del día estalló a las nueve y cuarenta de la mañana. Para Taylor, las quejas anteriores no contaban; las pataletas de los participantes por el café tibio, la falta de señal de Wi-Fi o la textura de las toallas formaban parte del paisaje acústico del desierto, un ruido de fondo que Taylor había aprendido a ignorar con una paciencia casi mística.

Sin embargo, lo del catering era distinto porque afectaba la salud, y por ende, la viabilidad del rodaje. El proveedor había confirmado, por tercera vez y bajo contrato, menús veganos y para diabéticos para tres de los participantes que competían en el challenge.

Cuando el camión descargó en medio del calor asfixiante de Nuevo México, Taylor, a la que se le pidió colaborar y no pudo negarse, se encontró con cien bandejas de menú estándar: carne roja, lácteos y gluten por doquier. El tipo del catering se encogió de hombros con una desidia que le encendió la sangre.

—Es lo que hay. El desierto es difícil para las verduras, la cadena de frío se rompe y esto es lo más seguro —le dijo el hombre, mientras se secaba el sudor del cuello con un trapo que probablemente no había visto una lavadora en meses.

Taylor no verbalizó su exasperación. No se podía permitir el lujo de la histeria ante la falta de responsabilidad o sentido común. Mientras el coordinador de producción se paseaba por las carpas buscando sus auriculares perdidos y el director de arte discutía sobre el tono de rojo de una bandera, ella sacó su tablet.

En doce minutos de una eficiencia normal hizo tres llamadas. Una al coordinador de producción para advertirle que la influencer entraría en shock anafiláctico en televisión nacional si probaba un bocado de ese menú; otra al proveedor para informarle que la factura no se pagaría hasta que llegara el reemplazo exacto; y una última a un restaurante de comida orgánica en Albuquerque, a

cuarenta minutos de allí, que tenía capacidad para un pedido especial de emergencia.

Lo resolvió en silencio, sin que los participantes supieran que había existido un problema que podría haber cerrado el set. Mientras guardaba la tablet, sintió ese sabor amargo y familiar en la boca. Ella era la que pensaba por los demás, la que anticipaba el desastre logístico, la que corregía los errores de extraños que ni siquiera sabían su nombre. La producción del challenge era un gigante con pies de barro y ella era la que evitaba que se desmoronara a cada paso.

Eres una tonta de remate, Taylor Miller. Era la historia de su vida: ser el pegamento invisible de los sueños de otros, agotándose en las sombras para que el mundo de Natasha y el de estos incompetentes siguiera girando sin contratiempos.

No se consideraba una mujer insustituible, joder, lejos de eso. Nada la haría más feliz que la pudieran sustituir.

La segunda crisis ocurrió a las diez y cuarto. Taylor estaba tratando de colaborar en la organización del set cuando pasó cerca de la rampa de salida de la primera prueba física, una estructura de madera que se elevaba sobre la arena rojiza del desierto.

Matt Vargas estaba allí acucillado cerca de la base, tocando los pernos con una concentración que Taylor ya empezaba a reconocer como su estado natural.

El paisaje alrededor era impresionante: el cielo de un azul sólido y profundo, y el aroma de plantas como la gobernadora y el mezquite llenándolo todo con una fragancia seca y antigua. Pero Matt no estaba mirando el paisaje.

—Esto va a ceder —sentenció. Su voz era grave, cortando el ruido metálico de los generadores eléctricos—. El ángulo de presión está mal calculado. En cuanto el exjugador de fútbol americano ponga sus cien kilos de músculo en este punto, la madera se astillará. Alguien va a terminar con una pierna rota o algo peor en medio de la transmisión.

Taylor suspiró, cerrando los ojos un instante. No tuvo dudas de que él tenía razón. Matt no era de los que daban avisos falsos, era sólido, le habían bastado dos días en Boston el percibirlo.

Buscó a Harris, el director, un hombre que siempre parecía estar al borde de un colapso nervioso y que detestaba que cualquier subordinado cuestionara su esquema técnico.

—Harris, el señor Vargas dice que la rampa norte es inestable. Hay que reforzarla antes de empezar el rodaje de las once —dijo Taylor al encontrarlo cerca de las cámaras.

Harris se giró, rojo por el calor y el estrés acumulado. Miró a Taylor con un desprecio que no se molestó en ocultar, como si ella fuera una mosca molesta en su campo de visión. El muy gilipollas creía ser el próximo Tarantino, claramente.

—¿Vargas quién?

—El guardaespaldas de Natasha. Él...

—Taylor, dices que debo preocuparme por lo que dijo un don nadie. Un ingeniero civil dio indicaciones. No tengo tiempo para paranoias de seguridad en un set que ya va retrasado. Tenemos un calendario de diez mil dólares la hora y no voy a parar por una corazonada de la seguridad privada. Vuelve a tus planillas de comida y deja que los profesionales trabajemos en lo que importa. Si tanto te preocupa, ve tú misma y ponle un clavo, pero no me quites el tiempo.

El desprecio en su voz fue como una bofetada. Taylor se quedó paralizada, sintiendo cómo la humillación le subía por las mejillas. Estaba acostumbrada a ser invisible, pero que la trataran como a una sirvienta incompetente frente a los técnicos la dejó sin palabras.

Iba a dar media vuelta, tragándose la rabia, cuando una sombra inmensa se proyectó sobre ella y el aire pareció volverse más pesado. Matt estaba justo detrás de ella, tan cerca que Taylor podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

—Ella no se va a ninguna parte y hará bien en disculparse por su falta de caballerosidad o modales mínimos.

La voz de Matt bajó una octava, volviéndose extremadamente grave y cargada de una amenaza implícita que hizo que el ruido del set pareciera desvanecerse. No gritó, pero el tono hizo que Harris parpadeara, desconcertado por la autoridad que emanaba del hombre.

—Y sobre lo otro... Si no refuerza ese anclaje ahora mismo —continuó Matt, dando un paso al frente que obligó a Harris a retroceder hasta chocar con una caja de cables—, voy a llamar a la aseguradora del programa. Les diré que he identificado un riesgo catastrófico que la producción se niega a mitigar y que usted, específicamente, ha sido notificado. ¿Sabe cuánto tardarán en cancelar el rodaje por negligencia criminal? Tres minutos. ¿Quiere probar?

El director tragó saliva con dificultad, mirando a Matt con una mezcla de miedo cerval y resentimiento. Luego miró a Taylor, pero ya no con desprecio, sino con la cautela de quien acaba de descubrir que la mujercita a la que gustaba recargar con tareas que no le correspondían tenía un protector feroz y muy real.

—Está bien, está bien... no hace falta ponerse así —refunfuñó Harris, evitando la mirada de Matt como si fuera un sol demasiado brillante—. Taylor, lo lamento. Por favor, busca al equipo de mantenimiento. Que lo refuercen con puntales de acero. Que se muevan rápido que el tiempo es oro.

Matt no se movió de su posición hasta que el director desapareció tras las carpas. Taylor sintió un calorcillo subiendo por su cuello, una mezcla de timidez y una emoción que no supo catalogar.

Alguien la había defendido. Alguien había validado su voz y la había puesto en el lugar que merecía. Se sintió vulnerable bajo la mirada de Matt, pero también extrañamente segura.

—Gracias —murmuró, desviando la vista hacia su tablet para ocultar el brillo de sorpresa en sus ojos—. No tenías por qué exponerte así por mí.

—No lo hice solo por ti, Taylor —respondió él, y el uso de su nombre en ese tono ronco le hizo un nudo en el estómago—. Pero no voy a permitir que te hablen así.

La tercera crisis fue la que le robó el aliento y la devolvió a la cruda realidad. Había ido al depósito de equipaje, una carpa inmensa que olía a lona vieja, caucho caliente y polvo acumulado. Necesitaba buscar la maleta de suplementos vitamínicos de Natasha para mostrársela a la médica del programa.

El silencio allí dentro era pesado, roto solo por el zumbido lejano de los técnicos y el viento que golpeaba las paredes de lona. La maleta estaba en un rincón, pero lo que le desconcertó fue el sobre apoyado contra el cuero. Sin membrete. Con un nombre escrito con una caligrafía pomposa.

Soltó una exclamación. *Sheila Miller*. Taylor sintió que el aire se volvía denso en anticipación. Esto no era bueno. Sheila. El nombre real de su hermana, el que Natasha había enterrado bajo capas de maquillaje, éxito y una biografía fabricada en Boston.

Este no podía ser otro que el acosador. Durante las últimas semanas de quietud en Boston y luego la primera en el desierto, Taylor se había permitido el lujo de bajar la guardia.

Natasha estaba tranquila, el peligro parecía una sombra lejana y Matt Vargas parecía una medida exagerada... Pero este sobre era un grito de guerra en medio de la calma.

Lo tomó con los dedos temblorosos, sintiendo cómo el sudor le resbalaba por la espalda. Al abrirlo, la foto de una Sheila de menor de edad, tal vez en sus diecisiete, con el cabello rubio natural y una sonrisa que aún no conocía el peso de la fama, la miró desde el pasado.

Al dorso, la caligrafía firme y despiadada decía: *Te encontré, Sheila. Estoy cerca, espera por mí.*

Salió de la carpa casi sin ver, tropezando, el corazón en la garganta. El sol de Nuevo México la golpeó como un mazazo de realidad. Corrió a buscar a Matt Vargas cerca del perímetro norte, donde la tierra se volvía más árida.

—¡Vargas! —Su voz salió cortada, un hilo de incertidumbre y miedo puro.

Él se giró de inmediato, captando la urgencia en su postura. Taylor llegó hasta él, parpadeando con fuerza para no romperse allí mismo.

—Lo encontré... estaba allí, sobre su maleta —balbuceó, extendiéndole el sobre con un gesto errático.

El apretó los labios y miró alrededor, para luego buscar en su bolsillo del que extrajo un pañuelo de papel.

—Oh, no pensé... Lo toqué... Yo lo toqué por la esquina cuando lo giré.

Tonta, tonta. Las huellas...

—Ey, ey —dijo él con un gesto tranquilizador—. Respira, Taylor... No tienes por qué hacer todo perfecto. Deja esto en mis manos. Respira... Eso, eso es.

La voz calma la volvió en sí y asintió. Se había dejado llevar por los nervios.

—Con calma, dime todo de nuevo.

—Lo encontré sobre la maleta en la zona de equipaje.

—¿Viste a alguien?

—Hubo mucha gente esta mañana. El catering, los técnicos de sonido... Hubo gente entrando y saliendo. No puedo recordar las caras, todo se mezcla.

Taylor empezó a hiperventilar otra vez. La dicotomía entre la profesional que resolvía menús y la hermana aterrada que veía cómo el pasado de su familia era desenterrado la estaba quebrando.

Matt dio un paso hacia ella y le tomó la mano. Sus dedos eran rudos, calientes por el sol y la envolvieron con una firmeza que la obligó a anclarse al suelo. Con la otra mano, le apretó el hombro, transmitiéndole una calma que ella no poseía.

—Taylor, mírame —le dijo con una suavidad que desarmaba cualquier defensa—. Respira conmigo. Una vez. Vamos.

Ella lo hizo, inhalando el olor cítrico y amaderado de él, sintiendo cómo el temblor de su mano cedía ante la presión de la suya.

—Lo tienes —dijo él con una sonrisa pequeña y honesta—. Ahora ve a sentarte, toma un café, dedícate un tiempo. Has pasado cuidando de los demás, yo me encargo de esto, te lo prometo. Todo estará bien.

+++

El sobre en su mano quemaba como si fuera un pedazo de carbón encendido. Matt observó a Taylor alejarse hacia la zona de

coordinación; todavía caminaba con los hombros tensos, pero ya no temblaba.

Se miró la palma de la mano sintiendo aún el rastro del contacto con su piel. Ella estaba asustada, y eso le provocaba una reacción protectora que iba mucho más allá de su contrato profesional con la Agencia Pipen.

Sacudió su cabeza y maniobró para abrir el sobre y que cayera el contenido. La imagen de la fotografía lo hizo enarcar las cejas hasta que prestó mayor atención y reconoció a Natasha en los ojos y la boca de la adolescente que lo miraba. La nota era amenazante y era una escalada en toda regla.

Sheila Miller. Ese era el nombre real de Natasha. Quien la acosaba quería dar un mensaje fuerte y claro al aludir al pasado. Esta imagen no debía estar en posesión de la prensa, podría jurarlo.

El rastreo de antecedentes era una práctica habitual en la Agencia Pipen cuando sus servicios eran requeridos. No había aparecido este nombre. De hecho, no había visto nada anterior a los diecinueve años de Natasha Morozova.

Tomó el móvil y llamó a Louie, que lo atendió de inmediato.

—Hola, Matt. ¿Cómo estás? ¿Cómo te lleva el calor?

—Hola, Louie. Estoy bien. Escucha, la cliente recibió un sobre con una fotografía vieja y una mención a su nombre. Nombre real, me refiero. Creo que el acosador intenta decirle algo. ¿Apareció el nombre Sheila Miller en la revisión de antecedentes? No está en el material que me entregaste.

—Mm, no recuerdo. Sí me costó encontrar sobre ella, lo personal.

El sonido de las teclas anunciaba que Louie lo tenía en altavoz y ya estaba trabajando.

—Te voy a pasar la imagen. El nombre en el sobre es Sheila Miller. Tendrá unos quince o dieciséis años y aparece frente a una casa rural.

—Okay, el nombre va a ayudar. Buscaré información que puede darnos pistas.

—Necesitamos registros de vecinos, exnovios, familiares lejanos. Información sobre cualquier incidente que haya ocurrido con

ella. Voy a tratar de averiguar más con ella o su hermana. Alguien la ha encontrado, alguien que la conocía cuando no era famosa.

—Así que la amenaza no viene del éxito de Natasha sino de su vida anterior —murmuró Louie.

—Eso parece. ¿Puedes informarle a Scott? Tengo que recorrer la zona, ver si alguien vio algo. Llegó demasiado cerca.

—Vas a necesitar apoyo.

—Veremos. Avísame apenas tengas info.

Colgó y guardó el aparato. A lo lejos, el equipo de mantenimiento trabajaba reforzando la rampa, tal como había demandado. Sus ojos encontraron al director, que lo ignoró. *Idiota*, farfulló. No sumaba a la causa que cada persona viviera para hacer lo menos posible.

Su mirada buscó a Natasha entre la multitud de técnicos. Estaba rodeada. Maquilladora, la coach que la asesoraba, Derek, el actor, el microfonista. En su elemento, comandando la atención, ajena a la amenaza que se agigantaba y venía del pasado.

Tendría que advertirle y esperar que colaborara no exponiéndose de manera innecesaria. *Buena suerte con eso*, pensó. Esta mujercita hacia lo que quería.

Hablando de eso... La orden de ir a su encuentro a las seis vino a su cabeza. Era tentador. Podría hablar con calma, explicarle...

¡Ja! Deja eso, Matt, no te engañes. Si vas a su caravana vas a follarla como el calentón que te has vuelto. Lo mejor es que recorras la zona y trabajes. Para eso estás aquí.

CAPÍTULO 5

El muro de escalada tenía seis metros de altura, una estructura de resina y metal que se alzaba contra el cielo azul cobalto de Nuevo México como un desafío geométrico.

Natasha lo devoró en poco menos de quince segundos. No escalaba como una deportista; lo hacía como si tuviera una cuenta pendiente con la gravedad, con una agresividad que convertía cada movimiento en una declaración de guerra.

Matt estaba apostado en el perímetro del campo de pruebas a escasos metros, con los brazos cruzados y la mirada escaneando los accesos. Se obligaba a mantener un rigor profesional, una disciplina de hierro que le servía de escudo porque sabía que Natasha lo estaba cazando con la vista en cada intervalo.

Ayer a las seis de la tarde él no había aparecido en su trailer. Había elegido, por pura voluntad y una pizca de instinto de preservación, ignorar la invitación explícita que le había lanzado en el pasillo. Se había quedado en la sala de monitores, revisando una y otra vez las grabaciones buscando sombras donde solo había arbustos de gobernadora.

Cuando Natasha llegó al set esta mañana, la furia en sus ojos habría incinerado a un hombre con menos determinación. Era una ira fría, la de alguien que no está acostumbrada a que le digan que no, y mucho menos un hombre que ya ha probado lo que ella tiene para ofrecer.

Esa mirada cargada de resentimiento era la que lo había empujado, casi sin querer, al abismo de la memoria, obligándolo a recordar por qué era tan malditamente difícil mantener la línea profesional con ella.

Los pantalones cortos del *challenge* eran negros, de una tela técnica que se ajustaba a sus muslos como una segunda piel marcando cada fibra muscular mientras ella se impulsaba hacia el borde superior.

Matt registró el movimiento del cuádriceps, la línea del tendón en el hueco de la rodilla y la forma en que sus glúteos se tensaban con una fuerza que él podía casi sentir bajo sus palmas.

Joder.

Apartó la vista con un esfuerzo de voluntad que le hizo doler los músculos del cuello. La devolvió al acceso norte, obligándose a contar los segundos y a identificar a cada técnico que pasaba por el perímetro.

Pero fue tarde. La imagen de Natasha estirándose contra el muro, con la camiseta blanca empapada de sudor y pegada a sus senos se fundió con el recuerdo de ella estirándose bajo él en aquella habitación en Boston.

La boca se le secó de inmediato, una sequedad áspera que no tenía nada que ver con el clima de Albuquerque. Sintió que la sangre abandonaba su cerebro para concentrarse en la presión súbita y dolorosa que le apretaba el pantalón.

Su polla tenía memoria propia que ignoraba los contratos de seguridad y las advertencias éticas.

Boston. Tres semanas antes.

Matt había tardado exactamente dos segundos en reaccionar cuando Natasha abrió la puerta de su habitación completamente desnuda. El primer segundo fue de evaluación táctica, el segundo fue de rendición absoluta ante la evidencia de su propia lujuria.

Entró y cerró la puerta con un clic que sonó como una sentencia. La habitación estaba iluminada por el resplandor de los edificios que se filtraba por el ventanal. Natasha era una visión de marfil y arrogancia, de pie en medio de la alfombra, sin un solo centímetro de tela que ocultara las curvas que él llevaba días imaginando.

—Tus ojos no se apartaron de mí en todo el día —dijo ella, con esa voz que siempre parecía estar al borde de una orden.

—Estoy haciendo mi trabajo. Mi cliente es mi prioridad.

—Oh, me encanta, no creas que no. Disfruto de los ojos en mí, pero en este caso... —sonrió y la punta de su lengua humedeció su labio inferior en un gesto que no por cliché dejaba de ser

jodidamente sexi—. Quiero bastante más, por ejemplo tus manos, tu boca... Considéralo una extensión de tus servicios de protección. Necesito relajarme.

Ella cruzó la distancia entre ambos con lentitud calculada. Cuando sus manos, pequeñas y de uñas impecables, tocaron el pecho de Matt a través de la camisa de algodón, la conversación terminó.

Puta hostia, había estado perdido apenas ella traspuso el umbral. Matt la besó con una ferocidad que buscaba silenciarla, una embestida de labios y dientes que Natasha respondió con un gemido de triunfo. Él enredó los dedos en el cabello platino tirando con la presión suficiente para que ella tuviera que inclinar la cabeza y exponer su garganta.

Lo siguiente que supo era que la estaba lanzando sobre la cama sin delicadezas. Se deshizo de su propia ropa en segundos; la urgencia le quemaba las manos y el pulso le atronaba en los oídos.

No hubo preliminares románticos porque ninguno de los dos los quería. Matt la saboreó con una atención cruda y hambrienta, bajando por su cuello hasta sus senos, atrapando un pezón entre sus labios y succionando hasta que ella soltó un grito que fue mitad dolor y mitad súplica.

Su mano bajó por el vientre plano, encontrándola ya empapada, ardiendo. La abrió con dos dedos, hundiéndose en ella con una fuerza que la hizo arquear la espalda y enterrar las uñas en los hombros de él, dejando marcas que tardarían días en desaparecer.

Natasha era ruidosa, desvergonzada en su placer; sus gemidos eran cortos, guturales, directos.

—Para —dijo ella de repente, con la respiración rota y los ojos inyectados en deseo puro.

Se incorporó un segundo, lo suficiente para sacar un preservativo de la mesita de noche. Lo tenía todo planeado, pensó Matt con una mezcla de irritación y deseo renovado. Ella se lo puso con una calma que lo sacaba de quicio y luego se montó sobre él, reclamándolo como si fuera un territorio conquistado.

Matt no la dejó llevar el ritmo por mucho tiempo. Le aferró las caderas con dedos que se hundieron en su carne y la taladró desde abajo con una profundidad explosiva.

Cada embestida era un choque de huesos, un intercambio de sudor y jadeos que no tenían nada de tierno. Natasha echó la cabeza hacia atrás, con el cabello desparramado sobre las sábanas oscuras, y el sonido que salió de ella fue un rugido de placer animal mientras se apretaba contra él buscando fundir sus pieles.

Fue sexo sucio, rápido y necesario, una descarga de tensión que los dejó a ambos vacíos y temblando. Al terminar Natasha se bajó de él con la misma frialdad con la que un cirujano se quitaba los guantes.

Exactamente como la primera vez, fue al baño, se lavó y volvió a la habitación envuelta en una bata de seda, lista para echarlo.

—Bien —dijo ella, recogiendo el cabello—. Que siga siendo claro: esto es lo que es. No es personal. Es una transacción. No te hagas ideas.

—Las tengo claras —respondió él mientras se vestía, con el corazón todavía latiendo con fuerza—. Yo también prefiero saber exactamente dónde piso.

Matt parpadeó, regresando al infierno que era Albuquerque. Las putas memorias lo perseguían y lo ponían cachondo en el sitio y momento menos indicado. La lujuria le latía en las sienes, una presión sorda que intentó disipar ajustándose el cinturón táctico y obligándose a mirar el horizonte.

Natasha acababa de bajar del muro, sudada, con la respiración entrecortada y una expresión de triunfo que se agrió en cuanto vio a Taylor acercarse. Su hermana llegó con un anotador bajo el brazo y una botella de agua mineral, caminando con esa eficiencia discreta que la caracterizaba.

Le alcanzó el agua e intentó decirle algo, pero Natasha no estaba de humor para sutilezas y Matt intuía que él tenía que ver con su actitud. La reina no toleraba desplantes de sus súbditos.

Sus palmas ardieron de deseos de darle la tunda que necesitaba, claro que en un sentido... didáctico sexual, digamos. Maldición, ahí estaba otra vez, fantaseando con lo inconveniente.

—¡Estoy agotada y tú te paseas con esos malditos papeles como si estuvieras en una oficina con aire acondicionado! —le espetó Natasha a Taylor. Su voz, proyectada para que todos en el set la escucharan, estaba cargada de un veneno innecesario—. ¡Muévete, Taylor! ¡Haz algo útil por una vez! ¡Y búscame a Derek! ¿Dónde carajos está ese idiota? ¡DEREK! —gritó, su voz rebotando en las estructuras metálicas del circuito.

Matt vio a Taylor encogerse y dibujar una micro-expresión de dolor que intentó borrar de inmediato ajustándose los lentes y bajando la vista hacia la pantalla de su dispositivo. Se quedó allí, quieta, recibiendo el impacto de la ira de su hermana con una dignidad silenciosa que a Matt le revolvió las tripas.

Quita eso, estaba furioso. Le pegaba en los cojones que Natasha fuera tan cruel, tan ciega que no viera que su carrera, su logística y hasta su maldito suministro de suplementos dependían de la hermana que ella trataba como a una sirvienta de segunda clase.

Taylor era... Especial. Se comportaba como un animalito tímido al que muchos tomaban por débil, pero Matt notaba la fortaleza de acero que se necesitaba para sostener el ego de una estrella como Natasha sin romperse en el proceso.

Es bonita, mucho. El pensamiento lo sorprendió por su simplicidad. No era la belleza agresiva y manufacturada de Natasha; era más suave, más real. Observó la curva de su mejilla, la forma en que su cabello oscuro se escapaba del moño y la honestidad que emanaba de su postura.

Taylor pasó por su lado poco después, alejándose de los gritos y del caos que rodeaba a su hermana. El aroma cítrico y especiado de su piel lo golpeó, actuando como un bálsamo que calmaba el fuego turbio que Natasha había encendido con su exhibición en el muro. Matt le dedicó una sonrisa breve, un gesto de apoyo silencioso que esperaba que ella entendiera.

Taylor levantó la vista, lo miró un segundo y le devolvió la sonrisa con una timidez que hizo que Matt sintiera una punzada. Le

nacía el deseo instintivo de pasar la mano por su cabello, de decirle que él sí veía el trabajo que ella hacía, pero se contuvo.

La calma duró poco. El exjugador de fútbol americano, un tipo de dos metros llamado Jason, se acercó a Taylor mientras ella revisaba unas notas cerca de una de las grúas de cámara. El hombre, aprovechando su envergadura, le puso una mano en el hombro y se inclinó demasiado cerca de su oído, abriendo la sonrisa blanca y depredadora que de seguro funcionaba con las fans.

Estaba tratando de ganar su atención desplegando un encanto barato que Taylor parecía no saber cómo manejar. Matt sintió una ira que no tuvo nada de profesional.

Sus manos se cerraron en puños y sus ojos se clavaron en el deportista con fijeza letal. No apartó la mirada ni un milímetro, dejando que su intención quedara clara a través de la distancia. El exjugador notó la tensión en el aire, levantó la vista y se encontró con los ojos oscuros de Matt que le prometían una visita muy desagradable a la enfermería si no quitaba la mano de donde estaba.

El hombre rodó los ojos, soltó el hombro de Taylor y se alejó con un gesto de fastidio, murmurando algo entre dientes sobre *gorilas de seguridad con complejo de héroe*.

Taylor no se dio cuenta de la confrontación silenciosa, pero Matt no relajó la mandíbula hasta que el tipo estuvo a diez metros de distancia.

Tenía que enfocarse. Su trabajo era la seguridad, no los celos territoriales por la hermana de su cliente. Pero mientras seguía a Natasha hacia el siguiente set de pruebas, su mirada volvía una y otra vez, hacia la figura de Taylor.

El esfuerzo que tuvo que hacer para concentrarse fue físico, pero se abocó a analizar el entorno con renovado rigor. Revisó la línea de arbustos que flanqueaba el campo, el movimiento de los camiones de producción y el sol que ya estaba en su punto más alto, creando sombras largas y engañosas.

El peligro era real, el sobre con la fotografía y la nota lo demostraban. Había alguien ahí fuera, oculto en algún lugar de ese desierto inmenso, y Matt sabía que, si el pasado venía a cobrar sus

deudas, Taylor estaría tan expuesta como su hermana. Tenía dos personas a las que proteger, le pagaran por ello o no.

Se ajustó el auricular sintiendo el sudor correr por su nuca. Estaba allí para cuidar a la mujer que escalaba muros y exigía atención, pero sus instintos gritaban también por la que prefería no estar en el primer plano.

Serénate y enfría tu cabeza, cabrón, bien sabes que las emociones son la distracción más peligrosa de todas.

CAPÍTULO 6

Once fotógrafos acreditados. Tres sin gafetes visible que alguien había dejado pasar, seguramente por amiguismo o influencias. Demasiados accesos en un salón que pretendía ser elegante, pero olía a pintura fresca y adrenalina.

El coordinador de seguridad del set tenía una radio que funcionaba cuando quería y una actitud de *Está todo bien, ¿qué podría salir mal?* que a Matt le crispaba los nervios.

Había resuelto lo que podía y anotado mentalmente lo que no en los primeros diez minutos. El resto era perímetro, observación y tratar de no mirar a Natasha Morozova más de lo estrictamente necesario. Llevaba cuarenta minutos fallando en lo segundo.

El vestido era plateado y ajustado en los lugares justos, con un escote que no era obsceno sino calculado: la diferencia entre los dos era que uno pedía atención y el otro la tomaba por asalto.

La prensa había venido a ver a los participantes en acción, una estratagema de marketing para acelerar el ruido mediático antes del estreno, y Natasha trabajaba la sala con la precisión de quien ha convertido el carisma en un músculo.

La sonrisa cambiaba de registro según el interlocutor, el contacto del brazo establecía cercanía sin prometer nada, y la manera en que inclinaba la cabeza hacía que cada periodista sintiera que era lo único importante en el mundo.

Matt lo reconocía como una habilidad técnica. La admiraba con la neutralidad incómoda de quien sabe que está catalogando un arma de doble filo. Se apoyó contra la pared lateral, cruzó los brazos y esperó. Natasha venía en su dirección justo ahora.

+++

La adrenalina era lo primero. Siempre era lo primero. Las cámaras, los flashes, el ruido específico de una sala llena de gente

que quiere un pedazo de ti; Natasha lo sentía en el cuerpo como otros sienten el primer café de la mañana. Necesario. Activador.

Había dado cuatro entrevistas impecables y había dicho que el reality era una oportunidad de crecimiento personal de tres maneras distintas para que no sonara repetitivo en el montaje. Había sido perfecta y lo sabía. La vanidad era su motor, y no pedía disculpas por ello.

Y entonces, mientras sostenía una copa de champán que no pensaba beber, miró su mano derecha. El temblor era pequeño, casi imperceptible para el ojo ajeno, pero para ella era un terremoto. *Coño*. Lo tapó de inmediato con la otra mano. Nadie lo había visto. Pero ella sabía lo que significaba: el cuerpo estaba empezando a pasarle la factura.

Esta mañana, tras el primer test de orina, que resultó ser una mera estratagema de la producción para fingir rigor ante la prensa, se había encerrado en su trailer y se había tomado dos pastillas. Estaba convencida de que no repetirían las pruebas todos los días; era solo para las cámaras.

Pero Derek... ¡ese maldito hijo de perra! Le había sustraído las pastillas que ella ya le había pagado alegando que el riesgo había subido y que el precio era otro. Quería exprimirla.

Natasha sentía una rabia sorda llenarla, un fuego que le quemaba las entrañas. Bajo la piel de la brillante Morozova, la antigua Sheila Miller, temerosa y acorralada, luchaba por no salir a la superficie. Quería apagarla para siempre, pero Derek mantenía la llama encendida con su extorsión.

Miró a su guardaespaldas. Matt Vargas. Estaba contra la pared con esa expresión de estar en todas partes sin moverse. El deseo llegó directo, sin transiciones. Boston. Sus manos grandes en sus caderas. La calma con la que él tomaba el control. Lo bien que la follaba, que la hacía volar y explotar. Salvo que ayer no había ido con ella.

Sonrió para las fotos que probablemente le estaban tomando, sorbió leve y pensó en lo bien que le hacía tener una salida a sus nervios. Además, necesitaba una novedad más, extra. Una narrativa

que mantuviera a los televidentes expectantes y los fans encantados.

Si el challenge la veía flaquear por la abstinencia o el estrés, necesitaba una historia que lo justificara.

Está distraída.

Está enamorada.

Es humana.

Podía imaginar los titulares. Cualquier cosa que no fuera la verdad de sus adicciones. Cruzó hacia él, sus tacones marcando un ritmo decidido sobre el suelo de mármol.

—Matt... Esto es necesario, otro detalle en tu asignación — dijo y sonrió con coquetería a la vez que se aseguraba de que hubiera ojos sobre ella.

—¿De qué hablas...?

Tomó su brazo con una mano, un gesto casual de quien busca un punto de apoyo en el ruido, y se empinó levemente hacia su mejilla. Lo que iba a ser un beso social duró un segundo más de lo debido. Los labios de Natasha rozaron la comisura de los de Matt.

La fragancia masculina se enredó en ella y su boca disfrutó más de lo que debía el contacto con la piel rasposa por la sombra de barba que crecía rápido y le quedaba tan bien. El contacto fue la mezcla exacta donde el deseo y la estrategia se tocaban.

Los flashes estallaron a su alrededor mientras Matt quedaba tieso y sus ojos oscuros brillaban anunciando tormenta. Oh, icómo esperaba que desatara un tsunami sobre su piel! A ver si ahora ignoraba su llamado como hizo la tarde anterior. *Cabrón*. Natasha se separó con calma y sacó su teléfono mientras giraba para volver a la sala. Escribió un mensaje rápido a su equipo de prensa:

Hay material. No confirmen o nieguen, dejen que las especulaciones crezcan y circulen, chicos. Hagan que las redes estallen con trascendidos.

Guardó el teléfono. El temblor en su mano había parado. Por ahora.

+++

Tardó tres segundos en procesar lo que acababa de pasar. Lo primero a que atinó fue a mirar alrededor para ver quiénes habían captado la situación. Probablemente todos, ella vino a él con un plan y lo ejecutó. La rabia creció limpia y directa por haber sido utilizado como condimento para el marketing.

Natasha ya estaba al otro lado de la sala, brillando bajo los focos. Matt parpadeó y se colocó los lentes e ignoró los intentos de los reporteros que vinieron a él como aves rapaces sobre un festín.

Podía con esto, estaba habituado; los guardaespaldas de la Agencia Pipen custodiaban a los más famosos. No era su primer rodeo con una turba de cámaras alrededor. *Sí es la primera vez que eres foco directo.*

Cuando se retiraron en masa, esta vez convocados por la influencer que estaba haciendo un *Live* para su plataforma, respiró hondo.

—¿Estás bien? Discúlpala, no sé qué ocurre con ella, en qué piensa.

La voz de Taylor a su lado, suave y baja, calmó parte de sus nervios. Sonrió por instinto. Esta mujercita era bálsamo mientras su hermana era fuego. Un complemento interesante.

No, no, nada de eso. Simplemente dos damas con distintos temperamentos.

Mierda, mierda. Se hundía en el fango de sus instintos sin remedio. Este no era él. Este nunca había sido él. ¿Sería una fase?

Una cojonuda que lo hacía actuar como un idiota.

—Estoy bien, solo confundido y molesto. Esto no va a salir bien. Mi jefe va a poner el grito en el cielo.

Y sus colegas iban a disfrutar de su notoriedad, porque no dudó por un segundo de que esta estaba gestándose en las redes. Todo era instantáneo hoy día.

—Hablaré con ella, con su equipo, trataré de...

Bajó su cabeza y sonrió con dulzura a pesar de que la cabeza comenzaba a dolerle.

—No te preocupes, Taylor —susurró, y sus ojos se pegaron a los castaños con chispas verdes y amarillas, nadando en la vorágine de esa mirada que contaba del mar de fondo de Taylor Miller—. Soy

un hombre grande y los juegos ajenos no me van a mover. No necesitas pelear nada por mí.

—Okay —susurró ella y elevó sus lentes para calzarlos sobre el puente de su nariz para alejarse a continuación.

Sopló por lo bajo. Vaya si ese tono nasal y bajo no le frotaba la polla y lo hacía querer... Por vez enésima se recriminó, casi derrotado. No podía controlar su libido, ¿sería hormonal? Esas cosas pasaban, ¿o no?

Observa el lugar. Mira la gente. Evalúa amenazas o problemas.

Mm. Natasha ironizaba en voz alta enredando a la influencer que la miraba con odio. El rugbier con deseo expreso. No veía la hora de que esto terminara y ella se retirase a su trailer y él pudiera respirar en calma.

Tal vez irse a su habitación y masturbarse para quitarse las ganas que tenían sus testículos llenos y a su polla en alerta.

El teléfono vibró en el bolsillo. Suspiró y se pasó la mano por la cara. Había pasado ¿cuánto? ¿Una hora? Tal vez un poco más. Suficiente para que Scott estuviese alerta, no dudó que llamaba por eso.

Lo atendió mientras fijaba su vista en el grupo que se tomaba las fotos finales.

—Matt. ¿Qué cojones está ocurriendo ahí? —preguntó Scott sin preámbulos.

—Hola para ti también, jefe.

—Sin salseo, jodido.

—Egos y marketing, Scott. Eso pasa. Nuestra cliente sabe revolver avisperos y no duda en usar lo que tiene a mano. Resultando ser yo.

—Es... desafortunado.

Matt tenía algunas palabras más en mente y ningún deseo de dar munición a Scott Pípen para que lo retirara de Albuquerque.

—Si sientes que te ha puesto en una posición comprometida y eso afecta tu trabajo...

Posiciones, de esas había habido varias, y no de las que Scott celebraría, joder. Matt miró hacia la ventana. Afuera, Albuquerque se

oscurecía y el aire olía a tierra caliente y a la lluvia que no llegaba.

—Nah, nada con lo que no pueda. Esta gente juega con las cámaras y tira migajas de fantasía al público. Mañana seré historia vieja y estaré igual de comprometido con esto. Hay un acosador con acceso que sabe el nombre real y la vida de esta mujer, Scott. No es un fan. No puedo... No podemos irnos ahora.

—No abandonamos a quienes nos contratan, a pesar de que sean gilipollas —hubo una pausa pesada—. Informe diario. Sin excepciones. Y si esto escala, estaremos allí en horas. Solo tienes que pedirlo.

—Lo sé.

Colgó. Se quedó con el teléfono en la mano, sintiéndose como un traidor a sus propios principios. El suyo era un trabajo, una tarea, y se hacía en equipo cuando el riesgo aumentaba. Pero se encontraba anhelando poder solo, ser...

Ser el hombre que las Miller necesitaban para protegerlas. Taylor y Natasha eran un combo ahora, al parecer.

+++

Taylor miró las portadas de los medios de prensa que ya habían levantado la supuesta novedad de la relación extraoficial entre Natasha y Matt.

Natasha y su guardaespaldas más juntos de lo que parece.

Un hombre desconocido, latino ardiente, muy cerca de la Morozova .

¿Quién es este hombre? Parece estar atizando el fuego de nuestra estrella de reality favorita.

Las fotos eran nítidas, crueles en su perfección. Natasha con la mano en el brazo de Matt, inclinada, los labios rozando la comisura de su boca. Taylor miró la pantalla unos segundos más. Detestaba que Natasha hubiera puesto a Matt en esta posición. Su hermana siempre tenía una agenda y Taylor llevaba suficientes años en su órbita para reconocer el patrón.

Matt Vargas era sólido, de esos hombres que no se mueven aunque el mundo se reorganice a su alrededor. Era atento, astuto,

gentil y tenía la sonrisa más bonita y natural que había visto en años.

Los hombres del medio solían reír con cálculo y mirar con doble intención todo el tiempo. El guardaespaldas era como un soplo de aire fresco y su hermana lo quería en su red.

Esto la entristecía de una manera que no podía explicarse. *Tonta*, se reprendió en silencio mientras resolvía un formulario médico. *Conoces a este hombre muy poco como para sentirte tan decepcionada porque Natasha lo tiene fichado.*

Pero ese beso para las cámaras, esa atención en él no era buena. Sheila lo desecharía apenas usara la estrategia. Ojalá Matt fuera profesional y no se dejara envolver.

Su hermana no empatizaba con los que conquistaba, mirando solo su camino a la cima. Y el peligro por el cual Matt vino era cierto y real y no desaparecería porque Sheila... Natasha, se negara a considerarlo.

Se abocó a conectarse con su socia y sonrió con alivio al ver que la parte de su vida que era luz fluía y crecía. Estos tiempos en los que Natasha se agotaba luego de una performance con la prensa eran espacios preciosos que aprovechaba para adelantar y conectar con su lado de empresaria.

Un rato más tarde escuchó la voz de Matt y le vio en la entrada del área de coordinación. Se apresuró a cortar y fue a buscar los detalles para la locación en el desierto de mañana.

—Aquí tienes. Es a veinte kilómetros. El bus sale puntual —dijo, extendiéndole la hoja.

Matt la tomó, pero no se fue. El silencio se prolongó un segundo más de lo necesario. Taylor levantó la vista. Los ojos masculinos estaban fijos en ella, con una mirada quieta, directa, que no era de seguridad.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Claro —respondió con una sonrisa profesional que no llegaba a sus ojos—. Hay mucho trabajo por hacer.

Volvió a su tablet. Matt guardó la hoja y salió. Taylor esperó a escuchar sus pasos alejarse antes de soltar el aire que no sabía que

estaba reteniendo. *Tonta*, se repitió, y esta vez la palabra no fue neutra.

+++

La foto llevaba cuarenta minutos en su pantalla. La había mirado con obsesión por cuarenta minutos de zoom, de escrutinio, de confirmación. Natasha. Resopló. Todo ella era falso. Su seudónimo, ese cabello de mentira, los senos hechos, los músculos ganados por desafíos ridículos.

Y hoy había besado y tocado a otro hombre, uno que no era él.

El vaso que sostenía terminó aplastado contra el parabrisas de su coche. Henry lo recogió y terminó de destrozarlo con la mano, despacio, sintiendo cómo el plástico cedía con un crujido satisfactorio.

Sheila. Sheila sonriendo para las cámaras como si los años no existieran. Como si él no hubiera pasado cuatro años en una celda contando cada segundo, reconstruyendo meticulosamente el momento en que la perra decidió traicionarlo. Había construido una imagen tan nítida de Sheila Miller en su mente que ya no necesitaba fotos, pero verla con ese hombre... Esa era una variable nueva.

Henry respiró despacio, la respiración controlada que se aprende en el aislamiento.

—Bien —murmuró para la oscuridad del vehículo.

El plan seguía en marcha. Solo necesitaba averiguar quién era el guardaespaldas. Si era una herramienta o una complicación. Arrancó el motor. El desierto de noche era un mar de sombras, y Henry Bradbury conocía la oscuridad mejor que nadie.

Había sido paciente, pero la paciencia tenía un límite, y Sheila estaba a punto de descubrir exactamente dónde terminaba el suyo.

CAPÍTULO 7

Mañana era el primer día de prueba exterior real en el corazón del desierto. La logística era clara: comienzo a las cinco y cuarenta y cinco, con una temperatura baja antes del amanecer para trepar hasta los treinta y ocho antes del mediodía.

Taylor estaba cansada. Había sido un día largo y se sentía rara. Su habitual equilibrio aparecía desmantelado. No era depresión sino ese estado de desesperanza que la acosaba a veces. Suspiró. Lo lógico era darse una ducha, lavarse el día de encima, leer una historia que la llevara a una realidad distinta que le diera semblanza de posibilidades, aunque fuesen ajenas, y dormir.

Sin embargo, sus pies pesaban. Las fotos de la prensa con esa mano de Natasha sobre el brazo de Matt, la cercanía de sus labios, la posesividad manifiesta, la hacían sentir como una intrusa en su lugar de trabajo. Le costaba procesarlo. No era celos, se decía a sí misma, era... decepción.

Esta la acució desde que se enteró de un dato extra, por pura casualidad, cuando el ruido del evento de prensa se diluyó. Había estado detrás de uno de los decorados cuando escuchó a Derek siendo especialmente chabacano mientras le contaba a la influencer que *esos dos eran como lobos en celo desde Boston*. La participante había reído con suficiencia y no ahorró epítetos para su hermana.

Taylor habría interrumpido y puesto morado a Derek de no haber quedado congelada. Matt y Natasha... ¿Era cierto? Entonces... La postura del guardaespaldas, su seriedad, su pretendida molestia por el juego de Natasha no era real. Una fachada.

La posibilidad le revolvía el estómago. La imagen de ambos desnudos era... No sabía por qué le dolía, pero así era. Mierda de mundo falso era este al que Natasha la había arrastrado.

Había creído que Matt era diferente. Sólido. Real. Resultaba que solo era un juguete más en la vitrina de su hermana. Un profesional que se perdía por un rato de pasión física.

Sus pasos la llevaron a su habitación, pero se detuvo en la puerta de Natasha. Quería confirmar los horarios, pero también, quizá de forma masoquista, necesitaba ver la cara de su hermana.

—Hola, pasa y cierra. Coloca el cartel de no molestar. No soporto otra conversación más. ¿Viste las redes?

Hizo lo que le pedía. Se acercó.

—Las vi. No me parece...

—Oh, por favor, no comiences, Tay —dijo mientras se desmontaba frente al espejo.

Sin las pestañas extras, la base fluida y el rubor, las joyas, las extensiones, Natasha Morozova se desarmaba ante ella y se convertía en Sheila. Una mujer preciosa y natural, su hermana a la que adoraba y detestaba a veces a partes iguales. Como hoy.

—Estás jugando con fuego. Tienes un acosador, deberías mantener un perfil más moderado.

—No. No voy a permitir que un loco fuera de sí me detenga. Este es mi momento, tengo que aprovecharlo. Es lo que he soñado, Tay, lo sabes. Escucha... —apretó los labios y la miró fijo—. Lo lamento, ¿okay? No quiero portarme como una perra contigo, te quiero, pero... A veces no controlo mis emociones.

Sí, eso parecía. Siempre había sido impaciente y de gritar y pelear por lo suyo a costa de lo demás, pero parecía más al borde. Taylor arrugó el ceño.

—¿Estás bien?

—Por supuesto.

—No debiste poner a Matt en el medio. Esas fotos...

Natasha se encogió de hombros mientras se quitaba los pendientes de diamantes frente al espejo.

—Por favor, Taylor, es mera promoción. El challenge necesita narrativa y un guardaespaldas guapo es el accesorio perfecto para vender la idea de belleza en peligro.

—Escuché que hay más que promoción —murmuró Taylor, odiándose por el tono de su voz.

Natasha se giró, con una sonrisa que no llegó a sus ojos. Era la misma expresión que usaba a los seis años cuando alguien se

acercaba demasiado a su muñeca favorita. Su momentánea gentileza se diluyó.

—Escúchame bien, Tay. Que tú no folles no implica que el resto no lo haga. Es solo sexo. Ese hombre tiene acceso libre a mi trailer.

—Es un profesional contratado, su rol...

—Es mío, Taylor —se hizo adelante y la miró sin parpadear—. No es solo por las cámaras; es porque yo decido quién entra en mi espacio y él... bueno, Matt sabe cumplir órdenes muy bien. No es un juguete para compartir, así que ni se te ocurra ponerle esos ojos de corderito degollado.

Taylor sintió rabia e impotencia. Cerró las manos y se dijo que no valía la pena. Su hermana se encapricharía más si notaba que a ella... No tenía sentido darle forma al interés que había desarrollado por Matt Vargas, como la estúpida sin remedio que era.

—No tienes que ser agresiva, recuerda que estoy de tu lado. Siempre lo he estado, aún a tu pesar. Sería lindo recibir una décima de consideración de vuelta.

Su tono no ahorró vinagre, Sheila lo merecía, y Taylor estaba al límite.

—¡Ay, pobrecita Taylor, la víctima! No tienes que quedarte si soy el monstruo que no te deja vivir. No te necesito. ¡No necesito a nadie, solo a mí!

Taylor retrocedió y desorbitó los ojos ante el grito y la amenaza que era el tacón lanzado con virulencia. No fue tan rápida como debía y el roce de la pedrería incrustada fue como una navaja en su antebrazo.

Salió del trailer cubriéndose la herida y con el corazón en la garganta, sintiéndose herida, pequeña y, sobre todo, cansada. Encontró a Matt en el pasillo y quiso pasar a su lado sin mirarlo, fingiendo que no le importaba que él seguramente estaba aquí para follar con su hermana.

¿Era mucho pedir el poder llegar a su habitación a refugiarse sin ser molestada?

—Ey, Taylor, estás sangrando.

Vino a ella con el entrecejo fruncido y su mirada fija en el corte. Ella intentó seguir, pero él tomó su brazo y observó la herida.

—¿Qué pasó?

—Nada —gruñó—. Estaré bien.

Intentó rescatar el brazo, pero él la retuvo y su mirada la atravesó. Sí que era bueno fingiendo interés y preocupación, lo concedía. Y sí, era atractivo y la hacía sentir cosas. Emociones, deseos, ilusiones.

Es un cateto que no dudó en saltar a los huesos de tu hermana apenas esta le hizo un gesto.

—Ven, hay un botiquín de primeros auxilios en cada baño.

—Dije que estoy bien -se sacudió de su agarre-. Yo lo limpiaré. Ve a hacer tu tarea, si es que te queda tiempo luego de lo extracurricular.

Idiota, idiota, ¿por qué lo soltó? Sonaba amarga, celosa, interesada. Enrojeció y pugnó por escapar, pero él no lo permitió.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

Lo miró con sorna.

—Tú dime. Se supone que eres profesional, pero he escuchado que no es así.

La mirada no bajó, aunque los labios se apretaron y hubo un suspiro. Luego, Matt abrió la boca para decir algo más. Taylor vio venir la explicación y levantó la mano para detenerlo.

—No tienes que explicarme nada, Vargas.

Él frunció el ceño, dando un paso más que Taylor no permitió, retrocediendo.

—No te estoy explicando nada todavía.

—Ibas a hacerlo. Y no hace falta. Lo que hagas o dejes de hacer en tus horas libres, o en las de ella, no me incumbe.

—El beso de hoy me tomó por sorpresa. Lo otro... Me confieso en falta y me castigo por ello. No me juzgues, Taylor... No parezco poder dejar de desear lo que no tengo derecho a poseer —dijo. Su voz era plana, sus ojos intensos y brillando sobre ella—. Y me complica el trabajo. Eso sí me incumbe. No me gusta ser el centro de una narrativa que no controlo, pero, halas... Aquí estoy.

Taylor asintió. Podía reconocer la legitimidad profesional, pero el aguijón seguía ahí.

—Dos cosas sobre mi hermana, Matt. Una: ella no mira lo que los demás quieren o necesitan. No es malicia pura, es que genuinamente no lo procesa. El mundo es su escenario y nosotros somos decorado o secundarios. Y la segunda... —hizo una pausa amarga—: nunca asume las consecuencias. Siempre hay alguien que limpia el desastre por ella. Siempre hay alguien que asume el golpe.

Se hizo un silencio espeso. Taylor se contrajo internamente, dándose cuenta de que acababa de mostrar una herida que llevaba años tratando de cerrar.

Matt no llenó el vacío con una frase hecha o una disculpa barata. Solo la miró con atención quieta que ella empezaba a encontrar insoportable.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo esa persona, Taylor? —preguntó él al final—. ¿La que asume?

—Eso no es de tu incumbencia —cortó ella, recuperando su tono neutro.

—¿Esto es realmente lo que haces con tu vida? ¿Limpiar el set para Natasha?

Algo estalló en el pecho de Taylor. No fue rabia, no solo eso. Fue el cansancio acumulado de tres años de éxito profesional que nadie en ese desierto parecía reconocer.

—No —dijo, agitada, intentando calmarse—. Esto es lo que hago mientras estoy aquí ayudando a mi familia. Mi hermana es eso, lo único que me queda. Tengo vida, tengo un negocio. Lo que hago de verdad se llama *Forma*. Es una consultora de identidad de marca y packaging para negocios emergentes. Tengo doce clientes activos en tres países, una socia creativa y acabamos de cerrar el mejor trimestre desde nuestra fundación.

Matt parpadeó, alelado por la vehemente pasión de su voz. Taylor no había querido explicar todo esto, no era necesario.

—No lo sabía. Es admirable, más considerando todo lo que haces aquí.

¿Por qué la miraba así, con esa quieta presencia que sosegaba y la hacía olvidar que era el amante de su hermana?

—No tenías por qué saberlo. Nadie aquí se molesta en preguntar —Taylor se retiró unos pasos, pero el orgullo le hizo agregar—. No vivo a la sombra de mi hermana. Estoy aquí porque elegí estarlo, para protegerla de sí misma. Eso es muy distinto a no tener otra opción.

Lo dijo sin gritar, pero con una firmeza que dejó a Matt en silencio. Taylor se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, con la espalda recta y el corazón latiendo con una fuerza que le dolía.

+++

La vio irse y se quedó solo en la penumbra del pasillo. Doce clientes. Consultora de marca. *Forma*. Se sintió como un idiota por haber implicado que ella era solo la extensión eficiente de Natasha. *No vivo a la sombra de mi hermana*. La frase le golpeó con la fuerza de una verdad largamente masticada.

Lo que te golpeó más es lo que te dijo. Ella sabía que él y Natasha habían follado. No había duda al respecto. Su expresión, su molestia... Eran pura decepción de él, y la idea lo puso de malas.

Joder, esto se volvía más y más una trampa. Le disgustaba el dolor en esos ojos, dolor que además era físico, porque estaba herida. ¿Qué le había ocurrido? ¿Por qué no permitió que la ayudara? Se pasó la mano por la cara y resopló. ¡Joder!

El teléfono vibró en su bolsillo. Miró y suspiró.

—He tomado una decisión —dijo Scott. Su voz era más resuelta—. Estás manejando un perímetro con agujeros, un acosador complejo que escala y una situación mediática que se está volviendo tóxica. No vas a poder solo.

—Puedo manejarlo, Scott.

—No se trata de si puedes, se trata de efectividad. Voy a enviarte a Logan.

Matt procesó la noticia. Logan era el mejor activo de la Agencia Pipen para situaciones de alta tensión y baja visibilidad, discreto y jodidamente letal. Y no podía fingir que manejaba algo aquí, estaba desbordado.

—Pensé que no estaba disponible.

—Lo estará. Llega mañana. Entrará como técnico de producción freelance. Nadie debe saber que es de la agencia. Es la manera de que vea lo que tú no puedes.

—Entendido.

Okay, tiempo de retirarse y pensar. Con su colega aquí sería más sencillo. Su mente volvió a Taylor y su herida y sus palabras. Pensó en Natasha y en su juego de posesión y marketing. Pensó en lo enredada que tenía la cabeza, en el acosador, en Logan.

Lo único que consiguió fue un dolor de cabeza intenso y la seguridad de que odiaba y lo ponía a la vez estar en el medio de las Miller. Así de imbécil era. Su madre había criado a una hija inteligente y bella y a un hombre esclavo de sus instintos.

CAPÍTULO 8

Logan llegó antes de lo previsto. Matt lo vio bajar del vehículo de producción que venía de la ciudad, último, sin apuro, con una bolsa de equipo sobre el hombro y la credencial colgando del cuello con la misma indiferencia con que un hombre así llevaría cualquier disfraz.

Buscó a Matt con la mirada, pero lo ignoró hasta que lo pudo ver a solas en el perímetro norte. El saludo fue el complicado ritual de puños y palmas que acostumbraban desde que el Ejército los juntó en Medio Oriente tantos años atrás.

—Matt, tomaron tu mejor perfil en las fotos —dijo. La voz baja, plana, con el filo exacto de la ironía sin subrayarla—. Aunque parecías una doncella cogida por sorpresa.

Matt resopló.

—Gracias, Logan, muy útil. Me complace ver que Elijah tiene competencia como bufón del grupo.

—Hablando de él, ¿viste las cuatro versiones distintas de las fotos? —Logan dejó caer la bolsa—. La favorita mía es la del zoom. Se te ve el blanco del ojo.

Matt había visto los memes cuando Elijah los mandó al grupo con el comentario *Para la posteridad* y una cadena de emojis que Matt no se había molestado en responder.

La foto en zoom era efectivamente poco favorecedora, pero eso no era lo que molestaba. Era lo que había atrás y sus amigos y colegas no sabían. Con suerte podría contenerlo, si sus cojones no ganaban a su disciplina. Era un soldado, joder.

—¿Cómo está el perímetro? —dijo Logan.

El humor terminó exactamente donde tenía que terminar.

—Dos ángulos descubiertos. Acceso vehicular sin cámaras, afluencia de fans y periodistas, en general sin agenda. Zona de equipaje con flujo controlado, pero poco eficiente.

Logan asintió y chasqueó la lengua..

—Lo revisaré. Esto es una pesadilla logística. El acosador está escalando.

—Sí, es obvio que es alguien que la cliente conoció.

—O conoce. No hay que descartar anda. ¿Louie no ha logrado nada todavía?

—No, pero lo hará.

Logan asintió. El hacker los tenía acostumbrados a desempeños brillantes, así que no les cabía duda de que, eventualmente, avanzarían en la identificación de la amenaza.

—Bien. Estaré por ahí.

Desapareció hacia el interior de las instalaciones. Matt lo observó alejarse. Había algo diferente en Logan, aunque no pudiera nombrarlo todavía, una tensión debajo de la superficie que no era nueva, pero que había subido un grado desde la boda de su hermana Isabel y de Darius. Sacudió su cabeza y decidió que tenía sus propios problemas por resolver.

La primera prueba exterior del challenge arrancó a las ocho y cuarto con el sol todavía bajo y el desierto en ese color naranja que Matt había aprendido a esperar y seguía sin poder prepararse para él del todo.

Circuito completo: ochocientos metros de carrera con chaleco de peso, arrastre de cincuenta metros bajo red a veinte centímetros del suelo, muro de seis metros con cuerda.

Algunos participantes llegaron al muro con el depósito vacío. Natasha llegó con suficiente. La técnica en el arrastre era correcta, los codos pegados al cuerpo, la cabeza baja, sin pelear contra el suelo. La economía de movimiento en la carrera era la de alguien que había aprendido cuándo gastar y cuándo reservar.

Cuando llegó al muro y encontró la cuerda, los muslos se contrajeron con una fuerza que Matt registró en algún lugar que no era el inventario de seguridad, y el cuerpo entero trabajó hacia arriba con una eficiencia que no tenía nada de performance y todo de entrenamiento real.

Alaska no había sido solo televisión. Había algo auténtico en Natasha Morozova debajo de todo lo construido y el desierto lo estaba sacando.

Taylor, que no vino en la primera tanda del ómnibus, lo encontró durante el descanso entre pruebas con la expresión que él ya reconocía: alarma, la de la que porta información que no quiere tener y la ha sacudido.

—Otro paquete —musitó y tragó saliva. Su palidez lo preocupó—. Lo dejaron al lado de mi cartera, en una silla. Apenas estuvo fuera de mi vista.

Matt tomó la bolsa de papel que Taylor sostenía por la esquina. Una foto impresa, como la primera, pero esta vez de un lugar específico. Una calle. Un edificio bajo de ladrillo rojo. Una señal de tráfico con un nombre de condado que Matt no reconocía.

—¿Este es la ciudad en que vivían? —inquirió.

Taylor negó. Matt fotografió la imagen y la mandó a Louie con una línea: *Identificar ubicación. Es otra foto.*

Taylor lo miraba mientras él guardaba el teléfono.

—¿Crees...? ¿Crees que Natasha está en peligro inminente?

—Estamos trabajando para protegerla.

—Es terca. No va a dejar esto. Hace lo que quiere —susurró y se mordió el labio mientras elevaba la vista y la clavaba en la que ahora reía como si no tuviera una inquietud.

Le molestó que Taylor cargara también con esto, como con todo el que parecía equipaje pesado para Natasha.

—Le diremos lo que pasa y deberá tomar recaudos. Blindarla de la realidad la hace actuar sin recaudos.

Taylor pareció confundida, como si evaluara lo necesario de esto.

—Ella... Es frágil... Se que parece lo contrario, pero...

Tú eres la fuerte aquí, comprendió Matt. Sus ojos fueron a Natasha, que era chisporroteo puro en risas y coqueteo. *¿Qué queda cuando se apagan las lucecitas que te envuelven?*, pensó.

Luego miró de nuevo a Taylor. *¿Cómo eres cuando te enciendes?* Por un instante la idea de ver a esta mujer brillando para él lo acució.

+++

El área de vestuarios a las cinco de la tarde olía a esfuerzo y desinfectante. Natasha esperó a que se vaciara antes de abrir la bolsa de aseo. Contó. Lo hacía cada maldito día y el resultado no cambiaba. Era un ritual sobre algo que se le estaba escapando del control y lo sabía y no podía parar.

Nueve. Nueve pastillas para quince días, con suerte, que restaban del reality. Más cuatro de clausura. Un déficit que Derek potenció con sus maniobras extensivas. Maldito, maldito.

Él y esa doctora con sonrisa sacarina que la detestaba, podía verlo. Su pretendido asistente había hecho migas con esa perra, la influencer de champú o perfumes.

Natasha cerró la bolsa. *Gilipollas*, murmuró, sin destinatario claro. Hacia ella misma, hacia Derek, hacia la decisión que tomó de anesthesiarse con lo primero que encontró porque el dolor de antes era demasiado grande y nadie le había enseñado otra manera de manejarlo.

Eso era lo que no podía pensar demasiado, el antes. El motivo. Porque si pensaba en la razón tenía que pensar en lo que vivió, y si pensaba en lo que vivió se veía en aquella casa y eso era el barro, eso era Sheila Miller en su versión más rota, y Natasha Morozova no podía permitirse ser Sheila Miller rota en el desierto de Nuevo México con cámaras en todos los ángulos y un challenge que no podía perder.

Miró su mano. Un temblor. Pequeño, podía ignorarlo si quería. *Si te descubren, vuelves al fango. Lo que construiste se convierte en la historia de una chica de pueblo que no pudo con sus demonios. La rubia rusa que era una mentira. La survivor que no sobrevivió lo que importaba.*

El miedo era frío y específico. No el temor difuso que la gente describía, era el que tenía nombre, apellido y la cara exacta de lo que había dejado atrás. Se puso de pie. Se miró en el espejo. Natasha Morozova la miró de vuelta. Mandíbula firme. Ojos que no pedían disculpas. El cabello platino húmedo del esfuerzo del día.

Aguanta, se dijo. Te las arreglas. Siempre se las había arreglado. Recogió la bolsa. Salió. El calor era agobiante, hoy tocaba

correr como una poseída, pero con eso podía. Estaba hecha para esto, se sentía viva cuando trepaba, saltaba, giraba.

Su mirada tomó cada punto del set. Allá estaba Taylor conversando con Matt. Tenían algo en la mano y el rostro de su hermana era ese serio que anunciaba problemas.

Un dolorcito viejo la atravesó, mezcla de emociones en las que predominaba la culpa. Era cruel con Tay, sabía que lo era. No podía frenarse, su temperamento encontraba salida con ella. Su hermana. Su familia.

La quería, claro que sí, con la misma fuerza que la detestaba. Porque no podía sincerarse. No podía decirle que la habían roto cuando ella la dejó para estudiar, cuando tuvo que valerse sola, cuando...

No pienses, no pienses. Tay te conoce, te perdona. Arrugó la nariz al notar la manera en que Matt la miraba, la expresión relajada y calma. No como la miraba a ella. Era un hambre distinta. Pero hambre al fin, se dijo.

+++

Matt se apartó para acercarse a Logan que estaba haciendo una ronda. El sudor le perneaba la espalda y la arena se le pegaba por todos lados. Jodido desierto. No veía la hora de irse. Encontró a su compañero en el punto elevado del área de rocas. Estaba en el teléfono, así que esperó.

—Todo irá bien, *Ptichka*.

Mm. Era una palabra en un idioma que no reconocía, dicha rápido, en voz baja, con un tono que no tenía nada que ver con Logan en ninguna conversación que Matt le hubiera escuchado antes. El tipo de tono que los hombres usan cuando no están siendo ninguna versión construida de sí mismos.

Cuando vino a él, empero, su expresión no decía nada. Era el Logan quieto, profesional.

—Llegó otro sobre con una imagen.

Se la tendió y Logan bajó de la roca y miró con atención.

—No conozco el lugar. ¿Su ciudad natal?

Negó.

—Taylor... —se aclaró la garganta—. Su hermana dice que no.

—Mm. Esa mujercita quieta y bonita. Es inteligente y eficiente.

Matt asintió. Le molestó la descripción más de lo que debería. Encajó las mandíbulas.

—Louie debería tener algo ya. ¿Cómo está la cliente?

La cliente. Natasha estaba bien, rozagante, hermosa y tentadora, muchas gracias. E incitándole a que fuera a ella en la noche, además. Tal vez fuera. De hecho, tenían que hablar, ella tenía que saber lo que pasaba, no podía ignorarlo.

Ella es frágil. La preocupación de Taylor vino a él. Y también la convicción de que si entraba a su trailer no sería solo para hablar. Así de débil era su voluntad. O su creciente obsesión por ella.

—Matt... Matt —Logan repitió en voz más alta—. Tienes que hacer foco, mi amigo. Te he observado.

—Haz lo tuyo, Logan —indicó, retirándose, los ojos de su amigo sobre él—. Hagamos lo que debemos para cuidarla. A ambas. Ese bastardo dejó los dos mensajes cerca de Taylor.

—Ve a descansar. Yo me encargo.

Asintió y volvió, decidido a dormir así tuviese que darse la cabeza contra el respaldo de su cama. Se necesitaba lúcido y para ello debía dejar de dar vueltas a lo mismo.

CAPÍTULO 9

Matt estaba de pie junto a la torre de iluminación con el cuerpo en reposo, pero los sentidos operando al máximo de su capacidad. Su posición le permitía una visión clara de la zona de descanso de los participantes a cinco metros, un área que, bajo las luces de producción, parecía un escenario de guerra coreografiado.

Sus ojos estaban fijos en Natasha. Algo no iba bien. No se lograba dar cuenta de qué era, pero... Ella estaba diferente. Sentada en una silla de lona negra con su nombre impreso en el respaldo con el caos habitual alrededor: una maquilladora retocando el rastro de sudor en su sien, un técnico de sonido ajustando el micrófono en la parte trasera de su cinturón.

Matt no miraba el equipo. Miraba sus manos. Natasha tenía las palmas apoyadas sobre sus muslos cubiertos por el pantalón táctico del reality. Sus dedos no estaban relajados. Se movían en un patrón errático, un tamborileo imperceptible que no encajaba con la imagen de control que ella proyectaba hacia las cámaras.

Notó que, de vez en cuando, cerraba los puños con tanta fuerza que los tendones de sus antebrazos se marcaban como cuerdas tensas. *No es el café, ni es el frío de la mañana*, pensó. Es sistémico.

Matt se removió con inquietud. Dos días habían pasado, Louie había tenido algunos resultados, pero nada concluyente que ubicara a Natasha con alguien en particular.

Matt había intentado razonar con ella, pero cada vez que pudo estar cerca, ella esquivaba la conversación, e incluso desestimó las fotografías como si no la afectaran. No fue el caso, para nada, Matt lo vio. La reacción había sido visceral, aunque Natasha trató de disfrazarla. ¿Cómo se protegía a una mujer que tenía su pasado bajo llave?

Matt observó a Derek acercarse. Los ojos del gilipollas se posaron en él con una sonrisa sardónica que le tocó los cojones. Ese

tipo no era de fiar. No solo se ganaba el dinero sencillo y casi con ausencias, sino que su presencia solía atizar la discordia. Y llenar a Tay de trabajo. *¿Ahora es Tay?*, pensó. Dejó de cuestionarse y se enfocó en mirar.

Derek se detuvo detrás de Natasha y, sin decir una palabra, apoyó una mano en la base de su cuello, justo donde el cabello platino se apretaba en una trenza impecable.

Matt notó el impacto físico de ese contacto. Natasha no se movió, no protestó, pero su espalda se arqueó en una reacción visceral de huida que fue reprimida al instante.

Derek se inclinó para susurrarle al oído. El rostro de Natasha, captado de perfil por Matt, permaneció impasible, pero sus ojos... sus ojos buscaron un punto de fuga en el horizonte con una desesperación que le heló la sangre.

Sus ojos se encontraron con los de Logan, que venía con cables en las manos, pero estaba atento a la escena. Sus miradas estaban en sintonía. Esto era raro.

Matt supo que Taylor estaba a su lado solo por su fragancia. La miró rápido. Tenía sombras bajo los ojos que delataban que ella también estaba sufriendo el ritmo del desierto.

—Tu hermana está en su límite, Taylor —dijo Matt, sin apartar la vista de Derek, que ahora le acariciaba el hombro a Natasha con una familiaridad que resultaba obscena dada la reacción de ella.

Matt hacía esfuerzo físico para no atacar al asistente, su tensión por las nubes.

—Natasha siempre está en el límite. Es su hábitat natural —respondió Taylor, aunque su tono carecía de la firmeza habitual. Miró hacia donde Matt señalaba—. Derek la ayuda a concentrarse. Él sabe cómo calmarla antes de las pruebas grandes. Eso dice Natasha.

Matt giró la cabeza lentamente hacia Taylor. La luz del sol naciente resaltaba la preocupación que ella intentaba esconder tras su fachada de mánager eficiente.

—Taylor, mírale las manos —indicó Matt con voz baja y densa—. Mírale los ojos. No está concentrada. Está resistiendo. Hay una diferencia abismal entre la calma y la parálisis.

Taylor frunció el ceño y entornó los ojos hacia su hermana justo cuando esta se soltaba del agarre de Derek con un movimiento que pretendía ser casual, pero que resultó brusco. Natasha se pasó la mano por la cara, un gesto de cansancio que no era común, menos en público.

—Derek ha sido su apoyo estos meses... Ella lo contrató — insistió Taylor, más para convencerse a sí misma que a Matt—. Desde que ella tuvo aquel colapso en Nueva York, él no se ha separado de su lado. Se encarga de su medicación, de su dieta.

—¿Qué medicación? —preguntó Matt de inmediato.

Taylor parpadeó..

—Vitaminas. Suplementos para el estrés. Nada importante, Matt. No seas paranoico.

—La paranoia me mantiene vivo, Taylor. Y a la gente que protejo, también. —Matt dio un paso hacia ella, invadiendo su espacio personal no para intimidarla, sino para forzarla a ver la realidad—. Ayer, cuando regresaron de la grabación, Derek cerró la puerta del tráiler con llave. Ella no salió en dos horas. Cuando finalmente pude entrar para la revisión de seguridad, el ambiente olía a algo químico, ácido. Y ella no me miró a los ojos ni una sola vez.

Taylor apretó la tableta contra su pecho. La confusión empezaba a ganar terreno en su rostro.

—Ella... ella necesita sus momentos de soledad. A veces tiene ataques de ansiedad y Natasha no me quiere ahí cuando pasa. Dice que solo él sabe cómo manejarlos sin que el equipo de producción se entere.

—¿Y tú le crees? —Matt dejó la pregunta suspendida.

No necesitaba responderla. La mirada de duda que Taylor lanzó hacia su hermana fue suficiente confirmación.

Ese tipo tenía que ser investigado, podía oler que no eran vitaminas las que le daba. Matt había visto amigos y colegas de armas pasar por situaciones de abstinencia. No era bonito.

Pero, ¿cómo una mujer tan sana como Natasha podía caer en algo así? Luego de Nueva York dijo Taylor. ¿Qué había pasado allá?

Sabía poco de estas mujeres. Solo que las deseaba y quería protegerlas. Eso era suficiente, pero necesitaba más. Un acosador persistente era un problema serio.

Un hombre tomando el control de las necesidades de la estrella y dándole sustancias era aterrador. Tenía que saber. Tenía que ayudarla.

+++

El aire dentro del tráiler era espeso, saturado por el olor del café y el perfume metálico de Derek. Natasha sentía que las paredes se cerraban sobre ella. La necesidad química pulsaba en ella, el temor de perderse también. Este hijo de perra... Este maldito al que había dado poder la tenía entre las cuerdas. Tenía que zafarse. Tenía que hacer algo.

—Siete, Natasha —dijo Derek, sentado frente a ella en el pequeño sofá de piel. Tenía el frasco naranja en la mano, haciéndolo girar entre sus dedos como si fuera una moneda—. Esas pastillas no bastan para cubrir los próximos días. Y eso si no contamos la gala final.

—Dámela, Derek. Por favor.

El por favor le supo a hiel. Nunca se lo decía a nadie, y solo Tay lo merecía, con honestidad. Pero el temblor en sus manos era ya un rugido interno que no podía silenciar.

—¿Y qué gano yo si te la doy? —Derek se puso de pie y se acercó, obligándola a retroceder hasta que sus corvas chocaron con el borde de la cama—. Ayer fuiste un poco... distante con los patrocinadores. Taylor tuvo que cubrirte. No me gusta que Taylor tenga que trabajar de más porque tú no puedes controlar tus nervios. Esa mujercita no convoca, no tiene tu magia.

—Taylor no sabe nada de esto. Y así va a seguir —siseó Natasha, aunque su voz sonó rota.

—Oh, Taylor sospecha. Es lista. Pero confía en mí —Derek le pasó el dorso de la mano por la mejilla. Natasha cerró los ojos para no ver su sonrisa triunfal—. Ella cree que te ayudo. Y es así,

¿verdad? Sin mí, volverías a ser Sheila, la niña asustada de Ohio que no podía dejar de temblar.

Natasha abrió los ojos, la furia luchando contra la necesidad química. La traición todavía se sentía cruda. Derek era la ex pareja de su terapeuta, el maldito que compartía su información con este monstruo. Cuando el episodio en Nueva York creyó dar un paso adelante al ir a terapia. Resultó ser el peor error.

—No te atrevas a usar ese nombre conmigo. Dame el pastillero —dijo.

Derek suspiró, fingiendo decepción. Abrió el frasco, extrajo un solo comprimido y lo dejó sobre la palma de su mano.

—Una ahora. Para que puedas con el pozo. Si te derrumbas ahí abajo, Natasha, el frasco se queda conmigo y tú te las arreglas con el síndrome de abstinencia frente a diez cámaras de alta definición. ¿Entendido?

Natasha arrebató la pastilla de su mano. La tragó sin agua, sintiendo cómo el amargor le raspaba la garganta. Se miró en el espejo del tocador. Su piel estaba pálida, casi translúcida bajo el maquillaje. Sus ojos tenían un brillo febril, una intensidad que no era fuerza, sino el último destello de una lámpara que se queda sin aceite.

Se instó a cambiar. No podían con ella. Era la estrella, estaba preparada, podía con esto. El cambio fue evidente en el espejo y lo agradeció. Luego vería. Tal vez Matt...

Tal vez podía confiar en él. Tal vez podía ser más que el maromo caliente que la llenaba y la hacía sentir, además del que le guardaba las espaldas del acosador. De Henry, ese maldito que estaba por ahí, rondándola.

—Muévete —le ordenó a Derek—. Tengo una prueba que ganar.

+++

El Pozo era una de las pruebas más peligrosas del reality. Consistía en un descenso controlado a una fosa de diez metros excavada en la roca, seguida de una escalada vertical por una red de

carga mientras la producción activaba chorros de arena y grava que caían desde los bordes simulando un desprendimiento.

Matt estaba situado en el perímetro superior con el arnés de seguridad puesto por si debía intervenir. No le gustaba nada esto. No tenía idea de cómo harían los otros para cumplir la prueba. Ni le importaba. Su foco exclusivo era Natasha.

La vio acercarse al borde. Caminaba con rigidez excesiva, se dio cuenta. Arrugó el ceño con preocupación. Cuando el director gritó *Acción*, Natasha comenzó el descenso al pozo. Sus movimientos iniciales fueron mecánicos, precisos, la Reina de Hielo cumpliendo con su guion.

Pero las cosas se complicaron cuando empezó la subida. A mitad de la red de carga, Natasha se detuvo. Matt vio cómo sus manos se abrían y se cerraban sobre las cuerdas de cáñamo. No estaba buscando un mejor agarre; estaba perdiendo la capacidad de sentir sus propios dedos. El sudor le resbalaba por la frente, arrastrando el maquillaje y revelando la palidez.

—¡Muévete, Morozova! ¡La arena va a empezar a caer! —rugió el director por el megáfono.

Natasha levantó la cabeza. Matt vio sus ojos. Estaban dilatados, fijos en el vacío. No era fatiga muscular. Era un colapso del sistema nervioso central. Su pie resbaló del nudo de la red y su cuerpo cayó con un golpe seco contra las cuerdas, quedando suspendida por un solo brazo.

—¡Corten, tienen que cortar ¡Ayúdenla!! —el grito de Taylor desde la zona de monitores fue un alarido de puro pánico.

Matt ya estaba saltando. Se deslizó por la cuerda de seguridad con seguridad y control. El polvo de la arena que empezaba a caer le nublaba la vista, pero localizó la silueta de Natasha balanceándose peligrosamente.

Llegó a ella justo cuando su otro brazo cedía. La rodeó por la cintura, pegando la espalda de ella contra su pecho. El impacto hizo que ambos oscilaran en el aire, suspendidos sobre el fondo del pozo.

—Te tengo. No cierres los ojos, preciosa, anda —le ordenó Matt al oído.

Ella estaba hiperventilando, un sonido agudo y animal que le desgarraba la garganta. Sus manos se aferraron a los antebrazos de Matt con fuerza desesperada.

—No puedo... no puedo sentir las manos... Matt... —susurró ella.

Fue la primera vez que usó su nombre sin el tono de mando o ironía .

—Respira conmigo. Mira mi pecho. No mires arriba o abajo, solo a mí.

Matt la aseguró con un mosquetón a su propio arnés. Sintió que el cuerpo de ella temblaba de forma incontrolable, una vibración interna que parecía que iba a romperla en pedazos. Mientras los técnicos de rescate empezaban a izarlos, Matt levantó la vista.

En el borde del pozo, Taylor estaba de rodillas, con las manos en la boca. Y justo detrás de ella, Derek. El asistente no se movía. No gritaba. Tenía los brazos cruzados y una expresión de fría molestia, como si Natasha fuera una herramienta que acababa de romperse y le estuviera causando un retraso en su agenda. No había rastro de preocupación humana en él. Solo cálculo.

Condenado hijo de mil perras, si solo se acercaba... Si hacía un intento de ir a ella cuando la tuviera segura, lo molería a golpes. Matt la rodeó con su brazo mientras su boca le susurraba palabras de calma.

Despojada de la seguridad que solía vestirla, Natasha Morozova era frágil, tal y como Tay decía.

+++

El mundo se volvió borroso para Taylor hasta que vio a Matt emerger del pozo cargando a Natasha en brazos como si no pesara nada. Su hermana tenía la cabeza apoyada en el hombro del guardaespaldas, con los ojos cerrados y la respiración rota. Se le encogió el corazón y las lágrimas le brotaron.

—¡Natasha! —Taylor corrió hacia ellos, pero Matt no se detuvo.

—Vamos a la carpa médica. Hay que revisar sus vitales —ordenó Matt con una autoridad que no admitía réplicas.

Los paramédicos se hicieron cargo colocando a Natasha en una camilla. Taylor intentó seguirlos, pero sintió que alguien la agarraba del brazo. Era Derek.

—Tranquila, Taylor. Ha sido un golpe de calor. Yo me encargo de hablar con el médico, él ya conoce sus antecedentes de estrés —dijo Derek con una voz suave, calmada.

Taylor se zafó del agarre de Derek como si le hubiera quemado. Miró a Matt, que estaba de pie a pocos metros, cubierto de polvo y arena, con la mandíbula tan apretada que parecía de piedra.

Los ojos del guardaespaldas se clavaron en Derek y Taylor leyó violencia en ellos. El asistente debió percibirlo también porque retrocedió hasta desaparecer como el cobarde que era.

—Tuviste razón —susurró Taylor a Matt, acercándose a Natasha, que estaba como alienada. Le acarició el cabello—. Debí haberlo visto, esto no es solo agotamiento. Shh, Shei, shhh, tranquila, estamos juntas, mi querida —dijo muy quedo, y Sheila recorrió su entorno con la vista, sin fuerzas para recordarle que era Natasha.

Esto hablaba volúmenes. Vio como Matt se limpiaba un rastro de sangre del dorso de la mano. Parpadeó y volvió a mirar a su hermana buscando heridas.

—Ese hombre no puede entrar a la carpa, Tay. Natasha no está enferma, está con problemas de sustancias. Y hoy casi muere por eso. Ese tipo la provee.

Taylor miró la carpa médica y luego hacia el tráiler. Las palabras de Matt encajaron de golpe con actitudes de Sheila, con su genio saliéndose de control, con su ego potenciado, con sus temblores y la obsesionada necesidad de no recordar nada del ayer. Y con Derek con poder sobre ella.

—Quédate con ella—dijo, su voz recuperando la firmeza—. Necesitamos ver que le estaba dando. Iré a revisar el trailer —susurró mientras miraba a la enfermera traer el suero para hidratar.

Matt asintió. La alianza silenciosa entre el guardaespaldas y la hermana se selló en ese momento, ambos determinados a proteger a Natasha... Sheila. Se dirigió afuera pensando que tanto como a ella le gustaba Matt, él era bueno para su hermana y si esta pudiera verlo, si pudiera hacer a un lado su desesperado intento de triunfar a toda costa, podría tener un futuro.

Si Shei tenía la chance de ser feliz y calmar esa bestia interna que la forzaba a no parar, Taylor estaría en paz. No iba a romper con su hermana por un hombre, por interesante y atractivo que fuera.

Tampoco se quedaría cerca, no era de piedra. Matt Vargas se le había metido bajo la piel en cuestión de semanas, lamentablemente para su corazón.

CAPITULO 10

La carpa médica olía a una mezcla estéril de antiséptico, lona caliente y el rastro metálico del miedo. El zumbido constante de un generador cercano era el único sonido que llenaba el silencio mientras Matt esperaba.

No se había quitado el arnés, ni siquiera se había limpiado la arena que se le había quedado pegada al sudor de los brazos tras el rescate en el pozo. Sus sentidos seguían en modo operativo, pero su mente estaba anclada en la imagen de Natasha desmoronándose en sus brazos.

Había sido como sostener una muñeca desmadejada. Natasha estaba tumbada en la camilla con una vía intravenosa conectada a su brazo izquierdo. Su palidez iba desapareciendo, pero sus ojos estaban cerrados y sus párpados temblaban como siguiendo el ritmo de una pesadilla que no terminaba con el despertar.

La voz de Derek afuera de la tienda le puso en alerta. El asistente hablaba con el médico de guardia.

—Es una reacción exagerada al esfuerzo, doctor —decía Derek, con esa voz untuosa que hacía que a Matt le picaran los nudillos—. Ya ha pasado antes. Necesita descanso y sus suplementos habituales. Yo me encargaré de que se los tome en cuanto se estabilice.

Matt apretó la mandíbula y se dirigió afuera haciendo que las botas resonaran contra el suelo de plástico. Derek levantó la vista, y por un segundo, la máscara de asistente solícito flaqueó, revelando un destello de pura hostilidad.

—Lo que dices es muy cuestionable.

—Esto no te incumbe —dijo Derek, entornando los ojos.

—Por el contrario. La seguridad de mi cliente es mi prioridad absoluta. Y su hermana, además, solicitó que no me despegue de Natasha. La familia es la que tiene que actuar aquí.

—Taylor está nerviosa, es comprensible —Derek tenía labia, tenía que concederlo, e intentaba recuperar terreno—. Pero yo soy el que conoce el historial médico de Natasha. Ella confía...

Matt se acercó hasta quedar a centímetros de Derek. Era más alto, más ancho y mucho más peligroso, y se aseguró de que el asistente lo sintiera en cada fibra de su cuerpo.

—La próxima vez que se caiga porque alguien le está negando lo que necesita o dándole lo que le sobra, no la voy a cargar solo a ella —susurró Matt, dejando que la amenaza flotara, fría y letal—. Te voy a cargar a ti también. Y no será para llevarte a una camilla.

Derek tragó saliva, sus ojos escapando hacia la salida.

—Estás loco. Tu agencia va a saber de esto.

Derek salió de la carpa casi huyendo. Matt se quedó solo y volvió con Natasha. El silencio ahora era distinto, más pesado. Se acercó a la camilla y observó la mano. El temblor persistía, un espasmo rítmico en el dedo índice. Matt extendió su brazo, dudando por un momento, y luego cubrió la mano de Natasha con la suya.

La piel estaba helada. Al sentir el contacto, Natasha abrió los ojos. Por primera vez, no hubo máscara. No hubo orgullo. Solo un par de pupilas inundadas de un pánico tan puro que Matt sintió un tirón en el pecho que no pudo racionalizar.

—Matt... —su voz fue un hilo roto.

—Aquí estoy. Estás a salvo.

—No... no dejes que me dé nada —susurró ella, intentando incorporar su cuerpo, pero fallando miserablemente—. El frasco... él tiene el frasco.

—Lo sé. Taylor se está encargando —Matt le apretó la mano, transmitiéndole la firmeza que ella no tenía—. No vas a volver a tomar nada que no pase por mis manos primero, Natasha. ¿Me oyes? Esto va a cambiar. Vas a mejorar, tranquila, hermosa.

Ella asintió con debilidad y volvió a cerrar los ojos, pero esta vez no retiró la mano. Estaba agotada, agobiada y acababa de pasar por una experiencia estresante. Se aferró a la de Matt como si fuera el único anclaje en una tormenta que amenazaba con arrastrarla.

+++

El tráiler era, en teoría, un santuario de lujo en mitad de la nada, pero para Taylor, en ese momento, era la escena de un crimen que todavía no terminaba de entender. Entró cerrando la puerta tras de sí, con las manos temblándole tanto que tuvo que apoyarse contra el mueble de la cocina para no caerse.

Piensa, Taylor. Piensa. Las palabras de Matt resonaban en su cabeza. La visión de su hermana colapsando en medio de la prueba física volvía a ella. Si no fuera por el guardaespaldas... Si Matt no hubiese actuado con celeridad y cuidado, Natasha estaría muy lastimada. No quería pensar en lo que pudo pasar.

Tenía que encontrar lo que estaba consumiendo. *¿Como fui tan ciega? ¿Cómo no estuve más alerta?*

Empezó a registrar los cajones con una urgencia febril. Natasha era ordenada, pero el que intervino aquí era también Derek. La sustancia o droga no estaría a la vista. Revisó el botiquín: tiritas, suero, analgésicos comunes. Nada.

Fue entonces cuando recordó lo que Matt le había dicho sobre el olor químico. Se acercó a la zona de la cama, donde Natasha guardaba su maleta de marca. Al lado, había un pequeño maletín rígido en el que guardaba las muestras de productos que promovía en redes. Nunca le había prestado atención.

Estaba cerrado con un candado de combinación. Probó con la fecha de nacimiento de Sheila. Nada. Probó con la suya. Nada. Entonces recordó algo que Derek había mencionado una vez sobre su número de la suerte en los contratos. 15/8/23. El día en que Natasha firmó su primer gran contrato.

El candado hizo un clic metálico. Taylor abrió el maletín. No había vitaminas o cremas adentro. Había tres frascos de prescripción, pero los nombres en las etiquetas estaban tachados o eran ilegibles. Vacíos.

En el fondo, encontró un frasco. Tenían que ser anfetaminas. Eso coincidía con la euforia que a veces tenía Natasha, pensó. Ese maldito bastardo de Derek...

Pero esto se terminaría. Ahora que ella sabía, que Natasha estaba expuesta con ella, las cosas iban a cambiar. La ayudaría a la desintoxicación si era necesario, no sabía como funcionaba esto, pero vería de protegerla. Tomó fotos de los recipientes, por las dudas.

—¿Buscabas algo, Taylor?

La voz de Derek desde la puerta del tráiler la hizo saltar. Él estaba allí, apoyado en el marco, con una botella de agua en la mano y una sonrisa torcida que no fingía amabilidad. Era la sonrisa de un depredador que acababa de encontrar a su presa husmeando en su madriguera.

+++

La respiración de Natasha se había estabilizado, pero Matt estaba inquieto. Taylor se había ido hacia un buen rato. Frunció el ceño y pensó si convenía ir por ella. Natasha seguía dormida, su mano ya no temblaba tanto. La soltó con cuidado, levantándose de la silla.

Su móvil chirrió en su cinturón. Era un audio de Logan. Salió de la tienda para escucharlo.

Logan> *Matt, hay algo raro en el sector de los trailers. El asistente de Natasha ha entrado y no ha vuelto a salir. Taylor está dentro. ¿Intervengo?*

Matt activó el micrófono y grabó, acelerando el paso hasta casi correr. Ese hijo de perra... Seguramente estaba nervioso y quería cubrir sus bases, destruir alguna prueba. Porque estaba seguro de que era el proveedor de lo que fuera que Natasha consumía.

Matt> *No te descubras. Esto es complicado, pero no tiene que ver con el acosador. Acércate, y si escuchas algo, interviene. Yo voy para allá.*

La respuesta llegó enseguida.

Logan> *Copiado. Tengo visual de la puerta. Derek parece en guardia.*

Se apresuró, nervioso y dispuesto a la violencia. Mientras cruzaba el set, vio a los miembros del equipo de producción murmurando, ajenos al drama que se cocía tras las paredes de aluminio del tráiler de la estrella.

Para ellos, era solo un retraso en el rodaje. Probablemente algunos estaban aliviados de que Natasha estaba en calma. No tenían idea de lo que pasaba en realidad.

+++

—Derek, ¿no golpeas? — Taylor habló con calma, sin bajar la mirada, mientras se incorporaba.

Este hombre era un parásito, había estado alimentando los problemas de su hermana dándole basura adictiva. No se dejaría impresionar.

—Natasha me permite ingresar, soy su mano derecha, su hombre de confianza.

—Y bien que has tomado ventaja de su generosidad — respondió, lívida ante su desparpajo—. Has abusado de tu posición. Es obvio que Natasha está teniendo problemas con sustancias, y tú...

—Mucho cuidado, perra.

Derek entró en el tráiler y cerró la puerta de una patada. El espacio, que antes parecía pequeño, ahora resultaba claustrofóbico, y Taylor tragó saliva.

—Sal. Estás despedido.

El rió con desdén y se acercó más, su expresión violenta y su actitud combativa.

—Eres una entrometida. Siempre lo has sido. Siempre tratando de proteger a Natasha, sin darte cuenta de que no te registra, eres su sirvienta y sin pago. Eres lamentable. Yo soy el que la sostiene; se controla en público y es brillante gracias a lo que le doy. Si no sería una más. Y ella me necesita.

—¡Eres un cínico! Y alucinas. Natasha tiene brillo propio. Tú no eres más que un dealer, un oportunista. Lo que le estás dando... La está matando —dijo Taylor, elevando su voz.

Derek soltó una carcajada seca, dando un paso hacia ella. Taylor retrocedió hasta chocar con la pared del fondo.

—Yo le salvo la vida. Sin esas pastillas, ella no puede ni mirar a una cámara. ¿Qué crees que pasará si le cuentas esto a la prensa? ¿Crees que la verán como una víctima? No. Verán a una mujer inestable que engañó a sus patrocinadores. Tú la destruirás si intentas destruirme a mí.

Derek extendió la mano.

—Dame eso, Taylor. Sé una buena criada y vuelve a organizar los horarios. Yo me encargaré de que Natasha esté lista para la entrevista de la tarde.

—No te voy a dar nada —dijo Taylor, erguida, elevando su mentón—. Y en cuanto salga de aquí, Matt Vargas me va a ayudar con...

El rostro de Derek se transformó, dejando paso a una violencia cruda y desesperada. Se lanzó hacia ella, agarrándola por las muñecas con una fuerza que hizo que Taylor soltara un grito de dolor.

—¡Suéltame!

—¡Dame el puto frasco! —rugió él, empujándola contra el tocador.

Varios perfumes cayeron al suelo estallando en pedazos. El olor a flores se volvió asfixiante. Derek tiró de su cabello con salvajismo y le puso un brazo en el pecho para inmovilizarla, su peso presionándola contra el mueble.

—¡Déjame!

Un golpe seco sacudió todo el tráiler. La puerta no se abrió; saltó literalmente de sus bisagras y Matt entró como un vendaval. No hubo advertencias, ni gritos.

Matt agarró a Derek por el cuello de la camisa y lo lanzó hacia el otro extremo del tráiler con tal violencia que el asistente chocó contra la mesa de comedor, volcándola.

Matt no se detuvo a ver si Derek se levantaba. Se puso delante de Taylor, protegiéndola con su cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó Matt, sin girar la cabeza, manteniendo la vista fija en Derek, que intentaba recuperar el

aliento en el suelo.

Taylor asintió, temblando.

—Quiere... quiere los frascos que encontré. Vacíos, pero deben tener trazas...

Matt miró a Derek. Sus ojos eran glaciales y Derek reptó atrás intentando escapar.

—Levántate —ordenó Matt—. Levántate para que pueda terminar esto de forma legal.

Derek, sangrando por el labio, miró a Matt y luego a Taylor. Sabía que había perdido, pero era un hombre perverso que no quería que su mina de oro se agotara.

—No pueden comprobar nada. Y si me echan, Natasha me buscará —escupió, limpiándose la sangre—. No tiene la dosis de hoy. En tres horas empezará a gritar. Y todos lo verán.

Matt dio un paso hacia él, pero Taylor le puso una mano en el brazo.

—No, Matt. Él ya no le va a dar nada más.

Taylor miró a Derek con un desprecio que le nació de lo más profundo de su sangre.

—Vas a dejar este set ahora mismo. Dirás que has tenido una emergencia familiar. Si vuelvo a ver tu cara rondando a mi hermana haré una conferencia de prensa anunciando lo que presencié y lo que confesaste. No actúo, pero te aseguro que seré muy convincente. ¿A quién piensas que van a creer? Esta será una preciosa oportunidad de marketing para Natasha: cómo la engañó su asistente fingiendo que le daba vitaminas, cómo la embaucó, su camino de recuperación. La van a amar. Tú, la sorprendida declaración de mi hermana, sus lágrimas, el análisis de estos frascos irán directos a la fiscalía, al FBI, a quien sea necesario. Vete. Ahora.

Derek miró a Matt, que seguía con los puños cerrados, esperando una excusa para atacar. Sin decir una palabra, Derek recogió su chaqueta y salió del tráiler, desapareciendo en el calor del desierto bajo la mirada atenta de Logan desde muy cerca. Hizo un gesto con su cabeza y siguió al bastardo.

Matt se quedó allí, llenando el espacio con su presencia. El silencio en el tráiler era denso, cargado con el peso de lo que

acababa de ocurrir. Taylor se dejó caer en el sofá.

No fue un movimiento controlado; fue un colapso de sus músculos, de sus nervios y de esa resistencia que había mantenido durante años para ser el pilar de su hermana.

+++

Apenas Derek estuvo fuera de la vista, Taylor sintió que se aflojaba. No era un estremecimiento leve; era una sacudida violenta que le nacía desde el centro del pecho y se extendía hasta sus dedos.

Apretó los dientes intentando contener el sollozo que le quemaba la garganta, pero el aire se le escapaba en espasmos cortos y erráticos. El silencio del tráiler, tras la violencia de la entrada de Matt, se sentía como un peso físico que la aplastaba.

Matt no se quedó de pie junto a la puerta destrozada. Al verla así su postura de combate se disolvió. Cruzó el espacio reducido del tráiler con tres zancadas silenciosas y se arrodilló en la alfombra, justo frente a ella.

La miró con preocupación, con calidez, reconociendo que estaba agotada de nervios y de cargar con demasiado peso.

—Taylor —susurró.

Su voz, habitualmente grave, sonó baja y aterciopelada. Ella levantó la vista, y sintió un tirón en el pecho. Sus ojos estaban anegados; sentía una culpa devastadora.

—¿Cómo no lo vi, Matt? —su voz salió rota, apenas un hilo de aire—. He estado con ella cada día. He organizado sus comidas, sus citas, su vida... Y ese tipo la estaba destruyendo frente a mis ojos. Soy su hermana. Se suponía que yo debía protegerla.

—Nadie ve lo que no espera encontrar en su propia casa, Taylor —dijo Matt con firmeza.

Extendió una mano, dudando un segundo antes de romper la barrera del contacto físico. Finalmente, dejó que sus dedos largos y callosos se hundieran en su cabello y acariciaron su cabeza con una ternura que no esperaba de un hombre de su calibre. Fue el detonante final.

Taylor soltó un sollozo desgarrador, un sonido que llevaba meses, quizás años, gestándose en su interior. Se inclinó hacia adelante y Matt la envolvió con sus brazos, tirando de ella hacia su pecho.

Escondió el rostro en el hueco de su cuello, aferrándose a la tela de su camisa como si fuera el único objeto sólido en un mundo que acababa de licuarse. Matt la apretó contra sí, rodeándola con una fuerza protectora que no dejaba lugar a dudas.

—Escúchame bien —le dijo Matt, apoyando su barbilla sobre la cabeza de ella, mientras su mano seguía acariciando su cabello con un ritmo hipnótico—. Todo va a estar bien. Me oyes, ¿verdad? No estás sola en esto. Ya no.

—Él se llevó... se llevó su calma, Matt. No sé cómo vamos a sacarla de esto sin que se rompa del todo —sollozó, su cuerpo sacudiéndose entre sus brazos.

—La sacaremos juntos —aseguró él, y el peso de su promesa llenó el tráiler—. Vamos a ayudar a Natasha. Vamos a limpiar todo el rastro de ese tipo en su vida. Ella es fuerte, y te tiene a ti. Yo estaré a su lado. De ambas —aclaró.

Matt cerró los ojos un momento, aspirando el aroma de Taylor. Era un aroma a resiliencia, a lucha. Se sintió extrañamente completo con ella así, deshaciéndose entre sus brazos, confiándole su vulnerabilidad más absoluta.

Lentamente, se inclinó y depositó un beso largo y suave sobre el cabello de Taylor. No fue un beso de deseo, aunque la chispa estuviera ahí debajo; fue un sello, un pacto de protección y una forma de absorber parte de su dolor.

Taylor se quedó ahí, dejando que los sollozos se calmaran poco a poco, anclada por el calor de los brazos de Matt y la seguridad de su voz. El frío del miedo empezó a retroceder, reemplazado por la esperanza de que, aunque el camino hacia la recuperación de Natasha sería un infierno, no tendría que recorrerlo sola.

—Gracias —susurró ella contra su piel.

Matt no respondió con palabras. Solo la apretó un poco más fuerte, mirando hacia la puerta abierta. El sol del exterior seguía

castigando la arena, pero dentro del tráiler, algo nuevo y mucho más fuerte que el contrato de un guardaespaldas acababa de nacer.

CAPÍTULO 11

Colocó su mano en la espalda baja de Taylor y la empujó suavemente para salir del trailer. Estaba sacudida, pero entera. Su mejilla mostraba signos de un golpe y eso le hizo hervir la sangre. Vería de cobrar esa ofensa. Ese maldito...

Rogaba que no fuera inteligente, que se quedara cerca para poder molerlo a golpes. Era irracional, apelaba a un lado suyo que no le gustaba. Su mirada encontró la de Logan, que parecía holgazanear a unos metros y le hizo un gesto para señalar que todo estaba controlado. Siguieron hacia la carpa médica.

—Creo que son anfetaminas —susurró Taylor, y rebuscó en su bolsillo para darle un frasco con una parte del nombre.

Vio el nombre y asintió, tomando el mismo para enterrarlo en uno de sus bolsillos. Al entrar en la carpa encontraron a Natasha semi despierta. Se había incorporado un poco en la camilla, apoyada contra unas almohadas. Tenía el cabello platino despeinado y la mirada fija en la entrada.

Cuando los vio, sus ojos saltaron de él a Taylor. Claramente la vio diferente porque arrugó la naricilla.

—¿Tay? —preguntó.

Su voz era un susurro áspero, desprovisto de su habitual cadencia de mando. Taylor se acercó a la camilla. No se detuvo a medio camino. Se sentó en el borde, rompiendo esa distancia que habían mantenido en el set.

—Las encontré, Shei. Derek trató de ocultarlo, me atacó —la voz de Taylor era un murmullo suave, pero inquebrantable.

—¿Qué quieres decir con que te atacó? '

—No importa, se fue.

Natasha empezó a respirar de forma errática. Sus manos buscaron instintivamente los bordes de la sábana.

—Tiene mis... suplementos. Necesito que vuelva, Tay. Él...

Matt se mantuvo en la sombra, cerca de la salida, sin quitarle la vista de encima. Verla así, mendigando la presencia de un hombre vil que la encarcelaba con sustancias, que además acababa de atacar a su hermana, le revolvió las entrañas.

—No son suplementos, Natasha —intervino, su voz áspera comandando la atención de las dos—. Es veneno. Y lo usaba para tenerte con la correa corta.

Natasha lo miró con una mezcla de furia y terror.

—iTú no sabes nada! Tú solo eres el que vigila las puertas. No sabes lo que pasa en mi cabeza cuando las luces se encienden. No sabes lo que necesito para ser quien el mundo espera que sea.

—Lo que el mundo espera no vale tu vida, Shei —dijo Taylor.

—iNo me llames así!

Ella pretendía volver a un estado que no podía sostener, a pura fuerza de voluntad, pero estaba quebrada, y se le notaba.

—Tú vales muchísimo, hermanita. Tu sueño es importante, lo sé, pero no puedes lograrlo consumiéndote.

Natasha miró sus manos, las apretó. Quiso seguir protestando, pero estaba agotada. Matt vio el momento exacto en que la negación chocó con la realidad. Sus hombros se hundieron. Sus dedos empezaron a temblar con una violencia que hizo que la vía intravenosa tintineara contra el soporte de metal.

—No puedo hacerlo —sollozó Natasha, rompiéndose por fin—. Taylor, quedan muchos días. Si no tengo eso... el mundo va a ver que no soy nada. Que estoy rota.

Taylor la rodeó con sus brazos, pero esta vez fue Natasha quien se hundió en el pecho de su hermana.

+++

El vacío que Natasha sentía no era solo físico; era un abismo negro que amenazaba con tragarse cada año de esfuerzo, cada sacrificio. Sin Derek y sus píldoras se sentía sin fuerzas. Como desnuda bajo el sol implacable y miles de miradas de desprecio.

—No creas que no lo he intentado, pero... No tenía tiempo. Siempre venía un nuevo show, una oportunidad, una promoción, una

gala. Era más fácil —dijo.

—¿Por qué no me lo dijiste? Sabes que estoy para ti —Taylor tomó sus manos.

Natasha apretó sus labios y dos gotas nacieron para desplazarse por sus pómulos.

—Soy el desastre que siempre tienes que limpiar —dijo muy quedo—. No podía mostrarte que la estaba cagando otra vez.

—Ey, no digas eso—respondió ella—. Somos tú y yo, mamá nos lo dijo, ¿recuerdas?

Natasha asintió.

—Todo lo que te he dicho... Mis insultos, mis actitudes... Juro que trataba de no ser una perra, pero...

—Lo eras, pero ahora sé que no eras tú.

Matt las observaba con atención. Tan distintas entre sí, tan diferentes a como las percibían los demás. Estas dos mujercitas lo convocaban de formas que no podía entender, pero... No podía dejar de mirarlas. De anhelar cuidarlas, protegerlas.

Adorarlas. Sentir su piel en sus yemas, recorrerlas con su boca, apretarlas y hacerlas vibrar bajo su... ¡Maldita, maldita mente suya, lo estaba boicoteando! Algo no iba bien en él, no podía querer a las dos, no podía desearlas a ambas.

Era cínico, enfermo. Y, sin embargo, era real. Eso sentía. Tragó saliva y se llamó al control

—Sabes que debes parar. No puedes...

—Tay... Necesito terminar esto. Si no cumplo... Hay multas, me pondrán en una lista negra.

—Tu salud es primero.

—Puedo con esto —su voz era un ruego—. Lo peor pasó. El pozo era la penúltima prueba. Lo otro son tonterías que puedo hacer dormida. No voy a ganar, pero terminaré el reality. Tengo que mostrar que soy responsable, que soy profesional. Cuando Derek hable... Porque va a hablar... —sentenció.

—Taylor lo amenazó con excelentes argumentos al respecto. Puede darte insumos de marketing para dar vuelta la tortilla —dijo Matt, y las dos lo miraron.

La mirada de Natasha mostraba su actual fragilidad. La de Taylor la fuerza de una guerrera. La estrella vanidosa había desaparecido. La nerd gris aparecía con la fuerza y el espíritu necesarios para defender a su familia.

—No estás sola. Tu hermana, yo mismo... Estamos para ti. Hoy debes descansar. Hablaré con el director. La respuesta de seguridad de hoy fue pésima. Podrías demandarlos sin problemas, así que te darán el tiempo que necesites para recuperarte. Setenta y dos horas de margen te ayudarán. Debes descansar, hidratarte, comer bien, meditar. Si necesitas romper cosas, rómpelas, si necesitas llorar, llora.

Abandonaron la carpa médica dos horas después, cuando el médico administró un sedante ligero a Natasha para que pudiera dormir. Con suerte eso aliviaría las primeras horas de la abstinencia.

El director pasó a ver cómo estaba y Taylor se comportó a la altura, mostrando su ductilidad y su enojo por las pésimas condiciones de seguridad. El hombre no dudó en aceptar el imperativo de postergar el rodaje del último desafío.

Cuando despertó la llevaron al trailer, que ya estaba reparado y ordenado, para sorpresa de Taylor. Matt le hizo un guiño. Se había encargado de gestionar eso también. Era... Este hombre no parecía real.

Se notaba que estaba muy interesado en Natasha. Bien por su hermana. Bien por ella, pensó con una punzada de nostalgia. Pero era lo que era.

La arropó y salió afuera. Matt caminó a su lado en silencio. El sol empezaba a caer, pintando el desierto de tonos violetas y naranjas que resultaban hermosos después de la fealdad que habían descubierto.

—Gracias, Matt —dijo, deteniéndose a unos metros.

Él se giró hacia ella. Era atractivo, mucho, pero lo que Taylor veía era más. Era al buen hombre. Alguien en quién confiar, con quién contar. El tipo de hombre que había soñado para ella y que parecía la aguja en mil pajares.

—No me des las gracias todavía, Taylor. Las próximas cuarenta y ocho horas van a ser brutales. Pero estaremos bien. Mi

colega, Logan... Si, la agencia nos tiene cubiertos. Él cubrirá el perímetro exterior; yo me quedaré dentro con vosotras.

—¿Dentro? —preguntó, sintiendo un vuelco en el corazón.

—No voy a dejarlas solas en ese tráiler con ella pasando por esto. Derek podría intentar volver o enviar a alguien. Además, el tema con el acosador sigue vigente —Matt dio un paso hacia ella, acortando la distancia—. Tú también estás al límite. Necesitas a alguien que te cubra las espaldas mientras tú cubres las de ella.

Taylor se quedó mirando su pecho, sintiendo de nuevo esa atracción magnética que la empujaba hacia él. Era una locura. Estaban en mitad de una crisis, su hermana se debía desintoxicar de pastillas y ella apenas podía mantenerme en pie.

Pero cuando él se le acercaba... De hecho, le puso una mano en la cintura... El ruido del mundo desaparecía.

—¿Quién te cuida a ti, Matt? —preguntó en un susurro, levantando la vista hacia él.

Matt sonrió, una sonrisa pequeña y cargada de una melancolía que me atravesó el alma.

—Normalmente, nadie. Pero no me importaría que tú lo intentes.

Se inclinó, y esta vez el beso no fue en el cabello. Fue un roce lento de sus labios, y Taylor se convirtió en estatua. Esa boca... Tembló sin remedio.

Ese toque parecía una promesa silenciosa que sabía a sal y a desierto. Fue breve, apenas un contacto, pero fue suficiente para darle la fuerza que iba a necesitar para lo que venía.

—Entremos —dijo Matt, rompiendo el beso pero manteniendo su mano en la de Taylor—. Empieza la guardia larga.

Taylor estaba confundida, alelada, sentía... Oh, icuánto sentía! Y quería.

CAPÍTULO 12

El reloj digital sobre la encimera del trailer marcaba las 02:14 de la madrugada. El silencio del desierto fuera de las paredes de aluminio no era tal; era un coro de ruidos sutiles. El viento silbando entre los depósitos de agua, el crujido de la arena golpeando el chasis y el zumbido eléctrico de un generador que parecía estar a punto de morir.

Pero dentro del tráiler, el sonido que lo devoraba todo era la respiración de Natasha. Taylor observaba a su hermana desde la silla plegable sintiéndose impotente, una sensación que detestaba por encima de todas las cosas.

Natasha estaba hecha un ovillo en la litera inferior, envuelta en tres capas de mantas que no lograban detener los escalofríos. Su cuerpo se sacudía en espasmos cortos, rítmicos, una coreografía de dolor que Taylor no sabía cómo frenar.

El sudor le empapaba el cabello platino, pegándoselo a la sien en mechones oscuros que le daban un aspecto de niña enferma, despojándola de cada gramo de esa soberbia que era su armadura pública.

—Taylor... —la voz de Natasha fue un rasguño, un sonido roto que hizo que se le encogiera el corazón.

Se acercó, arrodillándose. Al tocarle la frente sintió que la piel quemaba. Natasha abrió los ojos, pero estaban desenfocados, perdidos en una neblina de pánico.

—Aquí estoy, Shei. Intenta beber esto —susurró Taylor, ofreciéndole un vaso con electrolitos.

—Me duele... me duelen los huesos, los músculos, Tay. Siento que tengo hormigas de fuego debajo de la piel —Apretó las sábanas con tanta fuerza que sus nudillos blancos amenazaban con romper la piel—. Dile a Derek que... que por favor...

Se calló de golpe. El nombre quedó flotando en el aire como una maldición. Taylor vio cómo el terror cruzaba el rostro de su

hermana al recordar que el hombre que le proveía de la calma química ya no estaba, y que la pretendida calma era una mentira de farmacia. Entonces se aferró a las muñecas de Taylor, sus uñas clavándose con una fuerza desesperada.

—No dejes que vuelva —suplicó, su respiración volviéndose errática—. Aunque grite, aunque te diga que lo necesito para respirar... no dejes que ese hombre me toque otra vez. Prefiero morir aquí a volver a ser su muñeca.

Taylor asintió, las lágrimas picándole en los ojos mientras abrazaba a su hermana por encima de las mantas.

Sentía la culpa royéndole las entrañas. ¿Cómo no lo había visto? ¿Cómo había permitido que el éxito cegara su instinto de protección? Natasha era su sangre, su responsabilidad, y la había dejado a merced de un depredador sofisticado.

Levantó la vista hacia la penumbra del área común. Allí, sentado en un taburete cerca de la puerta, Matt permanecía como una sombra inamovible. Su silueta, recortada por la tenue luz de la luna, era la única cosa que le daba a Taylor la fuerza para no desmoronarse también.

+++

Matt no se había movido en horas, pero su mente no había dejado de trabajar. Había pasado gran parte de su vida adulta en zonas de conflicto donde el peligro era una bala o una mina, algo que podías ver o evitar con entrenamiento.

Pero ver a una mujer... A esta hermosa mujer, a Natasha, ser desmantelada desde dentro por una dependencia impuesta era un tipo de guerra para el que no había manuales de campo. Cada jadeo de Natasha, cada sollozo que Taylor intentaba ahogar, golpeaba su instinto de protección con la fuerza de un mazo.

Pobrecilla, pensó, ajustando su posición sobre el taburete. Conocía el patrón. Había visto a soldados en el extranjero caer en agujeros similares, buscando un respiro para el horror cotidiano.

Lo de Natasha era más retorcido; era una jaula diseñada a medida, potenciada por la ambición del triunfo y la presencia tóxica

de un hombre sin moral. Si no hubiese sido Derek, otro habría tomado su lugar. Había muchos carroñeros circulando alrededor de las personas de éxito.

Se puso de pie con movimientos lentos, felinos, para no alertar a los nervios ya destrozados de las mujeres. Se acercó a la litera y puso una mano sobre el hombro de Taylor. Sintió el temblor de ella bajo la tela de su camisa, una vibración de agotamiento puro.

—Trae más paños con agua fría, Taylor —le dijo—. Y prepárate un café. Estás blanca como un papel. Yo me encargo de ella un rato.

Taylor lo miró, y por un segundo, Matt vio en sus ojos una gratitud tan profunda que le resultó casi dolorosa. Ella asintió y se movió primero hacia la pequeña cocina, donde mojó los paños, que le alcanzó, y luego se preparó un café, con el que salió del trailer.

Matt se sentó en el borde de la litera. El espacio era tan reducido que su rodilla rozaba la cama. Colocó un paño en su frente, con suavidad.

Natasha abrió los ojos. Estaban dilatados, las pupilas tragándose el iris. Cuando lo vio, su respiración se aceleró. No era miedo, sino la reacción de un animalito herido ante alguien que sabe que puede ayudarlo.

Matt tragó saliva y apretó la emoción en el pecho, evitando que su rostro denotara la pena que le provocaba ver a esta mujer apasionada y bella en este estado.

Natasha estaba hecha para quemar el mundo a su paso y generar admiración, alegría, envidia, no para arder en el altar de sus inseguridades alimentadas por sustancias.

Cuando zafara de esta mierda, vería de hacerle entender esto a fuerza de discursos, besos, noches de sudor y orgasmos, discusiones, lo que fuera. La rondaría como un merodeador obsesionado con su buena salud.

Joder, tío, que ido estás, se dijo. Esto no era simple calentura con una mujer bonita, era mucho más.

—Matt... —susurró ella, y un escalofrío violento recorrió su cuerpo bajo las mantas—. Siento que hay estática en mi cabeza.

Como si diez radios estuvieran encendidas a la vez. No puedo... no puedo hacer que se callen.

—Tienes que resistir y lo estás haciendo bien. Muy bien, de hecho. Es difícil, pero lo tienes. Esto no te va a frenar. Eres la puta ama de los realities, puedes con todo —murmuró Matt muy cerquita de su oreja, su tono confiado, pero despojado de cualquier artificio—. Deja que el cuerpo luche. Estás en medio de un asalto y tu sistema está respondiendo. Es una mierda, lo sé. Pero cada minuto que pasa, avanzas.

Extendió la mano y cubrió la femenina. Estaba húmeda, helada, pero activa. Ella le apretó los dedos, tirando de él hacia sí, buscando el ancla que Matt representaba. Dejó que ella apoyara la frente contra su antebrazo, sintiendo el calor febril de su piel contra la suya.

Aquí y ahora, Matt no era un guardaespaldas pagado para vigilar un perímetro; era un hombre sosteniendo a una mujer al borde.

—Tranquila, hermosa —murmuró—. Estás a salvo. Nadie va a cruzar esa puerta.

Ella asintió y su respiración se acompañó de a poco hasta que el sueño la acogió, él acariciando su cabello con levedad. Media hora después Taylor regresó. Matt la observó acercarse para arrodillarse a su lado y mirar a su hermana con atención.

Matt aprovechó ese momento para observarla. La luz de la luna que entraba por el ventanuco daba en su faz y resaltaba la curva de su mandíbula y ponía plata en sus mejillas.

La misma sensación de querer se reavivó en Matt, pero con una vibración distinta. Estas dos mujeres lo tenían envuelto en emociones desconocidas y cuestionándose su sanidad. A su cuerpo y a su mente no les importaba que pareciera imposible o indecente ; quería y eso mandaba.

—Duerme profundo —susurró Taylor.

Matt se levantó con agilidad a pesar de que sus articulaciones protestaron tras horas de inmovilidad.

—Ha pasado el primer pico —dijo Matt, haciendo una seña a Taylor para que se acercaran a la zona del sofá—. Pero mañana será

peor. El cerebro va a reclamar su dosis con más fuerza antes de empezar a rendirse.

Taylor se apoyó contra la encimera, abrazándose a sí misma. El frío del desierto parecía haberse colado por las rendijas.

—Tengo miedo, Matt.

Matt dio un paso hacia ella, invadiendo su espacio. Ella lo miraba con desolación y expectativa, como si esperara que mágicamente diera solución a las cosas. Ojalá pudiera.

Atrajo a Taylor contra sí y aspiró la fragancia que ya asociaba con ella, envolvió su cintura, cerró los ojos y no escuchó advertencias internas. Estaba aquí, donde era necesitado, y cada célula le gritaba que diera fuerzas a Taylor, que le hiciera ver que no estaba sola.

Ella se refugió en su pecho, derritiéndose contra él, y Matt pensó que cabía perfecto allí, como si sus brazos estuviesen hechos para esto. Un pensamiento cutre, tal vez, pero no por ello menos real.

—No temas, Tay. Esto va a pasar. Ella es fuerte, ya viste que pelea —dijo, y Taylor movió la cabeza asintiendo.

—Tiene una voluntad formidable. Es solo que, a veces, sus demonios pueden más. Supongo que por eso...

No siguió, pero Matt entendió.

—Si Derek cuenta...

—No lo hará, pero en el escenario improbable, lo solucionarán y Natasha saldrá fortalecida. La gente adora el drama y lo malo, cuando se cuenta bien y se hace novela, vende —argumentó.

—Es triste, pero cierto.

—Louie, uno de mis colegas, es brillante con la tecnología. Tiene sus comunicaciones bajo vigilancia. Si ese tipo intenta enviar un solo correo o hacer una llamada a la prensa, intervendrá. Los hackers pueden ser muy persuasivos.

Taylor levantó la vista, sorprendida.

—¿Harías eso por Natasha?

Si pediría que Louie manipulara la vida digital de Derek, decía. Sin dudarlo. Por ambas. Esa lacra no complicaría la vida de estas dos mujeres.

—No somos guardaespaldas típicos. No nos gusta la gente que usa a los demás como herramientas—*Ustedes significan mucho*, pensó y no dijo. Matt la separó de sí con suavidad, pero determinado. No podía tomar ventaja de esta situación. Ella estaba angustiadísima, no pensaba bien. Él tenía que mantener la cabeza sobre sus hombros—. Tú descansa. Yo cubriré el turno hasta el amanecer.

—Hay espacio aquí, no hay necesidad de turnos —respondió Taylor, su voz firme a pesar del cansancio.

Matt asintió, su propio corazón acelerándose ante la invitación. Se acomodaron en el estrecho sofá, entrelazados bajo una manta de lana. El tráiler se sentía como una burbuja en medio de un océano de arena hostil.

Taylor apoyó la cabeza en el hombro de Matt, y él la rodeó con un brazo, pegándola a su costado. En la penumbra, Matt se permitió bajar la guardia. Aspiró el aroma de Taylor, ese rastro de cítricos y dulzura.

Su nariz avanzó para recorrer la columna de su garganta en una misión solitaria no planeada. Sus labios rozaron la misma piel y cuando ella hizo espacio a la caricia, su decisión de ser caballero colapsó. Incluyó la cabeza y buscó sus labios, que salieron al encuentro.

La boca era tan suave como adivinó. El beso comenzó como un roce suave, una forma de consuelo, pero la tensión de la noche actuó como un acelerador. Fue un encuentro profundo, cargado de la necesidad de reafirmar que estaban allí, juntos, que la jodida situación no los había quebrado, que se deseaban.

Matt sintió el cuerpo de Taylor ceder contra el suyo, su lengua encontrando la de él con una urgencia que le encendió la sangre. Sus manos bajaron a la cintura de ella, apretándola, mientras Taylor soltaba un suspiro contra sus labios.

Ella sabía a café y besaba con sumisión, dejándose invadir. Succionó sus labios de a uno, saboreándolos, mordisqueó muy suave y calmó la sensación con su lengua, para volver a apretar su boca y dejar que la humedad y la tibieza fueran bálsamo. Podría besarla por horas y sentirse más hambriento, así de bueno era.

Sus manos estaban contra su pecho y se sentían cálidas, marcando su presencia. Su polla, bastarda hambrienta que no sabía de momentos inadecuados o restricción, creció para hacerse notar contra el cierre de su pantalón.

Era la señal para retroceder. Con un último pico se desprendió, a regañadientes, y su mirada desenfadada y sus labios entreabiertos casi le provocaron gemir. Deseaba a Taylor con locura, y se sentía un hijo de puta.

Su hermana era su amante, y se debatía en abstinencia a dos metros. Y aquí estaba él, seduciendo a Taylor, tomando ventaja de su momento.

—Tay...

—No digas nada —susurró y miró adelante, y Matt adivinó que el rubor la cubría toda.

—No pienses que...

—No quiero pensar —dijo ella muy quedo, un poquito rota a juicio de Matt.

Dios, ¿qué estaba haciendo? La... La iba a lastimar y no quería eso. No quería...

Nah, justo era lo contrario. Quería mucho, sin medida, aunque distinto. Estaba destinado a golpearse y rompería más que su tranquilidad en el proceso.

CAPÍTULO 13

Tumbada en la litera, envuelta en un sudor frío que le pegaba la camiseta de algodón al pecho, Natasha sentía cómo cada terminación nerviosa de su cuerpo disparaba una señal de alarma.

No era solo la falta de la sustancia; era el peso de la vergüenza, una marea negra que amenazaba con ahogarla. La estrella que había conquistado Alaska ante millones de espectadores estaba reducida a un manojo de espasmos y ansiedad en una litera de aluminio de dos metros cuadrados.

Detestaba a Derek con una furia que le quemaba la garganta, una hiel amarga que no podía escupir. Lo odiaba por haber oído su debilidad y por haberla convertido en una marioneta química, pero el odio más lacerante era el que sentía hacia sí misma por haberle entregado el control.

¿En qué momento Sheila Miller volvió a tomar el mando?, se preguntó con amargura. Había dedicado años de dolor, disciplina y cirugías emocionales para enterrar a esa niña rota de Ohio. Natasha Morozova era una fortaleza de mármol, pero Derek había encontrado la grieta y la había llenado de veneno.

Miró hacia la litera superior. Taylor estaba allí, su brazo colgaba. Su hermana, a la que había destruido con una arrogancia gélida para ocultar su envidia, apenas si se había movido de su lado. Taylor había soportado sus desplantes y sus silencios crueles sin chistar, y no por debilidad.

No, justamente esa era de las cualidades que amaba y detestaba en ella. Esa fortaleza leal que la sostenía desde niñas. Sabía que no la merecía; sabía que su lealtad era un regalo que ella no sabía cómo devolver.

La quería de esa forma retorcida y hambrienta en la que los náufragos quieren a la única tabla que flota, pero le dolía reconocer que su propia fuerza era una fachada sostenida por los hombros de una hermana a la que siempre había despreciado por ser *ordinaria*.

El desasosiego la obligó a incorporarse. Le picaba la piel; no era una comezón superficial, sino interna, debajo de los músculos, como si miles de hormigas eléctricas recorrieran sus venas. Se rascó los antebrazos con desesperación, sintiendo el alivio momentáneo del dolor físico sobre la angustia mental, hasta que el ardor de la piel viva la hizo jadear.

Bajó de la litera con las piernas como gelatina. El suelo del tráiler estaba helado, pero ella sentía que sus pulmones estaban llenos de ceniza caliente. Necesitaba algo. Necesitaba que el mundo se detuviera.

—¿Qué ocurre? ¿Quieres agua?

La voz surgió de las sombras, baja, densa, vibrando en el aire estancado del tráiler. Matt. La figura masiva del guardaespaldas se recortó contra la tenue luz de la luna que se filtraba por la claraboya. Estaba sentado en el pequeño sofá, una estatua vigilante de hermoso músculo.

¿Era raro que pensara esto en medio de su situación? Pues lo pensaba. Este hombre se había arriesgado por ella, la había rescatado del pozo reaccionando antes que nadie. Luego, le había sostenido la mano en la carpa médica con obstinación, y ahora la vigilaba en la oscuridad.

De pronto, Natasha sintió un vuelco salvaje en el estómago. No quería agua; quería ruido. Quería intensidad física, una tan devastadora que borrara el zumbido eléctrico de su cabeza y el vacío de su sistema. Quería olvidar este tormento, sentirse anclada a la tierra por el peso de un hombre que no la mirara como un producto, sino como una mujer en llamas.

Se incorporó y se acomodó el cabello, pasó su lengua por sus dientes, tragó saliva para quitar el mal gusto, y nada más importó. Se acercó a él dejando que el frío del ambiente rozara sus muslos desnudos bajo la camiseta.

—No quiero agua —susurró, deteniéndose justo entre las piernas abiertas de Matt. El calor que emanaba de su cuerpo era un imán irresistible—. Te quiero a ti. Haz que el ruido pare. Por favor. Fóllame tan fuerte que no sepa dónde termino yo y dónde empiezas tú.

—Nat, no... No aquí...

Sus labios temblaron y sus ojos se agrandaron levemente. Claro que no la quería. Era un desastre... Dio un paso atrás y no pudo contener lágrimas. Él gruñó por lo bajo y se paró para venir a ella y tomarla por la cintura.

—No me deseas... —dijo muy quedo, y él suspiró largo y acercó su rostro al suyo, sus ojos como lava ardiente.

—No hago otra cosa que desearte... Joder, estoy tratando de ser... De restringirme, de no...

—No, no lo hagas. Necesito que me abracés, que me beses y me hagas sentir viva.

—Taylor... Ella...

—Tay duerme muy pesado... Por favor...Ayúdame -rogó.

Rozó sus labios con los de él, una provocación cargada de pánico y deseo. Sintió el estremecimiento de Matt, la lucha interna de un hombre que cree que está a punto de cruzar un límite.

Esa era la cosa con él, era un hombre honorable. Confiaba, confiaba en él y en el poder de sus caricias y en la fuerza de su polla. Matt no solo la haría sentir deseada, sino viva y valiosa. Así había sido desde el primer momento. Por ello había insistido con él, aunque pretendiera que tomaba lo que quería.

Sus manos bajaron por su pecho siguiendo la dureza de los músculos bajo la tela, aferrándose a su piel como si fuera la única cosa real en su universo de mentiras. Cuando Matt finalmente soltó un gruñido ronco y sus manos capturaron sus glúteos, Natasha supo que eran incendio.

+++

Este era un error de jodidas proporciones. Su mente gritaba que Taylor estaba allí, que Natasha estaba en medio de una crisis, que su profesionalismo estaba muriendo ejecutado por su debilidad en ese mismo instante.

Mas cuando sintió la piel de Natasha... Sheila, se recordó. Esa palidez perlada por un sudor fino y el ruego desesperado en sus ojos lo convocaban; su autocontrol se pulverizó. Era demasiado hermosa

en su debilidad, y el hambre que le provocaba era una fiera que llevaba días arañando por salir.

—Natasha... no deberíamos hacer esto. Taylor... —masculló él, aunque sus manos ya habían tomado una decisión propia.

—Calla... Solo fóllame.

Matt no pudo más. Sus dedos largos y callosos se hundieron en la carne firme de las caderas de Natasha, tirando de la prenda hacia arriba para dejarla expuesta. Las piernas torneadas, los glúteos firmes contra sus manos, la boca hambrienta que dejaba de rogar y devorada, los senos que se frotaban contra él... Era demasiado.

La elevó, sus manos hundiéndose en la raja que el tanga apenas cubría, y sus jugos lo empaparon.

Su miembro no podía ser contenido, así que desprendió su cremallera con la izquierda, torpemente, urgido por una desesperación física que no podía ser atribuida a químicos. O sí, pero los naturales. Sus hormonas estaban al mando y gritaban iconquista!

Retrocedió con ella enredada en su cintura y antes de sentarse maniobró para bajar su pantalón, que cayó laxo a sus pies. La sentó a horcajadas sobre sus muslos. El contacto del centro femenino, apenas protegido por la fina ropa interior, contra su erección fue una descarga eléctrica que le nubló el juicio.

Sheila soltó un gemido que él ahogó pegando su boca a la de ella en un beso feroz, hambriento, que sabía a urgencia y a prohibición. Con un movimiento fluido deslizó sus manos por debajo de la camiseta de algodón y las yemas recorrieron la suavidad de sus costillas, disfrutando de la reacción táctil de su piel erizándose al contacto.

Subió la prenda con lentitud tortuosa revelando centímetro a centímetro la belleza pálida de su torso, hasta que sus senos enhiestos quedaron expuestos al aire frío y a su mirada devoradora. Matt soltó un suspiro pesado, admirando la perfección de esos picos rosados y tensos.

—Ay, Dios, mami... —susurró, su acento latino filtrándose entre los dientes apretados—. Eres fuego puro.

Se inclinó, rodeando un pezón con su lengua, trazando círculos lentos que hicieron que Natasha se arqueara, clavando las uñas en sus hombros. Cuando cerró la boca sobre ella y succionó con fuerza, Natasha soltó un sollozo de puro placer.

-Shhh -susurró en su oído y cambió de pecho dejando un rastro de humedad y calor sobre su piel traslúcida. Sus dedos no se quedaron quietos; bajaron por el vientre plano metiéndose bajo el elástico de su ropa interior.

La encontró empapada, lista, su cuerpo traicionando cualquier intento de resistencia. Matt deslizó dos dedos en su interior, moviéndolos con una cadencia que imitaba la embestida que su polla estaba exigiendo a gritos.

Natasha echaba la cabeza hacia atrás, con la garganta expuesta, emitiendo gemidos que Matt sabía que debería silenciar, pero... Era débil. Besó su cuello, su mandíbula, sus orejas.

—Más duro, mami, pídemme más —murmuró mientras sus dedos la trabajaban con una intensidad técnica y lujuriosa, curvándose en su canal, preparándola para lo que venía—. Estás tan caliente para mí, mi reina.

Matt se acomodó abriendo más sus piernas, y su pija saltó, tensa, palpitante y dolorosamente grande, buscando el refugio de aquel calor. Natasha se abrió más para él y Matt empujó arriba con una estocada lenta, sintiendo cómo el tejido se estiraba para darle paso, llenándola por completo hasta que sus vellos púbicos chocaron.

—Toda mía, Shei—gruñó, usando el nombre real que había escuchado a Taylor repetir vez tras vez—. Siente esto. No hay pasado, no hay miedos. Solo mi polla dentro de ti.

Empezó a follarla con un ritmo brutal, marcado por la necesidad de que olvidara el dolor a través del exceso sensorial. Cada embestida hacía crujir el sofá, un sonido que le recordaba constantemente el riesgo de Taylor, pero esa conciencia solo servía para que su sangre hirviera con más fuerza.

Matt enterró su cara en el hueco del hombro de Natasha, tratando de sofocar sus propios jadeos, pero sus oídos estaban

llenos de los susurros quebrados de ella y del sonido húmedo de sus cuerpos colisionando.

Quería cuidarla, sí, pero también quería marcarla, dejarle claro que él era el único que podía devolverle la paz. La levantaba y la volvía a bajar contra él, hundiéndose hasta el fondo, disfrutando de la forma en que su núcleo se contraía a su alrededor.

Fue en el clímax de una estocada profunda, cuando Natasha se tensó, con los ojos en blanco y la boca abierta en un grito silencioso de orgasmo, que Matt levantó la vista hacia la litera superior.

Taylor estaba allí. No estaba dormida. El desmesuró sus ojos, pero no se detuvo. La mujercita les miraba, asomada sobre el borde de la litera con el rostro iluminado por un jirón de luna, en atento trance, siguiendo cada movimiento. Sus ojos estaban dilatados, fijos en el punto de unión de sus cuerpos con una fascinación que Matt reconoció de inmediato como puro deseo compartido.

Saber que Taylor lo miraba mientras él poseía a su hermana, saber que ella estaba siendo partícipe de esa comunión carnal, fue el detonante final para Matt. Una ola de adrenalina salvaje le recorrió la columna, endureciendo su polla aún más dentro de Natasha.

Sin apartar la mirada de Taylor, desafiándola y reclamándola al mismo tiempo con los ojos, Matt dio tres embestidas brutales, frenéticas, vaciándose en el interior de Natasha con un rugido que apenas pudo contener.

Cuando el espasmo final terminó, Matt se quedó apoyado contra Natasha, con el rostro enterrado en su cabello platino, jadeando como un animal después de la caza.

El silencio regresó al tráiler, pero era un silencio nuevo, cargado de una tensión eléctrica que los unía a los tres. Cerró los ojos y soltó un suspiro largo, sintiendo el peso de las dos mujeres Miller sobre su conciencia.

¿Qué carajo me están haciendo?, pensó. ¿Qué cojones estoy haciendo?

CAPÍTULO 14

Taylor se dio la vuelta en la cama para que sus ojos miraran la pared metálica y no la escena en el sofá. Tarde, muy tarde. Debió hacerlo antes. Apretó los párpados muy fuerte.

No debería haber observado. Era indecente, sucio. Candente. Doloroso. A pesar de que no era la que estaba mal, porque no pudo seguir durmiendo cuando el roce de pieles, el ruido de fluidos en fricción, los gemidos y los sonidos de dos personas follando a metros se hizo demasiado, Taylor se culpaba.

Porque no pudo bajar la vista. Sus pupilas se habían fijado en el cuerpo musculoso de Matt, en su polla entrando y saliendo de Sheila con ritmo castigador. Y cuando él la miró y descubrió que era una voyeur consciente, ¿por qué no saltó de la cama y se fue, haciéndoles ver que la ponían en una situación desagradable?

Porque en ese instante... Había sentido emociones desconocidas. No podía no mirar. Tragó saliva y enrojeció, las imágenes rondando en implacable bucle. Los ojos masculinos que la inmovilizaron eran oscuros y estaban cargados de un hambre que era por su hermana, pero, de algún modo, también por ella. La vergüenza era algo físico, un ardor que le subía por la mandíbula y le quemaba el cuello.

Natasha había vuelto a su sitio, más calma, respirando sin agitación. El sexo la había agotado y se iba a dormir, satisfecha. Sin enterarse de que Taylor, a metros, la había visto gozar y arrancar del hombre atractivo un orgasmo que... Se estremeció. Dios, él era tan sensual. Podría tener a la mujer que quisiera, y quería a su hermana.

Pero también la había besado a ella. Estaba jugando con las dos. ¿Qué clase de hombre podía desear a una mujer mientras poseía a la otra a centímetros de distancia?

Debía ser una subidón para su ego. Follar a la estrella del momento y tener en vilo a la hermana nerd que parecía no tener

órbita propia y giraba en la de Natasha. Viejas inseguridades comenzaron a asomar su cabeza en la mente de Taylor.

Se sentía depravada por haber mirado, pero más sucia aún por lo que había sentido: un anhelo punzante que le robaba el aire. Natasha, con su posesividad voraz y su fragilidad disfrazada de soberbia, tomaba lo que le gustaba, no solía comprometerse. Pero estaba frágil. Y ella... Taylor era una masoquista.

Estaba atrapada en una red de deseo que no podía controlar, viendo cómo su hermana se aferraba a Matt como a un clavo ardiendo.

—Taylor...

La voz de Matt fue un susurro urgido y sonó muy cerca. Apretó sus ojos y fingió sordera. No le daría el gusto de mostrarse agitada.

—Tay, por favor, mírame. No sé qué estás pensando, déjame ver tus ojitos —insistió.

Algo en su voz la hizo darse la vuelta. Una urgencia contenida, una emoción filtrándose e impregnado de inseguridad al guardaespaldas seguro de si que había visto hasta ahora.

—¿Qué quieres? —susurró.

Su voz sonó más pequeña de lo que pretendía. Tragó saliva, sintiendo la garganta seca, como si hubiera estado tragando polvo todo el día.

—Necesitamos hablar. A solas. Por favor, necesito... Tay, tenemos que conversar sobre lo que pasó.

Ella se dio la vuelta y miró al techo. Conversar. ¿De qué? ¿Para qué?

—No tienes que explicarme nada.

Él trajo su mano a su barbilla y ella se soltó con un gesto iracundo. Sí, la rabia comenzaba a desplazar a la vergüenza. ¿Por qué iba a apenarse ella? Era él... Matt Vargas era el desgraciado, el poco hombre que... Se mordió el labio.

—Quiero hacerlo. Lo que pueda, Tay, porque... Por favor. Ven.

El hombrón rogaba. Lo miró. Su expresión era casi... Torturada. Raro, estaba bien follado, ironizó. Suspiró, se sentó en la cama y se movió para bajar por la escalera.

Matt intentó ayudarla, pero se lo sacudió. No podía permitir que la tocara. Esas manos, esa boca, estuvieron en Shei. Una punzada angustiada unió su estómago con su garganta.

Se colocó la chaqueta y caminó a la puerta, que abrió con cuidado, mirando al lecho. Natasha era un bulto quieto que respiraba calmada. Al menos eso, pensó.

Observó el cielo oscuro y luego la zona iluminada al centro, a treinta metros. Sin mirar si él la seguía fue hasta una de las unidades de equipo pesado, un rincón de metal y sombra donde el estruendo de los generadores eléctricos creaba una burbuja de falsa intimidad, aislándolos del resto del mundo.

Matt se colocó enfrente. Taylor hizo un esfuerzo y elevó la mirada. *No le demuestres nada, que no vea que te hirió y a pesar de eso, no puedes dejar de...* Parpadeó y enfocó.

Los ojos masculinos no tenían frialdad ni contaban de satisfacción chauvinista; estaban cargados de una frustración cruda, casi salvaje.

—Lo que viste... —empezó él, y se pasó una mano por el cabello corto, un gesto de impaciencia o impotencia, Taylor no supo distinguir entre una y otra —. No debió pasar así. Taylor, es... complicado. Juro que no soy ese tipo de hombre que juega a dos bandas, ni busca espectáculos o busca follar a diestra y siniestra...

—No sabría decirlo... No te conozco... No realmente.

—Lo que has visto de mí es lo que hay... —extendió sus manos y trató de tomar las suyas, pero ella las rescató—. Taylor, yo... Natasha es como una debilidad. Intento permanecer apartado, no dejarme arrastrar, pero puede más. Desearía que fuese solo físico, con franqueza. Me temo que es más —murmuró, y Taylor no supo si se lo decía a ella o a sí mismo.

—Así que dices que la deseas y sientes algo por ella —se escuchó decir—. ¿Por qué besarme entonces?

Se odió por preguntar, por exponerse y mostrar la herida, pero la mezcla de emociones trascendía al orgullo y a la razón.

—Porque también te deseo y me gustas y... ¡Ah, joder! —en su resoplido y gruñido hubo frustración.

Taylor se quedó allí, parpadeando con rapidez. La explicación se sentía como un insulto y un alivio al mismo tiempo. Le miró la boca recordando la forma en que se había movido sobre la piel de Natasha. Cómo se había sentido en la suya. Inconscientemente se mordió el labio inferior, torturándose con la comparación. Su pulso se aceleró, golpeando rítmicamente en su cuello.

—No puedes... El mundo no funciona así.

—Maldita sea, ¿crees que no me torturo pensándolo? Mi cabeza... Es un torbellino. Natasha... Sheila es como una droga buena que me enerva, me llena, quiero mi dosis. Pero es verte y mi corazón late rápido. Quiero besarte, abrazarte. Soy un pendejo —gruñó Matt, perdiendo la batalla contra su propio autocontrol.

Taylor estaba... sin palabras. Sus ojos taladraban al latino varonil y apuesto, al hombre alto y macizo que era su constante desde Boston. No percibía doblez en él, como no fuese la pretendida atracción por ambas. No intentaba esquivar el bulto. Pero su verdad era... Incómoda, imposible.

—Natasha está en un momento complicado, ella te ve como un brazo en el que sostenerse, confía en ti.

—No quiero lastimarla. Estoy aquí para ella, para cuidarla, mi equipo respalda su seguridad y yo no la dejaré. Taylor, en este momento no es sobre ella. Ambos estamos de acuerdo en que hay que cuidarla y te juro que lo haré con mi vida. Pero quiero que tú... Que me creas.

Sus manos fueron a ambos lados de la cara de Taylor y ella no hizo fuerza para soltarse. Un cansancio viejo la clavó en el piso. Un anhelo antiguo de ser vista, consentida, querida.

Vio su boca acercarse a ella y supo que tenía que salirse. Que debía evitar que él atrapase su lógica y le rompiera el corazón.

—No me hagas esto, Matt —atinó a rogar.

—Oh, Tay... Te juro por la vida de mi hermana, a la que adoro, que no estoy jugando ni mintiendo. Tal vez suene absurdo, pero ustedes dos... No quiero decidirme, no puedo. Tengo lugar para las dos, y si suena lascivo, no lo es.

Su mano se cerró con firmeza en la nuca de Taylor, sin presión, sin violencia, sus dedos hundiéndose en su cabello para

anclarla, para impedir que huyera. Antes de que ella pudiera formular una protesta, Matt la atrajo contra su cuerpo macizo y la besó.

No fue como el beso que le había dado a Natasha. Aquel había sido una exhibición de dominio, una descarga de adrenalina y posesión. Este era diferente. Taylor sintió que el suelo bajo sus pies desaparecía cuando los labios de él reclamaron los suyos. Fue largo, deliberadamente lento, un beso que buscaba respuestas en lo más profundo de su garganta.

Ella cerró los ojos con fuerza, abandonándose por completo a la sensación. Un calor líquido le recorrió la mandíbula bajando por su cuello hasta instalarse en su pecho haciéndola vibrar.

Sus dedos de los pies se retrajeron dentro de sus botas, una reacción visceral a la intensidad del contacto que la recorría de pies a cabeza. Matt la apretaba contra si y Taylor podía sentir la dureza de su cuerpo, la solidez de sus músculos contra la suavidad de los suyos.

Gimió sin control, un sonido pequeño, roto y necesitado que sirvió para que él profundizara el contacto envolviéndola en su aroma a café amargo, aire del desierto y esa esencia masculina que la volvía loca. Era un beso romántico en su brutalidad, refuerzo físico de la confesión de que ella habitaba en su cabeza, pero no en exclusiva.

Cuando Matt se separó, Taylor estaba temblando. Tenía los labios hinchados y el rostro encendido de un rojo intenso que llegaba hasta la raíz del cabello. Se sentía expuesta, vulnerable y, por primera vez, deseada por el hombre correcto en el momento más equivocado posible.

Sin ser capaz de sostenerle la mirada, se dio la vuelta y huyó sin rumbo, sintiendo el vacío frío que dejaba la falta de su cuerpo envolviéndola.

+++

Matt se quedó allí, solo en la sombra ruidosa de los generadores. Cerró los ojos con fuerza y, en un arranque de furia

dirigida a su propia falta de disciplina, golpeó la parte posterior de su cabeza contra el metal de la unidad.

El eco metálico resonó en su cráneo, pero no logró acallar el caos de sus pensamientos. *¿Qué carajo?*, se recriminó. Él no era un hombre que perdiera el control. Había sido entrenado para mantener la calma bajo fuego cruzado, para tomar decisiones racionales en segundos de vida o muerte.

Pero Taylor... Taylor era una variable que no podía despejar. Su libido, normalmente bajo un control férreo, se había convertido en un animal indomable.

Debía alejarse. La distancia era la única forma de salvar su profesionalismo. Miró hacia el trailer donde descansaba Sheila. Había visto los *cracks* en ella, la fragilidad casi infantil que ocultaba tras su máscara de diva.

Ella lo necesitaba; estaba débil, en peligro. Podía notar su sensibilidad a flor de piel. Era su deber protegerla. Pero Taylor era su red de seguridad. Ella era la fortaleza, la que mantenía el mundo de las Miller girando mientras lo demás se quemaba. Taylor era el centro, el equilibrio. Y él acababa de romper ese equilibrio.

Debería llamar a Scott Popen. Debería decirle que había fallado, que su imparcialidad estaba muerta y enterrada, y que enviaran a otro guardaespaldas para relevarlo. Logan podría quedarse; él era eficiente, frío y no tenía el corazón dividido entre dos hermanas.

Profesionalmente, era lo único correcto. Pero solo pensar en irse, en dejar a Taylor atrás, en la posibilidad de que otro hombre estuviera cerca de ella, le provocaba una ira sorda que le enervaba la sangre. No podía irse. No todavía.

De repente, su móvil chirrió, rompiendo el momento de introspección con la frialdad de la realidad operativa.

—Matt, hay movimiento en el sector 4 —la voz de Logan era plana, desprovista de emoción, pero el subtexto era de alerta máxima—. No es de la producción ni un coyote. Tenemos una intrusión confirmada a trescientos metros.

Matt nubló lo que no fuese modo operativo al instante. Había una amenaza moviéndose en las sombras de las dunas, no podía

bajar la guardia.

—Copiado, Logan. Mantén visual. Voy para allá —respondió.

CAPÍTULO 15

Taylor se quedó inmóvil tras un decorado mirando cómo Matt se alejaba con urgencia, su expresión grave y focalizada. El silencio que siguió fue casi doloroso. Se llevó los dedos a los labios que aún conservaban el rastro del fuego que la boca masculina dejó.

Matt besaba con ardor, tomando, reclamando de una forma que desafiaba toda lógica. *¿Qué clase de hombre es, de verdad?*, se preguntó, sintiendo que el pecho le ardía de una mezcla tóxica de deseo y desconfianza.

El y Natasha tenían una relación desde hacía semanas. Follaban, eso no constituía una relación, corrigió. Se mordió el carrillo. No era tan simple. La expresión de Matt, sus palabras... Ese hombre sentía más que deseo por Shei. Y ella... era difícil saber qué le pasaba de verdad por el corazón en estos momentos. O en general hacía unos años.

¿Y qué clase de mujer eres tú, que sabes lo que pasa y no te indignas y rechazas de plano la situación? No era Shei la que estaba en falta. Era ella, Taylor, que deseaba al hombre que su hermana había elegido. Si era por unas horas, días o meses, no importaba.

Miró su reflejo en un vidrio odiando la imagen que le devolvía el cristal: una mujer con los ojos demasiado brillantes y el cabello desordenado por los dedos de un hombre que no debería desearla.

Masoquista. Tonta. Ilusa. Todo eso era. Natasha era posesiva, siempre había tomado lo que quería del mundo y ahora Matt era su trofeo de supervivencia.

Si su hermana descubría que el hombre en el que depositaba su escasa estabilidad mental estaba besando a su hermana, la invisible todo-terreno que tenía a disposición, vendría el colapso.

Taylor tenía que ser la fuerte, el pegamento, pero en este momento se sentía como el hilo más débil de la trama. ¿Por qué sentía ese deseo que no podía controlar? Era una traición a su sangre, una falta de respeto a sí misma. Y, pese a esto, supo que si

Matt volviera a ella en este instante, probablemente sus pies volverían a encogerse dentro de sus botas y su cuerpo se derretiría contra el suyo.

Tragó saliva, tratando de recomponer su máscara profesional. Tenía que endurecerse. No era momento de flaquear. Hacer de tripas, corazón, ¿no era así el dicho?

Se alisó la camiseta y caminó hacia el trailer, tratando de que el temblor de sus manos no fuera evidente.

+++

Natasha estaba tumbada en la penumbra con una toalla húmeda sobre la frente. La gripe estomacal era la mentira oficial, pero la verdad era que el síndrome de abstinencia y la paranoia la tenían prisionera.

Cada ruido exterior (el motor de un camión, una risa lejana del equipo técnico) le sonaba como una amenaza. Cuando Taylor entró no abrió los ojos, pero su voz sonó como un hilo de seda desgarrado.

—¿Dónde estabas, Tay? Siento que el aire aquí dentro se está acabando.

—Solo hablaba con el director, Shei. Todo está bajo control —dijo Taylor, sentándose en el borde de la cama.

Natasha se incorporó con esfuerzo dejando que la toalla cayera sobre sus muslos. Su piel, generalmente perfecta gracias a tratamientos de miles de dólares, se veía cetrina, casi transparente bajo la luz de la lámpara. Miró a su hermana con una intensidad febril.

—Él está fuera, ¿verdad? Matt.

Taylor asintió evitando el contacto visual directo. Natasha soltó una risa seca, sin rastro de humor.

—Es irónico. Paso la vida rodeada de gente que me adora, que me sigue, que compra lo que promociono, y el único que me hace sentir segura es un hombre al que pago para que no deje que me maten.

—No hables así, nadie va a matarte.

—Alguien diría, con razón, que he hecho bastante para hacerlo yo misma.

Se restregó las manos en los muslos, inquieta.

—Este entorno... Es tóxico, Derek es uno más, una prueba.

—Ah, lo es, pero yo lo he sabido siempre. Solo que me dejé llevar. Es que... A veces me duele vivir, Tay —susurró.

—Oh, Shei...

Esa frase... Era vieja, siempre Tay a su lado intentando animarla, ayudarla, protegerla. Intentó sonreír e ignorar la necesidad que crecía. Podría con esta adicción, se la sacaría de encima.

—Hay algo en Matt, Tay... Me mira y parece que puede ver mis grietas. Y parece que no le importan. Es extraño, pero me hace sentir bien.

Natasha se abrazó las rodillas, balanceándose levemente. No era ella el tipo de mujer que hablaba a corazón abierto. Hoy sí, al parecer.

—Él hace su trabajo, Shei —le dijo Taylor con voz plana.

La miró y parpadeó. No, lo de Matt era mucho más que labor. No solo la follaba bien; se había arriesgado, la había cuidado, la había contenido.

—No es solo trabajo. El y yo...

—Lo sé. Derek lo insinuó por ahí, aunque poco caso le hicieron, por suerte.

Taylor desaprobaba, por supuesto. Natasha suspiró.

—Cuando me toca, es real. Puedo verlo, es muy distinto a lo que vibro y vivo a diario con la gente que me rodea.

—Me tienes a tu lado, mi cariño no es falso.

—Lo sé, Tay —la miró muy seria—. Sé perfectamente quién eres.

Te amo también, pensó, su garganta incapaz de pronunciarlo, no sabía bien por qué. Se levantó, tambaleándose un poco, y caminó hacia la pequeña cocina para servirse agua. Fue entonces cuando lo vio.

Al costado del pequeño refrigerador y junto a la ventana entreabierta había un papel doblado del mismo tipo que... que ya había visto antes. El estomago se replegó. Se agachó y lo desdobló.

Su rostro, ya pálido, se tornó de un color ceniciento. Sus manos empezaron a temblar.

—El frío del norte no lo era tanto como el de este desierto, ¿verdad, mon ange? El pasado no se borra con maquillaje, y tampoco la traición. Te llevaré de vuelta para congelarnos juntos otra vez —leyó en un susurro que terminó en ahogo.

La referencia fue como un disparo al centro de su memoria. El norte. El frío de Maine. Los días de terror, el juicio. Detalles que había enterrado, pero parecía que el pasado revivía.

Ese maldito, Henry, ¿cómo podía ser? Tenía que estar encerrado, pero no. Quería enloquecerla. Cuando comenzaron a acosarla lo creyó gajes del oficio. Las notas habían ido rompiendo la ilusión. Hoy tenía la prueba de que él... Ese maldito estaba cerca.

Dejó caer el papel y se llevó las manos al pecho empezando a hiperventilar. El pánico, el de verdad, el que no se puede fingir para las cámaras, la golpeó de lleno. Se escuchó gemir y luego hacer sonidos extraños.

—¡Respira, Shei, por favor! Toma, la bolsa de papel.... Es un ataque de ansiedad, no te mueres, no, respira, ¡hazlo!

+++

—Estoy llegando, Logan —dijo Matt.

—Bien, aquí sigo. El tipo no es un fan, ni reportero. Se mueve como si supiera dónde están los puntos ciegos de las cámaras.

—No tengo visual —dijo, y frunció el ceño.

—Joder, debe haberte visto. Es escurridizo el jodido. ¡Ey, vuelve sobre tus pasos, se dirige hacia la parte trasera del trailer de las Milleri Va rápido.

Matt salió disparado para retornar, rodeando la unidad de equipo pesado para interceptar al intruso por el flanco. Sus botas apenas hacían ruido sobre la arena. Su mente se vació de Taylor, del beso y de la culpa. Ahora solo era un arma en movimiento.

Llegó a la esquina del trailer justo a tiempo para ver a una figura encapuchada alejarse hacia la oscuridad de las dunas. Matt

saltó la valla perimetral con una agilidad que desafiaba su tamaño y corrió tras la sombra.

—¡Alto! —rugió, pero la figura no se detuvo.

Corrieron unos cien metros por la arena suelta, un esfuerzo que quemaba los pulmones. Matt estaba ganando terreno cuando la sombra se detuvo de golpe frente a una duna alta y se giró. No había arma, solo una mirada que Matt pudo sentir incluso a través de la oscuridad. El sujeto levantó una mano en un saludo sardónico y luego se lanzó por la pendiente de la duna opuesta.

Cuando Matt llegó a la cima, no vio a nadie. La carretera parecía una cinta apenas iluminada por la luna. El tipo debió tener el vehículo a la mano y este no hacía ruido ni usaba las luces.

Regresó maldiciendo entre dientes. Su corazón martilleaba contra sus costillas, pero no por el esfuerzo físico, sino por la comprensión de que el acosador no estaba allí para atacar físicamente, al menos no todavía. Estaba allí para demostrarles que podía llegar a ellas cuando quisiera.

Al entrar en la zona de las unidades, vio a Taylor salir con el rostro desencajado.

—¡Matt! —gritó ella, y su voz estaba rota por el terror—. ¡Natasha está recuperándose de un ataque de pánico! Encontró una nota.

Matt la tomó por los hombros, sintiendo el temblor que recorría el cuerpo de Taylor. Por un segundo, el deseo de protegerla y el impulso de volver a besarla lucharon en su interior, pero el profesional ganó la partida.

—¿Una nota? —preguntó con voz de mando.

—Sí, sí. Algo que decía la puso al borde.

Asintió y tomó la mano de Taylor para serenarla. La necesitaba clara y en su centro.

—¿Ella está mejor?

Asintió con vehemencia.

—Entra y cierra la puerta. No abras a nadie que no sea yo o Logan. Estarán bien, lo perseguí lejos, pero quiero registrar el perímetro centímetro a centímetro.

—Matt... —ella lo retuvo un segundo, su mano apretando su antebrazo.

—Entra, Taylor —ordenó él, su voz era ahora pura autoridad—. Tienes que tranquilizar a tu hermana, tú sabes cómo. Estaré con ustedes en un momento.

Mientras ella obedecía, Matt fue por su vehículo. Tenían que rastrear todo el set. Este se extendía por la zona de maquillaje, los trailers estaban desperdigados, estaban las zonas de pruebas con sus entramados de madera y bambalinas.

Ese bastardo debió acechar escondido. Tal vez lo vio con Taylor antes. La idea lo enfureció. Ya no era solo una cuestión de seguridad física; era una guerra psicológica.

Cerró los ojos un instante, sintiendo el peso de la responsabilidad y los ecos de las caricias y besos de ambas mujeres. El contrato de la Agencia Pipen lo trajo aquí, pero lo que lo mantendría en las vidas de ambas era la necesidad de protegerlas. Sentía mucho y profundo por ambas, pero eso, temía, estaba destinado al fracaso. Solo podía moverse con la corriente y rogar que no lo tragara.

CAPÍTULO 16

Matt golpeó el volante con la palma de la mano. El eco del impacto retumbó en el habitáculo del coche, un sonido sordo que no alcanzó a apagar la maldita tormenta que le rugía en la cabeza. ¡Mierda! Lo había dejado escapar.

Todavía podía sentir la vibración de la adrenalina corriendo en su torrente sanguíneo, ese latido violento en las sienes que aparecía cuando el peligro le rozaba la piel.

Enganchó la primera marcha con un movimiento brusco haciendo que los neumáticos chirriaran sobre la grava del estacionamiento. Condujo despacio, con los ojos entornados y fijos en los recovecos oscuros que se formaban entre los enormes camiones de producción.

Sí, ese hijo de puta estaba lejos, pero así y todo... Tenía que hacer algo para sentir que manejaba la situación. Matt carraspeó, sintiendo la garganta reseca. No era solo la persecución. Era el recuerdo físico, casi doloroso, de la piel de Natasha en sus manos, de los labios de Taylor en su boca.

Hacía apenas horas que había disfrutado a Shei, como ya era en su mente, y menos aún del beso ardiente con Tay, a la que había tenido acorralada, sintiendo su respiración entrecortada y el sabor prohibido de su boca. Ahora se encontraba cazando fantasmas en el perímetro.

A unos cincuenta metros la silueta conocida le hizo aminorar la marcha. Logan vestía un mono de trabajo azul, desgastado en las rodillas, y cargaba una caja de conexiones plásticas con una naturalidad pasmosa.

Nadie que lo mirase dudaría de que era un técnico de sonido más del equipo, harto de arrastrar cables a toda hora. Matt detuvo el vehículo a su altura y bajó la ventanilla lo justo para que sus voces no viajaran más allá del capó.

—Se esfumó —soltó Matt. Tenía los maxilares tan apretados que una línea blanca se dibujaba bajo la piel de su mandíbula—. Estuvo demasiado cerca, Logan.

Logan no varió su postura de obrero fatigado. Dejó la caja en el suelo con cuidado, simulando revisar una de las pestañas de plástico, pero inclinó el torso hacia el coche, entornando los ojos bajo la visera de su gorra.

—Sí, lo estuvo, pero no se esfumó exactamente, Matt —murmuró—. Peiné el ala oeste. Detrás de los cobertizos móviles donde almacenan la utilería vieja y los paneles de los decorados que ya no usan. Hay un recoveco ciego entre los contenedores de basura. Encontré colillas de cigarrillos que todavía huelen a tabaco fresco y un par de latas de refrescos. El maldito se esconde ahí cuando viene. Tiene una línea de visión limpia, directa a la puerta del tráiler. Sabe cuándo entra, cuándo sale y con quién.

Matt asimiló la información en silencio, reconfigurando el mapa mental del set en su cabeza. Había pasado por allí una o dos veces, pero no pareció sospechoso entonces.

Había estado distraído, probablemente. Demasiado en su cabeza, se reprochó, cuando lo que debía hacer era aguzar sus sentidos y atender a sus instintos.

—Bien. No toques nada —respondió, los dedos tamborileando sobre el cuero del volante—. Si dejamos que crea que ese escondite es seguro, mantendrá su rutina. Vamos a dejar que se confíe.

—Pensé lo mismo. En un par de días, cuando baje la guardia, le tenderemos una trampa en ese mismo callejón que no va a ver venir.

—El bastardo se cree invisible. Se las arregló para tirar un papel en el trailer de Natasha. Está muy alterada.

—Ese parece su estado natural—dijo Logan haciendo una mueca sardónica que sentó mal a Matt. Esto se debió traducir muy claro, porque su amigo asintió y luego meneó su cabeza—. Esa, justo esa expresión... Mi amigo, estás bien jodido.

—Logan...

—Ten cuidado. Hoy más que nunca debemos estar alertas. El tipo es un cojonudo escapista y se esconde bien. No hay que subestimarlo. Creo que deberíamos llamar a Scott y ...

—Todavía no. Natasha ya está en el ojo de la atención, más seguridad haría que la producción la vea como un problema del que deshacerse.

—Tal vez eso la ayudaría. Saldría de este sitio. Sabes que es una trampa abierta.

Lo sabía, claro. Pero no podía quitar a Natasha de este set. Era su sueño, su escalón al estrellato, eso decía. *Estás siendo sentimental y dejas que tus emociones hablen y comanden*. Sí, y no podía evitarlo.

Logan se incorporó un par de centímetros. Enarcó una ceja, escudriñando las facciones de Matt con una fijeza incómoda, y luego cruzó los brazos sobre el pecho, apoyando una bota contra la rueda delantera del coche.

—Estás fuera de tu eje, y no intentes colármela. Esta no es la calma fría que mantienes cuando las cosas se ponen feas.

Matt sostuvo la mirada de su compañero a través del cristal medio bajado. El secreto de lo que había ocurrido en las sombras del decorado con Taylor y las intensas noches de sexo visceral que mantenía con Sheila le pesaban en el pecho como un bloque.

No iba a mentirle al hombre que cubría sus espaldas, pero tampoco pensaba desnudarse emocionalmente en mitad de un estacionamiento polvoriento.

—Es el contenido de la nota, Logan —respondió, desviando la vista hacia el frente para romper el escrutinio—. No es el típico delirio de un seguidor trastornado que quiere un autógrafo o una foto íntima. Es jodidamente específico. Habla del frío. Escribió que era hora de volver a viajar juntos. Es una provocación que demuestra que esto no nació en las redes sociales ni en los platós de Los Ángeles.

—Eso es algo que ella tiene que saber. Y debe decirte, Matt. Se juega su integridad física, la de su hermana, que está muy cerca y puede ser vista como un obstáculo. La tuya también. Tienes que presionarla.

—Voy a hacerlo, dame unas horas. Escribiré a Louie y le pediré que indague más.

Logan sopesó las palabras, golpeando suavemente el metal de la puerta con los nudillos. Su expresión se volvió severa, perdiendo cualquier rastro de la curiosidad anterior para adoptar el tono de advertencia de un viejo amigo.

—Cuídate las espaldas, hermano —dijo, inclinándose un poco más—. Estás blindado por Pipen y sabes que tenemos los recursos para aplastar a cualquier infeliz que intente pasarse de listo. Pero mezclar la adrenalina de una persecución con los nervios alterados de dos mujeres que dependen de ti es como jugar con dinamita en un horno. Ve a asegurar ese tráiler. Yo estaré vigilando. Si el tipo asoma la nariz por los contenedores, seré quien le dé la bienvenida.

Matt subió la ventanilla con un movimiento eléctrico y fue a estacionar. Apagó el motor, pero no bajó de inmediato. Se quedó mirando sus propias manos sobre el volante, notando el leve temblor residual de la persecución abortada. Necesitaba un maldito segundo de aire, un instante para limpiar la bruma de su mente antes de volver a entrar en el espacio confinado con las dos Miller.

Salió del coche luego de varios minutos sintiendo el aire caliente golpearle el rostro, y caminó hacia un banco de madera astillada que daba la espalda a los talleres de montaje. Se sentó estirando las piernas y desenroscó el tapón de una botella de agua. Le dio un trago largo dejando que el líquido le bajara por la garganta y le limpiara el sabor agrio de la frustración.

Suspiró y tomó su móvil. Basta de zarandajas, tenía trabajo que hacer. Llamó a Louie.

—Hola, Elijah al habla. Lou no puede atender en este momento, si desea hablar con mi terrón de azúcar...

Este idiota. Sin querer se le dibujó una sonrisa ante lo ridículo que era su colega. Nadie diría que Elijah Carter era un profesional de la hostia, pero lo era.

—Anda, idiota, pásame a tu mejor mitad.

—Matt, Matt, cuánta hostilidad. El aire del desierto no te sienta, jodido. Por cierto, ¿tienes mis autógrafos?

—No va a pasar. No te pierdes nada, ese deportista es un imbécil.

Escuchó las voces que indicaban el cambio de manos del móvil.

—Matt, iba a llamarte, pero hubo una situación. Escucha, tengo información.

—¿Tiene que ver con lo que te pedí del pasado de Natasha? Porque esto es urgente ahora, hay una nueva nota.

—Pues estamos de suerte. Voy a enviarte un archivo. Tuve que saltarme dos cortafuegos del Departamento de Correcciones de Maine y un protocolo de privacidad estatal.

—¿Maine? —Matt frunció el ceño, dejando la botella de agua sobre el banco mientras sus dedos ya desbloqueaban la pantalla del móvil, buscando la aplicación de la agencia.

Maine era muy frío. ¿Sería a eso que se refería el acosador en su nota? Tenía que ser.

—A las afueras de Bangor, para ser exactos. Ocurrió hace ocho años. Verás que hay actas digitalizadas. Las imágenes no son muy nítidas y hay partes cubiertas porque Natasha era menor, pero pude reconstruir algunas frases que son claves.

—Gracias, Louie.

Matt cortó y se apuró a abrir el archivo. Deslizó el pulgar por la pantalla ignorando los códigos y los sellos oficiales del estado para ir directo al cuerpo del texto jurídico. Los ojos se le entornaron a medida que leía, absorbiendo los detalles con una concentración que le hizo olvidar lo demás.

La verdad comenzó a desglosarse ante él en párrafos mecanografiados con la frialdad de la burocracia policial. El informe detallaba un proceso judicial que se había resuelto por la vía rápida: un juicio corto por confesión e implicación delictiva.

En el centro del expediente figuraba el nombre civil de la diva: Sheila Miller. Con apenas dieciséis años, desamparada y atrapada en una red que la superaba, su firma aparecía al pie de varias declaraciones oficiales.

No fue una simple detenida; se había convertido en la testigo estrella de la fiscalía del distrito en un caso por distribución de

estupefacientes y tráfico de sustancias a gran escala en las zonas marginales del norte del estado.

Matt leyó la descripción de los hechos con el estómago contraído. El expediente describía un entorno sórdido: pensiones de mala muerte donde el invierno congelaba las tuberías, redadas nocturnas y una red de delincuencia local liderada por un tipo con un historial violento que la había utilizado como pantalla y cebo.

Según los registros la defensa del delincuente intentó destrozar psicológicamente a Sheila durante las vistas preliminares acusándola de cómplice, pero la muchacha se había mantenido firme en el estrado.

Su testimonio detallado y la entrega de pruebas clave le ganaron una delación premiada con inmunidad total del Estado a cambio de enviar a su exnovio a una prisión federal de máxima seguridad con una condena en firme de diez años. Una que, según la última página del archivo que Louie le había adjuntado, se había reconvertido a libertad provisional por buena conducta.

El tipo estaba libre. Tenía que ser el acosador. No dudó que lo primero que había hecho al salir a la calle era seguir el rastro de la mujer que lo había metido en la jaula. La ahora estrella con nombre ruso y estelaridad creciente.

Matt bloqueó la pantalla del teléfono sintiendo el peso físico de la revelación en la palma de la mano. La frase de la nota cobró un sentido siniestro, desprovisto de cualquier lirismo. *Volver a congelarse juntos* no era una metáfora de amor retorcido; era la promesa de venganza de un criminal que había pasado muchos inviernos entre muros de hormigón por culpa de la firma de Sheila Miller.

El tipo no quería recuperarla; quería arrastrarla de vuelta al fango del que ella había logrado escapar. Se puso de pie de un salto guardando el móvil en el bolsillo con un movimiento automático.

Ajustó los hombros de su chaqueta, respiró hondo para asentar la rabia en el fondo de sus pulmones y caminó con paso firme, implacable, hacia el tráiler.

Se habían terminado los juegos de disimulo y las medias verdades. Era hora de abrir el armario de los monstruos.

CAPÍTULO 17

Matt cruzó el umbral y cerró la puerta de chapa a sus espaldas. El olor a lavanda era dulzón, pesado. Observó fijo a las dos hermanas, un cuadro de tensión contenida que amenazaba con estallar ante el menor roce.

Taylor estaba de pie junto a la pequeña barra de la cocina americana, con los hombros rígidos y la mirada fija en una pila de papeles que sostenía entre los dedos, aunque sus ojos apenas se movían por ellos; sus nudillos, blancos por la fuerza del agarre, delataban que su mente estaba en otra parte. Tal vez atrapada aún en la vibración del beso que se habían dado hacía apenas una hora. Eso era lo que le pasaba a él.

Al otro lado del trailer Sheila estaba reducida a una fracción de la mujer que devoraba las pantallas de televisión del país. La deslumbrante Morozova había desaparecido dejando en su lugar a una muchacha de veinticinco años hecha un ovillo en la esquina del sofá de cuero sintético.

Tenía las piernas cruzadas contra el pecho y rodeados por brazos que temblaban de forma perceptible. Su piel mostraba una palidez llamativa y una fina capa de sudor frío le brillaba en las sienes humedeciendo los mechones rubios que se le pegaban a las mejillas. Sus pupilas dilatadas delataban el verdadero monstruo que la habitaba esa tarde: el síndrome de abstinencia.

Matt se plantó en mitad del espacio común. Su figura recortó la escasa luz que entraba por la ventanilla alta del tráiler proyectando una sombra larga que cubrió a ambas mujeres. No hubo preámbulos. Su postura era grave, alerta, con los músculos en tensión bajo la chaqueta, pero manteniendo la calma exterior.

—Es hora de que hablemos de verdad —soltó. No había manera de que esto fuese lindo, así que lo dejó caer en el silencio, su mirada y postura enfocadas en Sheila—. Sé lo que pasó en Maine.

Sé lo del juicio. Sé exactamente quién es el tipo que está dejando las notas y escalando el acoso.

Las reacciones no se hicieron esperar. Taylor levantó la cabeza de golpe. Su rostro se transformó, pintándose de sorpresa. Labios entreabiertos, ojos grandes que fueron de él a Sheila, y volvieron a enfocarlo. No tenía idea. Su rostro encantador no mentía. Esto la excedía.

—¿Maine? ¿Un juicio? Pero... ¿De qué hablas? ¿Qué es eso de que conoces al acosador?

Su mente creía conocer cada segundo de la vida pública y privada de la estrella, pero había secretos que esta había estado resguardando con celo feroz. Sheila, al verse descubierta, despojada de la fachada de diva que la protegía del escrutinio público, se quebró ante sus ojos.

Un lamento sordo escapó de su garganta mientras escondía el rostro entre las rodillas. Cuando volvió a levantar la cabeza, las lágrimas ya corrían libres por sus mejillas.

El temblor de sus manos se volvió espasmódico y las palabras comenzaron a brotar de su boca de manera atropellada, con una crudeza emocional que Matt había intuido al leer los fríos informes, pero que en la voz rota de la muchacha cobraba la dimensión de una tragedia viviente.

—Shei, di algo —rogó Taylor—. ¿Esto pasó de verdad?

Asintió, todavía sin palabras.

—Pero... —Taylor sacudió su cabeza—. Eso no es posible, salvo que... —arrugó el ceño mientras pensaba y sacaba cuentas, repasando el pasado en busca de pistas—. Cuando te alejaste, luego de que cumpliste los 17 —murmuró.

—Sí —la voz de Sheila sonó muy queda—. Pensé... Creí que había encontrado al amor de mi vida, el que me ayudaría a lograr lo que quería. No tienes idea de lo mal que la pasé... Dios, no tienes idea —sollozó Sheila, meciéndose levemente sobre el sofá, agarrándose los tobillos con una desesperación que encogía el pecho—. No sabía nada... Era una estúpida que solo quería huir. Peleando por todo. Terminé en un jodido agujero helado a las afueras de

Bangor, en mitad de la nada, donde el invierno nunca se acaba y el cielo parece de plomo.

—Tú dijiste... Cuando volviste... —Taylor estaba confundida y conmovida a partes iguales.

Matt quería tomarlas a las dos por la cintura y sentarse con ellas a cada lado y abrazarlas largo. Utopía tonta.

—Mentí. Claro que no iba a decir que viví como una marginal, en moteles o apartamentos asquerosos que olían a humedad, a tabaco, a drogas. Pasé hambre... un hambre real, de esa que no te deja dormir, que te hace aceptar cualquier cosa con tal de un plato de comida caliente o un techo que no se caiga a pedazos.

A Matt se le estrujó el corazón. Taylor escuchaba desde su rincón, inmóvil, como si se hubiera convertido en una estatua de sal, pero su rostro era sencillo de leer. Las palabras de su hermana le entraban en los oídos como puñaladas.

—Siempre pensé que ese periodo había sido algo caótico, que tu rebeldía había sido un capricho adolescente, una rabieta de chica bonita que quería probar la libertad de la gran ciudad -musitó.

—Estaba rodeada de monstruos, de delincuentes, de tipos que me miraban como si fuera carne barata —continuó Sheila, con la voz entrecortada por un espasmo de tos provocado por la misma ansiedad—. Las drogas estaban en todas partes, en la mesa, en la cama... Un ambiente horrible donde la vida de cualquiera de nosotros no valía una mierda. Cada maldita noche, Matt, cada puta noche me acostaba con el terror metido en los huesos. Tenía miedo de morir allí mismo, de que me pegaran un tiro por una mala deuda o de sufrir una sobredosis en un colchón sucio y que nadie se enterara nunca. Trataba de no abusar, pero a veces... Volar de esa realidad era indispensable -dijo muy quedo, y a Matt le quebró el corazón.

-Pensaba en que mi cuerpo se quedaría congelado en un callejón trasero de Maine, cubierto de nieve, y que mamá, que tú... - le habló a Taylor-. Que pasarían el resto de sus vidas buscándome sin saber que me había convertido en basura.

-Oh, Shei, tranquila, no hables si no quieres -susurró Taylor, también quebrada.

Las lágrimas le dificultaban ver.

—Él me enredó en todo eso. Henry —confesó, y el desprecio tiñó su voz—. Me hizo creer que me quería, que me cuidaría, mientras me utilizaba para mover su mercancía. Y cuando los federales tiraron la puerta abajo... Fue mi salida. Tuve que testificar en ese juicio corto. Firmé cada maldito papel que los fiscales me pusieron delante porque era mi única oportunidad para no pasar años en una celda. Cuando los alguaciles se lo llevaron arrastrando de la sala de vistas, él se giró -Su mirada se perdió en la memoria-. Me miró fijamente a los ojos a través del cristal y juró por su vida que saldría de la jaula, que me encontraría en cualquier rincón del país donde me escondiera y que me haría pagar cada segundo que pasara encerrado por mi culpa. Yo lo sabía... Desde que llegó la primera nota supe que era él. Pero no pude decirlo. Tenía tanto miedo de que mi fachada explotara, de que los productores, los patrocinadores y todo el maldito país vieran lo que soy, la clase de delincuente que fui...

—Eras muy joven, una menor... Ese hombre abusó de ti, te manipuló —dijo Matt.

Verla de ese modo, reducida a la jovencita asustada que aún temblaba bajo el invierno de Maine lo conmovió. No había una sola posibilidad de mantener la distancia profesional que se había autoimpuesto.

Olvidó los manuales de seguridad y el frío análisis del entorno. Dio dos pasos para eliminar la distancia que los separaba y se acucilló frente al sofá quedando a la altura de sus ojos desorbitados. Se sintió arrastrado por la crudeza de esa confesión, contagiado por el dolor viviente que emanaba de cada poro de Sheila.

Extendió su mano curtida y le acarició la barbilla con delicadeza, obligándola a levantar el rostro para que dejara de esconderse. Le dedicó una sonrisa tierna, una mueca cargada de un aliento genuino que buscaba transmitirle su fuerza, mientras en su fuero interno no podía evitar pensar en lo jodidamente hermosa que era, incluso en mitad de su total desmoronamiento físico y emocional.

—Estoy aquí para protegerte, Sheila. No estás sola en esto, te lo prometo —le susurró mientras el pulgar le delineaba la mandíbula, intentando detener el temblor de sus labios.

+++

El contacto físico que fue intimidad expuesta, descarnada y espontánea entre Matt y su hermana, fue el detonante para Taylor. Desde su rincón junto a la cocina, todavía alelada por la revelación de las penurias que Sheila había enfrentado, sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

No solo acababa de descubrir que Shei había estado en peligro mortal mientras ella no se había enterado y había estado metida estudiando en una biblioteca, ajena a su sufrimiento, sino que la imagen de Matt con Sheila con esa ternura casi devota le pegó duro.

La mezcla de culpa familiar, el shock de la revelación y los celos punzantes que le atenazaron el estómago formaron un cóctel tóxico que no pudo soportar. Con la faz seria, rígida como una máscara de mármol que ocultaba la tormenta interna que la devoraba, Taylor dio media vuelta y salió del tráiler dando un portazo que hizo vibrar las delgadas paredes de aluminio y cortó el aire que quedaba dentro.

Matt soltó la barbilla de Sheila despacio y se incorporó dejando escapar un suspiro sordo. Su mirada se desvió hacia la puerta cerrada. Sheila, con los ojos vidriosos y empañados por las lágrimas, miró también hacia la salida y luego regresó sus ojos dilatados hacia él, malinterpretando por completo el motivo de la huida y la rigidez de su hermana.

—Taylor está al límite. No logro hacer nada bien—murmuró Sheila con expresión triste aumentada por una culpa amarga que parecía pesarle más que la propia abstinencia—. Mis mentiras, mis secretos, mis putos desastres de siempre... Es el peso que le he impuesto sobre los hombros desde que éramos adolescentes. Mi madre le pidió que me cuidara y la he convertido en mi esclava, en

la que limpia mi mierda. Soy una carga insoportable para ella, Matt. Por eso me mira así. Por eso se ha ido.

Matt clavó los ojos en la puerta de madera por la que Taylor había desaparecido. Sus pensamientos eran caóticos. Tal vez Tay estaba cansada de su hermana y sus tejemanejes, sí, pero no dudó de que él tenía responsabilidad esta vez.

—Taylor necesita tiempo. Está frustrada, asustada y sorprendida —respondió con un tono sombrío, pero forzándose a suavizarlo para no alterarla más—. Tu temperamento no ha ayudado y ella merece que le demuestres el amor. Como dices, hay cosas por trabajar entre ustedes. Pero tú... Eres una mujer magnífica, vales mucho más que la fachada que vendes en la televisión.

—¿De verdad crees eso? Siento que soy una máscara que se desarma día a día. Y estoy asustada por ello, y por ese bastardo de Henry.

—Vamos a solucionar esto. El tipo no va a volver a tocarte. Eso te lo prometo. Lo otro, te toca a ti. Salvarte de esa adicción y arreglar las cosas con Tay. Ahora, quédate aquí dentro. Respira, haz yoga, toma agua y come bien. Esto lo vences hora a hora y trayendo a la superficie a la mujer resiliente que eres.

Matt no esperó a ver si asentía. Sheila era una mujer grande que debía hacerse responsable de sus errores. Y él tenía una tarea. Salió del tráiler con paso firme, bajando los tres escalones de metal de un solo impulso.

Barrió el campamento entornando los ojos para filtrar el movimiento de los técnicos y los asistentes. No tardó en divisarla a unos cincuenta metros, cerca de las carpas de producción principal.

Taylor estaba conversando con el director del reality. Intentaba mantener la postura, pero Matt notó de inmediato la rigidez de su espalda y la forma en que gesticulaba con nerviosismo, moviendo las manos de una manera exagerada, tensa. Estaba intentando sostener su máscara profesional frente al jefe del proyecto, pero su cuerpo entero vibraba por el shock.

Matt caminó directo hacia ella, con un paso implacable que apartó a un par de asistentes que se cruzaron en su camino. No iba

a dejar que se fuera lejos. No en ese estado, no con un acosador rondando el set.

CAPÍTULO 18

Taylor escuchaba las voces a su alrededor como si provinieran del fondo de un pozo de agua helada. Frente a ella el director del reality movía las manos con entusiasmo, señalando unos bocetos de iluminación para la gala de la noche siguiente y hablando sobre los niveles de audiencia que el filtrado accidente de Natasha había generado en las redes sociales.

Taylor asentía de manera mecánica, con los músculos de la cara tan rígidos que sentía que la piel se le iba a agrietar en cualquier momento. Sostenía el bloc de notas contra el pecho con una fuerza ridícula, enterrando las uñas en el cartón prensado para obligarse a permanecer anclada a la realidad, para no gritar, para no echarse a llorar allí mismo, en mitad del plató.

Un agujero helado en Maine. Hambre. El miedo a morir en un colchón sucio. Cada palabra de la confesión de Sheila se repetía en su cabeza en un bucle implacable, golpeándole la conciencia con ritmo sádico.

¿Cómo no lo había sabido? Se suponía que ella era la mente analítica, la hermana que lo controlaba todo, la que llevaba la agenda y resolvía los desastres. *Pero eso pasó antes.* Antes de las cámaras o la fama.

Sheila se hundió en un fango de delincuencia, amenazas y terror mientras Taylor había estado encerrada en la biblioteca de la universidad, rodeada de manuales de historia, creyendo que el silencio de su hermana era solo otra rabieta. La culpa la quemaba por dentro, un ardor ácido que le subía por el esófago y le dificultaba respirar.

Y luego estaba Matt. La imagen de sus manos grandes acunando la mandíbula de Sheila, la ternura casi devota de su sonrisa en mitad del caos del tráiler. Esa había sido una estocada fina. El recuerdo del beso que Matt le había dado a ella unas horas antes, ese fuego salvaje que le había desarmado la lógica, ahora le

parecía una burla cruel. Una distracción para el guardaespaldas mientras poseía el cuerpo de su hermana y protegía sus secretos más oscuros.

—...así que necesitamos que Natasha esté lista para el photocall a las ocho en punto, Taylor. ¿Me escuchas? ¿Taylor?

Parpadeó, forzándose a enfocar el rostro del director. Carraspeó, tragándose el nudo que le atenazaba la garganta.

—Sí, claro. A las ocho. Descuida, yo me encargo de la logística —consiguió decir—. Tengo que revisar unos detalles. Si me disculpas...

No esperó a que el hombre respondiera. Dio media vuelta sobre sus botas y comenzó a caminar a paso rápido, huyendo, alejándose de las carpas principales de producción. No sabía a dónde iba; solo necesitaba escapar de la órbita de Natasha, de las luces, del magnetismo asfixiante de Matt Vargas.

No llegó muy lejos. Apenas dobló la esquina del cobertizo de utilería vieja una mano firme la tomó del antebrazo. El agarre no fue doloroso, pero sí lo bastante firme e implacable como para detener su huida en seco. Taylor ahogó un grito.

Matt estaba allí, plantado frente a ella en el estrecho callejón de sombras. Tenía la respiración un pelín alterada y los ojos oscuros fijos en ella con una intensidad que la hizo dar un paso atrás hasta que su espalda chocó contra el metal frío del hangar.

—Suéltame, Matt —siseó Taylor, intentando zafar el brazo con un movimiento inútil. Su voz temblaba, desprovista de autoridad—. Vuelve al tráiler. Tu protegida te necesita dentro. Está teniendo una crisis y tú eres su... su trofeo de supervivencia, ¿no? Ve a acariciarle la barbilla y a decirle lo magnífica que es.

Matt no la soltó. Al contrario, dio un paso al frente acortando la distancia hasta que Taylor sintió el calor que emanaba de su cuerpo, ese aroma a cuero y musk que la trastocaba por completo. Apoyó la palma de la otra mano contra la pared metálica, justo al lado de la cabeza de Taylor, acorralándola en el espacio ciego.

—No te vas a ir a ninguna parte, Taylor. No en este estado —dijo Matt. Su voz era un susurro grave, una vibración densa que le erizó los vellos de la nuca—. Hay un maldito acosador suelto que

sabe cómo moverse por aquí, y tú decides que es un excelente momento para dar un paseo a solas por los callejones oscuros del set. ¿Es que te volviste loca?

—¡La que está loca es mi hermana! ¡La que vivió un infierno mientras yo no hacía nada es ella! —explotó Taylor, pero se conminó a no atraer atención innecesaria. Las primeras lágrimas de rabia y frustración acumulada desbordaron sus ojos, resbalando por sus mejillas ardientes—. ¡No sabía nada, Matt! ¡Nada! Pasó hambre, estuvo con delincuentes, testificó en un juicio... Y yo no estuve ahí. Estaba demasiado ocupada siendo la hija perfecta, la maldita nerd que se quedaba en la biblioteca porque mi madre me lo pedía. ¡Toda mi vida es una mentira!

—No digas eso, no es cierto. No puedes culparte así. Escucha...

Sacudió su cabeza y trató de armar una sonrisa cínica como fachada.

—No, nada de eso. ¡Tú estás jugando con las dos! Me besas como si... —apretó sus puños. *Como si te importara*, pensó, pero no lo dijo. Conservaba una pizca de orgullo—. Luego regresas al tráiler a consolar a Sheila, a tocarla como si fuera lo más sagrado. No puedo hacer esto, Matt. No voy a ser la sombra que gira en su órbita también en la cama. No merezco esto. ¡Déjame ir!

Taylor intentó empujarlo, golpeándole el pecho con el bloc de notas, pero Matt ni se inmutó. El impacto del cartón contra sus músculos apenas lo movió. Con un movimiento rápido y preciso él le arrebató el bloc de las manos y lo arrojó al suelo, donde los papeles se desparramaron sobre la grava.

Luego, la tomó por las muñecas, alzándolas y presionándolas contra el metal del hangar, inmovilizándola por completo.

—Mírame —ordenó Matt, inclinando el rostro hasta que sus respiraciones se mezclaron—. Joder, Taylor, mírame a los ojos y dime que crees que esto es un juego para mí.

Taylor jadeó, intentando apartar la vista, pero la cercanía del hombre era un imán devastador. Los ojos de Matt eran dos pozos negros cargados de un hambre que no tenía nada que ver con el deber profesional ni con la piedad que le había mostrado a Sheila.

Era pura necesidad salvaje, un ardor que exigía una respuesta inmediata.

—No sé qué pretendes... —susurró ella, con los labios temblando, sintiendo que sus botas se encogían por el deseo que le recorría las piernas.

¡No puedes ceder! ¡No puedes permitir esto!

—Te besé esta tarde porque llevo semanas pensando, queriendo... —declaró Matt, y su voz sonó cruda, desprovista de cualquier disimulo—. Porque mientras tu hermana grita y exige atención en el plató y luego me consume como la tirana que es, tú me robas el aliento sin siquiera intentarlo. Me importa Sheila, claro que sí, es mi trabajo, es una mujer rota que necesita protección. También me gusta, mucho. Pero esta hambre mía no se agota con ella. Me quema las entrañas por ti. Tú crees que no tienes órbita propia, pero yo no pienso eso. Déjame enseñarte cuál es tu órbita.

Taylor no pudo responder. Las palabras de Matt le rompieron el escudo de orgullo y culpa. Lo que él decía estaba intrínsecamente mal... No le juraba que era la única... No le decía que la elegía frente a Shei. Era enloquecedor sentir tanto, querer besarlo, abrazarlo, entregarse. Su cabeza no se aclaraba, predominaba el sentir.

Matt soltó sus muñecas solo para enredar los dedos en su cabello desordenado, lento, dando tiempo para que retrocediera. No lo hizo, permaneció clavada.

Le inclinó la cabeza hacia atrás mientras su boca caía sobre la de ella con una pasión visceral. El beso no tuvo timidez o exploración; fue un reclamo absoluto, húmedo, profundo y desesperado. Matt tomó su boca con ardor, metiendo la lengua, reclamando cada rincón con una rudeza que hizo gemir a Taylor contra sus labios.

El cuerpo de ella se derritió contra el masculino. Sus manos, ahora libres, se aferraron a la chaqueta de Matt tirando de la tela con urgencia, necesitando sentir la dureza de sus músculos contra su propio pecho.

El contraste entre el metal frío a su espalda y el calor del cuerpo de Matt la mareaba. La culpa por Sheila, el shock del pasado y el dolor de la tarde se disolvieron bajo la marea de una

sensualidad cruda que lo cubrió todo. Incluso la razón, la contención, la ubicación en tiempo y espacio.

Matt arrastró besos por su mandíbula, mordisqueando la piel sensible de su cuello con un ritmo que la hizo temblar y arquearse. Una de sus manos bajó por el costado de Taylor delineando la curva de la cintura a la cadera con posesión absoluta, hasta llegar al borde de su falda. Sin romper el contacto de sus bocas, Matt deslizó la mano por el muslo de ella, subiendo la tela, sintiendo el calor de su piel expuesta.

—Matt... aquí no... alguien puede venir —consiguió jadear Taylor cuando el hombre le lamió la base de la oreja, haciéndola temblar sobre sus botas.

No pensaba bien, no quería hacerlo.

—Me importa una mierda —gruñó Matt contra su piel, con la voz rota por la excitación—. Quiero mostrarte lo que me haces... Lo que provocas en mi... Esta urgencia... Deseos...

Con implacable urgencia metió la mano entre las piernas de Taylor y encontró la humedad caliente que empapaba su ropa interior. Ella se desconocía. Esta lujuria ciega, demoledora, que quería tomar e ignorar, que la hacía gemir bajito, era nueva.

Soltó un gritito que Matt ahogó volviendo a aplastar sus labios contra los de ella. El contacto de los dedos hábiles y firmes frotando su clítoris con un ritmo exigente la hizo perder el control que restaba. Su nudo de nervios vibraba masajeado con pericia y el resto de sus partes bailaban en sintonía.

Enredó una pierna alrededor de la cadera de Matt buscando más presión, entregándose al refugio de placer que el guardaespaldas le ofrecía en mitad de su destrucción familiar.

El sexo entre ellos se concretó allí mismo, entre metales y los paneles de utilería. Fue un encuentro de alto voltaje, cargado de una intimidad desesperada; no era un acto de lujuria ligera, no. Matt la poseyó sin ceremonias. Su mano izquierda la desvistió lo suficiente para tener acceso irrestricto a su coño que los dedos de su derecha abrieron y asediaron.

—Húmeda y preparada... Perfecta para mi pija. Te la voy a clavar al fondo —susurró.

La cabeza redondeada y caliente de su polla se colocó en su entrada demandando ingreso y Taylor se elevó sobre los deditos de sus pies. Ni pensó en barreras, ella estaba atada a la píldora desde adolescente por sus reglas irregulares. Matt no perdió el tiempo: la penetró en un movimiento fluido que la enervó y la hizo colgarse de sus hombros.

—Esto es... Puta maravilla... Suave... Tibia para mí, solo para mí... Guante perfecto —susurraba en su oído y su lengua delineaba su lóbulo mientras pujaba y la llenaba por entero—. Quiero disfrutarte... Pero no puedo permitir que alguien te vea... No así. Solo yo... Oh, Tay, Tay, Tay... —su voz cobró una cualidad grave que recorrió la piel femenina y la encendió.

Taylor cerró sus ojos y se dejó llevar, volar, las sensaciones de placer envolviéndola como no le había pasado con alguien antes, su coño conquistado y con él sus miembros, su voz, su cabeza.

La sensación que esa verga despertaba era física, sí; círculos concéntricos de divino placer se replicaban por sus células. Pero también era más. Era su entrega, era posesión, y aceptación.

Taylor se dejó ir sin retacear sonidos o sensaciones, utilizando la pasión devoradora del hombre para olvidar la realidad dura que la rodeaba y la iba a ahogar apenas recobrara sentido.

Cuando el climax la sacudió, lo besó con rabia, con desesperanza, con anhelo, permitiéndose tomar lo que de seguro sería reclamado por su hermana. Solo tendría esto, no lo dudaba, y destinada como estaba a perder, al menos lo haría con un trofeo. Migajera que era.

Matt llegó al orgasmo con un grito ahogado en su cuello, y luego el silencio regresó al callejón, interrumpido solo por las respiraciones acopladas. La mantuvo sujeta contra su pecho, con los brazos rodeándola con fuerza protectora. Ella apoyó la frente en su hombro húmedo de sudor, con los ojos cerrados. La cordura podía volver ahora.

CAPÍTULO 19

Taylor se alisó la ropa con dedos espasmódicos. La tela de la chaqueta le raspaba la piel del cuello, todavía encendida por la boca de Matt. Tenía el labio inferior entumecido y una vibración líquida, pesada, continuaba latiéndole entre los muslos.

Miró hacia el suelo del callejón ciego donde los papeles de su bloc de notas yacían dispersos. Quiso agacharse para recogerlos, pero las rodillas le temblaron de tal manera que tuvo que apoyarse de nuevo contra el metal del hangar.

No miró a Matt. No podía. El peso de lo que acababa de hacer contra esa pared de chapa se le asentó en el pecho como una losa. Había capitulado. Se había entregado al hombre que su hermana consideraba su escudo contra el abismo. El aire, denso y cargado de polvo, le supo a ceniza.

Sin decir una sola palabra comenzó a alejarse. Podía sentir su semen bajando por su muslo interno. Se le encendió la faz y fue demasiado. Miró atrás y le vio con la mandíbula apretada, el pecho subiendo y bajando con fuerza bajo la camiseta negra.

No intentó detenerla. Se acomodó la ropa y el cabello. Sus pasos la llevaron por el campamento por un buen rato. Sonrió ante los saludos, respondió a los que preguntaban por Natasha, esquivó a la influencer que grababa un video. Una parte suya socializaba y la otra saltaba de la sensación de maravilla y gozo a la de pena.

Se sentía tiroteada por varios frentes. Por un lado, Matt, que era el hombre que le provocaba lo que nadie antes. Su piel todavía chisporroteaba, su cabeza dando vueltas a las sensaciones viscerales que él despertó. Pero Sheila...

Su hermana sufría por una adicción que era resultado de su ansiedad por el éxito y, sin dudas, también por su necesidad de olvidar un pasado horrible. Y luego, estaba Taylor misma. La vieja sensación de amor-odio la envolvía y la hacía sentir culpable. Y furiosa por ello.

Cuando volvió, subió los tres escalones de metal del tráiler y el pestillo cedió con un gemido sordo. Entró intentando recomponer su máscara, pero la atmósfera del habitáculo la golpeó como un puñetazo físico.

El olor a lavanda química seguía flotando. Sheila permanecía en el sofá, pero ya no estaba hecha un ovillo. Se había incorporado, apoyando la espalda contra el respaldo de cuero sintético.

Tenía un pañuelo de papel arrugado entre los dedos y los ojos hinchados, inyectados en sangre, pero la fragilidad de la jovencita asustada se había evaporado. Su mirada, fija en la puerta, se había vuelto una línea afilada, cargada de una lucidez ponzoñosa que a Taylor le heló la sangre.

Esta que la miraba era la Sheila difícil y combativa del pasado. Reconocía esa expresión, esa actitud.

—Vaya —soltó Sheila. Su voz no fue un grito, sino un susurro sibilante—. Miren quién decidió regresar a la superficie. La empresaria que se sacrifica por mi bienestar. La hermana perfecta.

Taylor se quedó inmóvil junto a la barra de la cocina, apretando las manos detrás de la espalda para ocultar el temblor que volvía a sacudirle los dedos.

—Sheila, deja las tonterías.

—Tonterías.

—Tienes que estar sobria y en paz. El director dice que el photocall es a las 8. ¿Crees que podrás...?

—Me importa una mierda el director y me importas una puta mierda tú en este momento, Taylor —la cortó, levantándose del sofá con un movimiento brusco, felino, a pesar de que las piernas le flaqueaban. Dio dos pasos hacia ella, con las pupilas dilatadas por una mezcla de emociones—. Te vi. Te vi por la maldita ventana de la caravana. Vi cómo lo mirabas...

Oh, joder, no era posible. No tenía fuerzas para confrontarla, era suficiente con su conciencia. Intentó sacudirse, explicar.

—No es lo que piensas —mintió, mal. La culpa le estallaba en las sienes en un dolor punzante. Su propia voz le sonó extraña, falsa, desprovista de la autoridad habitual—. Estábamos,,. El acosador...

—¡No me juegues a la mosquita muerta, Taylor! ¡A mí no! —gritó Sheila, y el chillido resonó en las paredes del tráiler, rompiendo el aire—. Conozco esa mirada. Conozco esa rigidez de santa reprimida que pones cuando deseas algo, pero no tienes los ovarios de pedirlo. ¡Estabas con mi hombre! El único maldito cabo suelto que me mantiene a salvo de volver a ese infierno, y tú vas y te abres de piernas contra el primer hangar que encuentras.

¿Su hombre? Y esas palabras horribles...

—¡No hables así! —Taylor elevó la voz por primera vez, las lágrimas de la humillación acudiendo a sus ojos.

—Oh, pobrecita Taylor. Santurrona, sacrificada Taylor -dijo con saña, a sabiendas de que hería. Para hacerlo-. ¡Hipócrita! Me escuchaste hablarte con el corazón en la mano, contando una verdad horrible, y solo se te ocurrió follar a mi guardaespaldas. El hombre que me mantiene contenida.

—¡Yo no sabía nada, Sheila! ¡Acabo de enterarme de que eras tan infeliz cuando éramos jóvenes! ¡No tenía idea de lo de Maine, ni del hambre, ni de ese maldito juicio! —elevó sus manos, las bajó, sacudió su cabeza.

Esto era lo contrario de lo que quería. Pelear e insultarse era el camino seguro para perderse una a la otra.

—No lo sabías, no. Nada te importaba más que tu futuro. Salir, dejarnos atrás —murmuró Sheila.

Era injusta, dura. Taylor había hecho lo que pudo y como pudo.

—Eras difícil... eras una maldita pesadilla viviente y mamá no sabía qué demonios hacer contigo -contraatacó. Ella también tenía munición-. Yo... yo solo veía el estudio como mi única puerta de salida hacia el futuro, hacia una vida que no estuviera rota por tus caprichos.

Sheila soltó una risa seca que se cortó con un sollozo ahogado. Dio un paso más, invadiendo su espacio personal.

—¿Tu puerta de salida? ¿El estudio? ¡Eres una jodida hipócrita! —el rostro de Sheila se deformó por el dolor de sus propios traumas activados, la mención de su madre y de la juventud abriéndole la carne viva—. ¿Te crees muy lista porque te quedabas

en la biblioteca hasta las diez de la noche? ¿De verdad pensabas que yo me rebelaba por capricho, Taylor? ¿De verdad eres tan ciega, tan estúpida?

Taylor la miró, noqueada por la intensidad del odio que emanaba de su hermana.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Taylor, con un hilo de voz.

—¡Hablo de que mientras tú estabas memorizando tus malditos libros de arte y planeando tu futuro perfecto, el vecino de al lado entraba en la casa! —el grito de Sheila se quebró, las lágrimas volviendo a brotar con fuerza—. ¡Hablo de que yo tenía catorce años, Taylor! ¡Catorce malditos años! Mamá estaba doblando turnos en la fábrica para pagar tus jodidas matrículas y tú estabas a salvo entre tus paredes de piedra en la universidad, mientras ese maldito viejo me cuidaba. ¿Sabes cómo me cuidaba, Taylor? ¿Sabes lo que me hacía en el sofá mientras tú leías sobre la Revolución Francesa?

El tráiler cayó en un silencio sepulcral, un vacío tan absoluto que el zumbido del aire acondicionado pareció convertirse en un rugido. Taylor retrocedió y chocó la cadera contra el borde de la barra. La información la golpeó con la fuerza de un tren sin control.

Las palabras de Sheila flotaron en el aire, deformándose, cobrando un sentido macabro que le vació el estómago. Catorce años. El vecino. Su madre trabajando. Ella en la biblioteca.

Todo su castillo de superioridad moral, toda su narrativa de la hermana estudiosa frente a la hermana descarriada, se desmoronó en un segundo, convirtiéndose en una montaña de escombros cubiertos de sangre.

—No... —susurró Taylor, llevándose las manos a la boca, sintiendo que el mundo giraba a su alrededor—. No, Sheila... Oh, Dios, no...

—¡Sí! —asestó Sheila, disfrutando con un sadismo desesperado el impacto del golpe en el rostro de su hermana—. ¡Sí! Enterré eso en el fango y me convertí en la rebelde, en la complicada, en la zorra que huyó a Maine para que nadie tuviera que mirarme a la cara y ver lo rota que estaba. ¿Y ahora vienes tú,

con tu cara de abnegada, a fingir que me salvas? No me salvas a mí, Taylor. Te salvas tú de la culpa.

Sheila se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, pero el veneno en su voz no disminuyó. Se acercó un centímetro más, clavándole los ojos dilatados en las mejillas encendidas de Taylor.

—Pero esto no es solo por el pasado, ¿verdad? —la ironía regresó a sus labios, una mueca cruel—. Esto es por Matt. Te das cuenta de que por fin tengo a alguien que se preocupa de verdad por mí. No por mi carrera o mis ingresos, no. Alguien que me mira, al que le gusto, que me hace sentir segura, y decides que tienes que quitármelo.

—¡No es así, Shei! No digas eso... —Taylor negaba con lágrimas negras. Desolada, con el pecho oprimido y un dolor que la atravesaba.

—Es envidia, Taylor. Pura y dura envidia gris. Llevas toda la vida odiando que los focos se queden conmigo, y ahora quieres quedarte con Matt para demostrarte que vales algo. Eres una reprimida que cree que el sexo sabe mejor cuando me lo estás robando a mí.

—¡Basta! ¡Cállate la maldita boca! —Taylor gritó, las lágrimas desbordándose en un torrente que le empapó el cuello. El dolor era tan agudo que sentía que el pecho se le iba a partir en dos—. ¡Yo no sabía nada de lo del vecino! ¡Te lo juro por Dios, Sheila, si lo hubiera sabido...!

—¿Si lo hubieras sabido qué? —la interrumpió Sheila con un susurro cargado de amargura—. Habrías pedido otro libro en la biblioteca para no escuchar los gritos. Estás aquí porque mamá te lo hizo jurar en su lecho de muerte, Taylor. «No dejes sola a Sheila, ayúdala, mantenla a salvo». Esa fue tu condena. No estás aquí porque me quieras, ni porque te importe si vivo o muero. Estás aquí por una promesa que no tienes el valor de romper.

Las palabras de Sheila contenían tantas medias verdades, tantas mentiras retorcidas combinadas con una realidad histórica innegable que Taylor se sintió devastada. La confrontación la estaba dejando sin defensas.

Era real: su madre le había hecho jurar que cuidaría de Sheila. Era real: muchas veces había sentido que la carrera de Natasha Morozova era una cadena de oro que le impedía tener una vida propia. Ese amor-odio destructivo que las había unido desde la infancia estaba ahí, expuesto, sangrando sobre la alfombra del tráiler.

La puerta se abrió de nuevo y Matt entró en el habitáculo. Su sola presencia pareció absorber parte de la electricidad estática del ambiente. Miró a Sheila, que temblaba con el rostro desencajado, y luego a Taylor, que permanecía encogida contra la barra, llorando en silencio, con la mirada perdida en el suelo.

—¿Qué está pasando, joder? Si siguen gritando van a atraer la atención...

Dio un paso hacia ellas, pero esta vez fue Sheila quien se interpuso, plantándose frente al guardaespaldas, mirándolo con una mezcla de súplica y reproche.

—Dile la verdad, Matt —pidió Sheila, y su voz se quebró—. Dile que lo de esta tarde fue un error. Dile que me deseas a mí. Que estás aquí para protegerme a mí. Taylor no tiene derecho a involucrarse entre ambos.

Se lanzó a sus brazos y Matt no pudo más que abrirlos y recibirla. Sheila se rompió entre ellos en espasmos estremecidos, y él la recolocó contra sí con gentileza, acariciando su cabello y susurrando en su oído.

Taylor los miró sin moverse, sintiendo una profunda pena por la magnitud del trauma de su hermana. ¿Qué eran sus emociones al lado de las de Sheila? ¿Qué peso podían tener sus sentimientos cuando su hermanita tiraba abajo sus paredes y se desnudaba para mostrar los horrores soportados?

Sí, Taylor la había culpado, a veces detestado, a veces despreciado. Hoy se daba cuenta de que no tenía idea de lo que había vivido Sheila, no de verdad.

Dio un paso atrás y luego otro, devastada y con una vergüenza tan profunda que se sentía más pequeña. Este silencio entre ambas y con Matt al medio se sentía como el posterior a una detonación.

CAPÍTULO 20

Matt aceleró el paso. A unos diez metros del trailer, los primeros gritos filtrados por el aislamiento del aluminio le hicieron detenerse un segundo. Era una pelea visceral, de esas donde las palabras se usan para arrancar la carne, aunque por fortuna no se entendían.

Matt barrió el campamento con la mirada buscando alguna reacción en el equipo técnico o los asistentes de producción que deambulaban. Nadie hizo puñetero caso. Natasha Morozova tenía mala fama por sus exigencias demandantes, sus portazos y sus crisis de diva histérica.

Un muro de mala reputación que, irónicamente, se había convertido en el escondite perfecto. Gracias a ese carácter intratable todo el mundo estaba asumiendo que los suyos eran berrinches, ayudando a que su doloroso proceso de desintoxicación pasara desapercibido para la prensa y el equipo.

Cuando Matt empujó la puerta y entró, sin embargo, no esperaba encontrar un enfrentamiento de aquella magnitud. El espacio común del tráiler parecía el escenario de un crimen emocional.

Las expresiones de las dos hermanas Miller lo congelaron en el sitio: Taylor estaba paralizada contra la barra de la cocina, con el rostro desencajado y una rigidez que rozaba el shock; Sheila, en mitad del espacio, temblaba con las pupilas dilatadas y las mejillas surcadas de lágrimas.

Al verlo, el eje de Sheila se desvió por completo. Se olvidó de Taylor y vino hacia él como una exhalación, estrellándose contra su pecho. Se pegó a su cuerpo con una desesperación física, hincándole los dedos en la camiseta como si Matt fuera el único pedazo de tierra firme luego de un naufragio.

Una oleada de ternura inmensa lo anegó. Sentir el temblor de sus hombros y la fragilidad de su estructura lo desarmó. A pesar de

los gritos y del veneno que acababa de escupir, Sheila era como una niña en el manejo de sus emociones; una criatura rota que reaccionaba al dolor arañando a los que tenía cerca.

Matt la rodeó con sus brazos ofreciéndole ese refugio de músculos y calor, pero por encima de la cabeza rubia de la estrella, sus ojos oscuros buscaron de inmediato a Taylor.

Continuaba inmóvil, conmocionada, con una mirada de desamparo que a Matt le partió el alma. Joder. Sentía tanto por ambas que el pecho le dolió. ¿Cómo demonios se procedía en una situación así? Quería cuidarlas a las dos, proteger a Sheila de sus monstruos y de la abstinencia, pero también meter a Taylor en un coche, alejarla del set y lamerle las heridas hasta que volviera a sonreír con esa seriedad inteligente que lo traía de cabeza.

En mitad de ese caos mental, Matt pensó de golpe en su hermana Isabel. ¿Qué diría ella si lo viera atrapado en este laberinto? Isabel siempre había sido su cable a tierra, la persona que lo conocía antes de las cicatrices y de la agencia.

Necesitaba su consejo. Al principio pensó que ella no iba a entender una locura como esta; una traición a las reglas tradicionales del amor. O tal vez sí. Isabel sabía mejor que nadie que el corazón de Matt no funcionaba con esquemas simples, y que cuando él se entregaba, lo hacía sin medias tintas.

—Tienes que echarla, Matt —la demanda de Sheila interrumpió sus pensamientos, brutal, directa, pronunciada contra su cuello—. Tienes que hacer que Taylor se vaya de aquí. Ya no confío en ella. No quiero que esté cerca de nosotros. Quiero que te quedes conmigo. Solo conmigo.

La alarma se encendió con fuerza en la mente de Matt. Una presión fría le atenazó las sienes. Él no quería estar en mitad de la guerra de esas dos mujeres, no quería convertirse en el juez de un tribunal familiar donde todas las sentencias implicaban destruir a alguien. No sabía qué hacer.

En ese segundo de duda, escuchó el chasquido seco de la puerta principal al cerrarse. Miró por encima del hombro y vio el espacio vacío junto a la barra. Taylor se había marchado.

Quiso soltarse para ir tras ella, pero Shei tomó su camisa con ambas manos, tirando de la tela con una fuerza espasmódica que lo retuvo en el sitio. Lo absorbió por completo, reclamando su atención con una mirada desamparada.

—No te vayas, por favor. Quédate aquí —le rogó, con la voz rota, la respiración entrecortada golpeándole el pecho—. Siento algo muy profundo por ti, Matt. Sé que he sido una perra, sé que fui fría y que te traté como a un empleado en el set, pero esa... Esa es mi máscara. Es lo que hago para que nadie vea lo que hay dentro. Te necesito.

Matt se sintió emocionado, conmovido hasta la médula por la confesión de la diva, aunque una parte de su cerebro de guardián le advertía que aquello también podía ser la adicción hablando, la desesperación de la abstinencia buscando un anclaje emocional.

Antes de que pudiera responder, Sheila se empujó y lo besó. Fue un beso de una necesidad desesperada, húmedo, salado por las lágrimas y cargado de un hambre que a Matt le desarmó la lógica. Él era jodidamente débil por esos labios; la reconoció en el acto, respondiendo por puro instinto antes de obligarse a frenar.

Con suavidad, le separó el rostro, tomándola de las mejillas. Con los pulgares le limpió las lágrimas negras que le manchaban la piel, besándole con ternura la punta de la nariz, luego la frente.

—Tienes que calmarte, Shei. Respira —le dijo con voz baja, ronca—. Vamos.

La tomó de la mano y la guió con paso lento hacia la litera. La sentó en el borde y se estiró para alcanzar una botella de agua que estaba sobre la mesilla. Se la ofreció, esperando a que ella diera un par de tragos pequeños.

El líquido pareció asentarla; el temblor de sus manos disminuyó y sus ojos, aunque inyectados en sangre, se mostraron más calmos, fijos en el suelo de la habitación, evitando su mirada.

—Dime qué pasó, Shei. Qué te llevó a esto —preguntó Matt, acucillándose frente a ella.

Sheila se mordió el labio inferior, mirando hacia el costado, hacia la pequeña ventana. El silencio se prolongó hasta que ella volvió a enfocarlo, con una duda punzante en las pupilas.

—¿La quieres? —preguntó en un hilo de voz—. ¿Quieres a Taylor?

Matt no vaciló. Le tomó la barbilla con suavidad, moviéndole la cabeza de espacio para obligarla a mirarlo a los ojos. No iba a mentirle. No a ella, no en ese estado, y no después de haber prometido honestidad en su fuero interno. No iba a negar lo que sentía.

—Shei... tú me vuelves loco —confesó Matt, y la crudeza de su voz llenó la habitación—. Me tientas, me derrites cada vez que me tocas. Sé que eres mucho más de lo que muestras en esa maldita televisión, sé el dolor que escondes. Quisiera protegerte, cuidarte de todo el fango... Pero también quiero a Taylor. Siento lo mismo por ella.

Sheila soltó una risa amarga, sin ganas, una mueca seca que se transformó de inmediato en un nuevo sollozo. Sus ojos volvieron a anegarse en lágrimas.

—¿Por qué? —susurró, golpeándole levemente el hombro con el puño—. ¿Por qué no puedo tenerte solo para mí? ¿Por qué tiene que quedarse ella con una parte?

—Me tienes, Shei. Estoy aquí —Matt le tomó las manos, atrapando sus dedos temblorosos entre los suyos—. No quiero que creas que juego contigo, o que soy un bastardo que se aprovecha de la situación. Joder, ustedes dos han vuelto mi mundo de cabeza.

La exasperación le ganó por un segundo, rompiéndole el control profesional. Se pasó una mano por el cabello, soltando un taco entre dientes.

—¡Carajo, Shei! Me estás pidiendo que divida lo que no se puede dividir. No puedo apagar lo que siento por ella.

—No puedes querernos a las dos, Matt. Eso no existe —argumentó ella, mirándolo con una fijeza desesperada.

—¿Por qué no? —replicó, con honestidad brutal—. ¿Quién dice las reglas de cuánta gente cabe en el pecho de un hombre si el sentimiento es limpio?

—No quiero que Taylor siga ganando —dijo Sheila muy quedo, bajando la vista hacia sus manos atrapadas—. Toda la vida

siendo la perfecta, la santa... No quiero que también se quede contigo.

—¿Por qué dices eso, Shei? —Matt le apretó los dedos con suavidad, forzándola a escuchar—. Ella te quiere. Está aquí contigo, soportando tus tormentas, manejando este circo de la prensa solo para sostenerte. No es tu enemiga.

Sheila negó con la cabeza con amargura, una mueca de desprecio infantil y dolor viejo tiñéndole las facciones.

—Ella no estuvo cuando contaba, Matt. No me protegió. Mamá le pidió que no me dejara sola en su lecho de muerte, lo sé. Está aquí solo por eso... por un maldito contrato de culpa, no porque le importe.

—No —Matt la interrumpió con firmeza, subiendo las manos hasta sus hombros—. Taylor te quiere, desea tu bien por encima del suyo. Y yo también. Quiero que te cures, Shei. Quiero que dejes esa mierda de pastillas, que demuestres lo que de verdad vales, tu brillo, tu valor real sin pantallas de por medio. Voy a cuidarte en este proceso. Te lo prometo.

Sheila cerró los ojos y dejó escapar un suspiro largo, un aire pesado que pareció desinflarle los músculos. La mezcla de la descarga emocional y el peso de la abstinencia la dejó sin energías.

—Déjame sola, Matt... —pidió, dejándose caer de lado sobre las almohadas—. Tengo que dormir. Me duele todo.

—Son las pastillas, Shei. Es la abstinencia. Va a pasar —le aseguró él.

Se inclinó y besó sus labios con suavidad, un contacto lento, de pura promesa. Luego le acarició el mentón con el pulgar y llevó sus manos a la boca, besándole los nudillos antes de levantarse. Arrojó su cuerpo con la manta ligera del tráiler, esperó a que cerrara los ojos y salió de la habitación sin hacer ruido, cerrando la puerta con cuidado.

Tenía que encontrar a Taylor. Ya. Salió al sol de la tarde y la buscó por el estacionamiento secundario. No le tomó mucho tiempo divisar el coche, un sedán gris estacionado a unos cincuenta metros, casi oculto tras un camión de mudanzas de la productora. Matt

caminó con paso rápido, implacable, y abrió la puerta del conductor antes de que ella pudiera poner el motor en marcha.

Taylor estaba apoyada contra el volante, con los hombros sacudidos por un llanto silencioso que detuvo en el acto al verlo aparecer.

—Está mejor. Se ha quedado dormida —dijo Matt, plantándose en el marco de la puerta, bloqueándole cualquier intento de salida.

Taylor se limpió las mejillas con un movimiento rápido y hosco, negándose a mirarlo a los ojos.

—Me alegro. Ahora quítate, Matt. Me voy —dijo, con una voz artificialmente fría—. No puedo quedarme aquí. No después de lo que pasó. Esto es una locura.

—No puedes hacerle caso a lo que te dijo ahí dentro, Taylor. Es el estrés, la falta de las pastillas hablando —le espetó Matt, inclinándose hacia el habitáculo—. Está sufriendo el subidón de la abstinencia y desenterrando traumas para defenderse.

—¡No es así, Matt! ¡No son solo las pastillas! —lo interrumpió Taylor, girándose hacia él con los ojos encendidos de desolación dolorosa—. Todo lo que dijo es real. Mi madre me hizo jurar que la cuidaría, y yo... yo solo sentía que ella era una cadena. Y tenía razón en lo del callejón. Me dejé llevar por el deseo contigo.

Matt rodeó el coche y se sentó en el asiento del copiloto cerrando la puerta para obligarla a tener esa intimidad. Le tomó las manos con fuerza, pretendiendo que se calmara, que dejara de dar vueltas en esa espiral de autoflagelación.

—Mírame, Taylor. Calma —pidió, apretándole los dedos.

Ella sacudió la cabeza con vehemencia, negando la cercanía, intentando zafar sus manos del agarre del guardaespaldas.

—No, Matt. Entiéndelo. Sheila ha sufrido demasiado en esta puta vida. Ha soportado cosas que yo ni siquiera puedo imaginar sin querer vomitar. Y hoy... hoy Taylor Miller es el problema aquí. Si me quedo, si sigo cerca de ti, la voy a destruir más.

Las lágrimas volvieron a desbordarse, resbalando por su faz seria. Miró las manos de Matt que sostenían las suyas y soltó un suspiro trémulo, un ruego que le salió directo del estómago.

—Te lo ruego, Matt... cuídala. Protégela de ese acosador, pero sobre todo, protégela de sí misma. No dejes que vuelva a caer en ese agujero. Ella te necesita más que yo. Yo... yo no debí dejarme llevar. No debí permitir que mis deseos nublaran mi lógica.

Se le quebró la voz y desvió la mirada hacia el parabrisas, susurrando una frase que a Matt le heló la sangre:

—En otra vida, Matt... tal vez en otra vida pudimos ser algo real.

—¿Qué pasó allí adentro, Taylor? —exigió saber Matt, con los ojos entornados y la mandíbula rígida. Su instinto le decía que la pelea entre las hermanas había ido mucho más allá de los celos—. ¿Qué más te dijo? ¡Cuéntame, joder!

Taylor sacudió la cabeza, apretando los dientes, manteniendo la boca cerrada. No iba a airear el secreto del vecino; esa verdad y ese dolor le pertenecían a Sheila.

—No insistas, Matt. No te lo voy a decir. Es un asunto de nuestra familia. Solo vete con ella.

Antes de que Matt pudiera replicar o usar la fuerza de sus palabras para desarmar su silencio, el teléfono que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta comenzó a vibrar con un zumbido violento. El identificador de pantalla mostraba la señal prioritaria del canal táctico de la agencia. Era Logan.

Matt descolgó de inmediato, conectando el auricular.

—Dime, Logan.

—Matt, tenemos una emergencia de la hostia en el ala oeste —la voz de Logan llegó limpia, desprovista del habitual tono calmado—. Estaba cubriendo el rincón de los contenedores de basura, donde encontramos las colillas esta mañana, esperando que el tipo asomara la nariz. De repente, la puerta trasera del tráiler se abrió.

Matt frunció el ceño, mirando el reloj del salpicadero del coche. No habían pasado ni diez minutos desde que la había dejado en la cama.

—¿Sheila? La dejé descansando, Logan. Estaba exhausta.

—Pues tiene un chute de adrenalina demente, hermano —replicó Logan, y de fondo se escuchó el ruido de sus botas corriendo sobre la grava—. Salió como una exhalación. Tenía el rostro

desencajado, los ojos fijos en la nada. Intenté cortarle el paso en el pasillo entre los camiones, pero me esquivó como si fuera un fantasma. Se subió directo a uno de los vehículos de la productora, el SUV negro de iluminación que siempre dejan con las llaves puestas cerca de las carpas de los técnicos. Arrancó quemando rueda, Matt. Me paré delante para obligarla a frenar, pero la tía no iba a detenerse. Me habría pasado por encima si no me tiro a la zanja. Se ha marchado del set.

—¡Mierda! —bramó Matt, golpeando el salpicadero con el puño—. Está en pleno colapso emocional y con la química del cuerpo vuelta loca. No está en condiciones de conducir un puto triciclo, Logan, mucho menos un SUV.

—Salió disparada hacia la autopista —continuó Logan, jadeando por la carrera—. Tienes que moverte, Matt. No sé a dónde coño va, pero en ese estado es un peligro público, y si el acosador la ve salir así, la va a cazar en cinco minutos.

Matt cortó la comunicación con un movimiento brusco y se giró hacia Taylor, que ya no lloraba; el modo de crisis profesional le había borrado las lágrimas de la cara en un segundo, sustituyéndolas por una palidez de espanto.

—Se ha ido —dijo Matt, con la voz helada—. Tenemos que movernos ya.

CAPÍTULO 21

El sudor le corría a raudales y se pegaba a la camiseta de tirantes. Este maldito desierto. Tenía las manos pegadas al volante del SUV, apretando el cuero con tanta fuerza que los tendones de las muñecas le sobresalían como cuerdas tensas.

Su mente era un hervidero de imágenes distorsionadas que cambiaban al ritmo de las luces de los postes de la autopista. La mirada de Matt sobre ella, sus caricias y sus palabras. Las bonitas, pero también las que decían que quería a Taylor. La expresión de su hermana al escuchar lo del vecino y lo ocurrido en Maine.

Además, su cuerpo pasándole factura por sus malas decisiones. La abstinencia la estaba partiendo; sentía calambres punzantes en las pantorrillas, un temblor espasmódico en los párpados y una náusea ácida que le subía por la garganta cada vez que parpadeaba.

Había huido. Había escapado de la gente que la protegía, de la red de seguridad que le impedía caer al abismo. En su cabeza, el cóctel de celos, rabia y el terror visceral a ser abandonada, a perder lo único que sentía real y limpio, que era como veía a Matt, la había empujado a una decisión frenética más.

Quería huir de Taylor, de la culpa que vio en sus ojos, del recordatorio viviente de su infancia rota. Pero el destino, con una ironía macabra, la había traído en línea recta a las estaciones de su propio pasado.

Aparcó el SUV de mala manera, cruzado entre dos líneas blancas del estacionamiento semi vacío de la gasolinera de veinticuatro horas. Las luces de neón amarillas y rosas de la tienda Donut Hole parpadeaban con un zumbido eléctrico que le aumentó la migraña.

Se bajó del coche descalza, sintiendo el asfalto frío y rugoso bajo las plantas de los pies. Había huido descalza. Si algún paparazzi la viera tendría la fotografía del año. No le importaba.

Entró a la tienda con la mirada perdida, compró la caja de rosquillas glaseadas agradeciendo haber traído su tarjeta. Al menos no estaría sin un duro y, cuando lo decidiera, podría conseguir algún motel de mala muerte. O una farmacia con un dependiente corrupto o permeable. Si, tal vez hiciera eso, pensó. Lo que encontrara primero.

Regresó a la sombra del vehículo. Necesitaba el azúcar, el olor a vainilla barata, cualquier anclaje de cuando era una niña y el mundo no estaba infectado. Se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra el lateral metálico.

Abrió la caja con dedos torpes y se apresuró a morder un trozo de masa dulce con ansias, aunque el glaseado le supo a plástico. No podía tragar. Soltó la caja, dejando que las rosquillas se desparramaran por el suelo y escondió el rostro entre las manos, rompiendo a llorar con un llanto silencioso y quebrado.

—Vaya, vaya... Miren a quién tenemos aquí. La pequeña Sheila. Oh, me disculpo, es cierto. Esta es la importante Morozova. Aunque no lo parece tanto hoy.

El tono arrastrado, rasposo e impregnado de familiaridad siniestra encendió campanas de alerta en su cerebro. Se puso en pie de un salto apoyando las manos contra la chapa del coche para no caerse.

De entre las sombras una silueta delgada avanzó despacio hacia ella. Vestía una chaqueta de cuero vieja y agrietada y una gorra oscura que le tapaba la frente. Al enfocarlo bajo el destello intermitente del neón rosa, la mente de Sheila sufrió un violento viaje hacia atrás.

Una cocina oscura que olía a cerveza barata y a marihuana. Ella llorando en un rincón porque su madre había vuelto a gritarle al teléfono y Henry... Henry estaba allí. Alto, seguro, con esa sonrisa de suficiencia que a ella le pareció un escudo contra el mundo. Le parecía guapo entonces. La había tomado de la mano y le había prometido que la sacaría de ese pueblo miserable, que con él no sería invisible.

Lo había visto como una salvación divina. Había creído amarlo con la desesperación de quien se está ahogando y se aferra a un

salvavidas. Había firmado su propia sentencia por un par de palabras dulces en un coche destartado.

La realidad regresó de golpe al estacionamiento de la gasolinera, golpeándola como un puñetazo. Miró al hombre que tenía enfrente y el shock fue brutal. El Henry de su memoria, del que creyó estar enamorada, ya no existía. En su lugar había una sombra.

El deterioro físico provocado por años en una prisión federal era evidente: la piel se le pegaba a los pómulos, tenía arrugas prematuras alrededor de unos ojos hundidos y sin brillo, y los hombros se le vencían hacia delante.

Pero la sonrisa seguía siendo la misma. Esa sonrisa retorcida que mostraba unos dientes desparejos y que destilaba crueldad. El terror le secó la garganta.

La había jodido bien. La magnitud de su estupidez era monumental. Por culpa de sus celos, por su miedo histérico a quedarse sola, había huido de Matt, de Taylor. Se había entregado en bandeja de plata.

Sus complejas emociones la habían traído en línea recta a las manos de este hombre, otra vez.

Henry se detuvo a tres metros de ella. En la mano derecha sostenía una navaja corta, un filo metálico que reflejó el neón de la tienda.

—Te lo juré en la sala de vistas, muñeca —susurró, dándole una vuelta al arma entre los dedos—. Juré que cuando saliera de esa jaula en la que me metiste por tu maldita delación, vendría a cobrarme la factura. Te has vuelto muy rica, Natasha Morozova. Muy famosa. Pero sigues siendo la misma perra asustada que compartía mi colchón en Bangor. Es hora de volver a congelarnos juntos, Sheila. Y esta vez no hay ningún fiscal federal para salvarte la vida.

+++

Henry había estado saboreando el regusto amargo del tabaco barato mientras mantenía el motor de su coche encendido a un lado de la carretera secundaria, con las luces apagadas. Había pasado las

últimas horas dando vueltas alrededor del set de filmación, midiendo las distancias, maldiciendo entre dientes cada vez que divisaba la silueta del guardaespaldas grandote de la camiseta negra.

Ese tipo y el otro que merodeaba con cables se movían con la precisión de profesionales y Henry sabía que si intentaba acercarse al tráiler terminaría preso o golpeado antes de poder parpadear.

Estaba buscando una grieta, un maldito descuido para deslizarse entre el perímetro sin ser visto, cuando la suerte le había estallado en la cara. El SUV negro había salido del set quemando rueda, zigzagueando por la grava como si el conductor hubiera perdido la cabeza.

Cuando el vehículo pasó, Henry reconoció el perfil rubio de Sheila a través del cristal. Fue un regalo del destino. Una puta bendición de la calle. Sin pensarlo dos veces había metido la marcha y la siguió a una distancia prudencial, mirando en su retrovisor esperando que los guardaespaldas aparecieran. Nada.

No podía creer su puta suerte. La vio desviarse hacia la estación de servicio de la ruta 9. La vio bajarse del coche. A través del parabrisas de su auto, Henry se regodeó en el espectáculo. Estaba trastornada, descalza, con el pelo revuelto y los hombros sacudidos por los espasmos del llanto.

Pero seguía siendo hermosa. Jodidamente hermosa. Tenía esa piel perfecta y ese cuerpo de catálogo que ahora decoraba las vallas publicitarias del país, la misma carne que él había poseído cuando no era nadie.

Su venganza estaba ahí, a la mano, tan cerca que podía olerla mezclada con el aroma a combustible de los surtidores. Salió de su coche sin hacer ruido y avanzó por el lateral del almacén de neumáticos, saboreando el miedo y la desesperanza que se pintaron en la mirada de Sheila en cuanto escuchó su voz.

Al verla encogerse contra la chapa del SUV sintió una oleada de poder que le recorrió las venas, un subidón más fuerte que cualquier droga que hubiera vendido en Maine. Se sintió el rey del mundo.

¿Esta es la estrella que tantos adoran? ¿Esta es la diva intocable que mueve millones en la televisión? Mírala. Era una

criatura patética reducida a escombros en un estacionamiento mugriento.

Se iba a encargar de quebrarla por completo, de romper la fachada de Natasha Morozova pieza por pieza hasta que no quedara nada. Tal vez, después de divertirse un rato y rajarle esa carita de millones, usaría su propio teléfono para postear algo en sus malditas redes sociales oficiales.

Una foto de ella en el suelo, rota, sangrando sobre el asfalto, para mostrarle a todos sus malditos seguidores que la gran diva de la pantalla no era más que basura de la calle. Su basura.

Henry dio un paso más al frente, levantando el filo de la navaja de cara al neón rosa, disfrutando del sonido del llanto ahogado que Sheila no pudo contener.

—Se terminaron los focos, muñeca —sonrió Henry, enseñando los dientes—. Ahora estamos solo tú y yo.

CAPÍTULO 22

El habitáculo del coche de la agencia Pipen era una caja de presión en absoluto silencio, roto por el zumbido sordo del motor forzado al límite y el siseo de los neumáticos devorando el asfalto de la autopista.

Logan mantenía ambas manos fijas en el volante, con la mirada afilada y rígida sobre la carretera, mientras Matt, en el asiento del copiloto, dictaba instrucciones escuetas, espaciadas por indicaciones de coordenadas.

Iba pegado al teléfono, con los ojos fijos en la pantalla de la tableta donde el localizador GPS del SUV de la productora marcaba un punto estático en mitad de la nada. Ninguno de los dos hablaba. La tensión de Matt era tan evidente que Logan ni siquiera intentaba romper el hielo.

Cuando Logan derrapó levemente sobre la grava del estacionamiento de la gasolinera de veinticuatro horas, las luces de neón amarillas y rosas de la tienda parpadearon sobre el parabrisas. Matt abrió la puerta antes de que el coche se detuviera por completo.

La primera bofetada de realidad fue un jarro de agua fría: el coche negro de la productora estaba allí, cruzado entre líneas blancas, pero estaba vacío. Matt se acercó al vehículo con el arma corta ya floja en la cartuchera de la axila. Nada. ¡Mierda! Por un instante había tenido la ilusión de encontrarla dormida en el asiento.

—¡Joder! —gruñó, girándose hacia la tienda de conveniencia con pasos largos y urgentes.

Cada minuto que Sheila pasaba sola era uno que podía ir jodidamente mal. Estaba en restricción de químicos, con las emociones descontroladas, sola. Matt espantó la convicción de que él no había ayudado. No debido dejarla sola, debió... Resopló y cruzó el umbral haciendo sonar la campanilla.

Detrás del mostrador, un dependiente joven con el uniforme de la gasolinera lo miró con una desidia insufrible, y bajó los ojos de vuelta a la pantalla de su móvil, con una mueca aburrida que a Matt le encendió la sangre.

Llegó al mostrador y descargó el puño cerrado sobre la formica con un golpe seco que hizo saltar el exhibidor de encendedores y los caramelos.

—¡Mírame! —rugió Matt, invadiendo el espacio del tipo, con las venas del cuello gruesas como sogas—. ¡Necesito ver las grabaciones de seguridad ahora mismo!

El empleado palideció y dio un paso atrás asustado por la envergadura y la furia que emanaba del hombre de la camiseta negra. Antes de que Matt perdiera los estribos por completo y saltara el mostrador, Logan intervino.

Puso una mano firme en el hombro de su compañero empujándolo un par de centímetros hacia atrás con suavidad, pero con la rigidez necesaria para frenarlo.

—Matt, déjame esto a mí —ordenó manteniendo la voz baja, calmada, el tono exacto del profesional que sabe cómo desescalar la situación para obtener lo que busca. Logan miró al dependiente, entornando los ojos bajo la visera de su gorra—. Disculpa los modos, pero mi compañero está muy alterado porque su... —Logan miró a Matt de reojo—. Buscamos a una mujer. Puede estar en grave riesgo. Mira la foto —le puso el teléfono adelante y el dependiente se acercó con renuencia, sin perder vista de Matt—. Sabemos que estuvo aquí, su auto está ahí afuera.

—Mmm —El joven asintió y luego parpadeó—. Joder, esa.... ¿Es esa Natasha...? ¡Hostia puta! No la reconocí... Pero sí, sí, compró rosquillas. ¡Soy un gilipollas! —se lamentó.

Matt se adelantó otra vez y Logan lo fulminó con la mirada.

—¿No viste adónde se fue?

—Nah, hombre, estaba jugando Call of Duty.

—Necesitamos acceso a las cámaras.

El joven parpadeó y se lo vio inseguro.

—No lo sé. Mi jefe... De todos modos hay varias que son de coña. Solo funciona una de afuera, la que da a los surtidores. Pero

no tengo autorización.

—¿Quieres ser responsable de lo que pueda pasarle a esta mujer? —dijo Logan, su voz filosa.

El joven sacudió su cabeza con vehemencia.

—Debemos llamar a la policía.

—Eso haremos, pero antes queremos ver las cámaras para adelantarnos a cualquier problema.

El chico tragó saliva, asintiendo con la cabeza de forma espasmódica, y giró un monitor pequeño que estaba debajo de la caja registradora, tecleando un código rápido.

—Ahí... ahí está el exterior de la zona de neumáticos.

Matt vino al lado de Logan al instante y miró la pantalla con la respiración entrecortada. El despliegue de las imágenes en blanco y negro le atravesó el pecho con la fuerza de una bayoneta.

En la grabación se veía el SUV estacionar. Luego, la silueta descalza de Sheila bajando del vehículo, con los hombros sacudidos por un llanto que la distorsión del vídeo no lograba ocultar.

El ángulo indicaba que venía al quiosco. A los pocos minutos se la veía caminar hacia el vehículo, sentarse en el asfalto y abrir una caja de rosquillas con dedos torpes.

Y entonces, vieron al tipo avanzando. Logan se inclinó adelante y Matt hizo lo mismo, pero con el pecho como un tambor. La actitud, el paso... Era malas noticias. Matt vio cómo en una película de pesadilla como se acercaba, hablaba y la acorralaba.

El destello metálico del arma blanca en su mano fue inconfundible. Tras un intercambio de palabras que dejó a Sheila paralizada, la arrastraba por el brazo hacia la zona trasera del estacionamiento.

Con la garganta cerrada y la mente en negación Matt vio un sedán familiar desgastado que salía de la gasolinera con Sheila en el asiento del copiloto. Frente a la pantalla, las emociones de Matt sufrieron un cortocircuito brutal. La visión de Sheila indefensa, descalza y a merced de ese malnacido activó un resorte oscuro que estaba fresco en su memoria. Demasiado.

El estacionamiento polvoriento de la gasolinera se desvaneció, sustituido por el recuerdo del pánico de saber que Isabel había

desaparecido. Igual que aquella vez, en esta no pudo hacer nada.

Ese dolor primario, esa impotencia absoluta le estalló en el pecho al comprender que la historia se estaba repitiendo. Estaba pasando otra vez. Perdía a alguien que le importaba.

Se quedó sin aire, apoyando ambas manos en el borde del mostrador, con la mirada fija en el monitor parpadeante, sintiendo que el suelo se le movía. Logan le soltó un golpe seco, firme, con la palma de la mano en mitad de la espalda, un impacto físico diseñado para devolverlo al presente.

—Matt, mírame —le exigió Logan, agarrándolo por la nuca con fuerza, obligándolo a romper el trance—. Recomponete, joder. Te necesito lúcido. El pánico no la va a sacar de ese coche. Vamos a cazar a ese hijo de puta, pero te necesito al cien por cien. Muévete.

Matt parpadeó, tragándose el nudo de bilis que le subía por la garganta. El instinto militar sustituyó al shock. Asintió una sola vez, estirando los hombros.

—Sí, sí. Ya pasó, estoy bien. Vamos.

No era tiempo de perderse en lamentos, remordimientos o culpa. Era tiempo de buscar, de perseguir, de encontrar. Salieron a la carrera hacia el coche de la agencia, no sin antes pedirle al dependiente que llamara a la policía y diera cuenta de lo que había pasado, detallando que ambos pertenecían a una agencia de seguridad.

Scott tendría que intervenir con ellos para responder eventuales preguntas. Matt conectó el canal prioritario con la central de la agencia.

—¡Louie! —casi gritó por el manos libres en cuanto Logan puso el motor en marcha, saliendo del estacionamiento hacia la autopista—. Tengo el vídeo de la gasolinera de la ruta 9. Shei... Natasha fue interceptada por un sospechoso se la llevó en un sedán familiar antiguo, color oscuro. El coche salió en dirección norte por la interestatal. Te envío el video para que mejores la visual de la matrícula. Louie, haz tu magia —su voz sonó a ruego—. Métete en la red de tránsito del estado. Rastrea esa placa, cruza los peajes automáticos...

—Lo haré, Matt —la voz del hacker llegó envuelta en el tecleo rápido, pero sonó convincente y humana, preocupada. Louie era colega, pero también amigo—. Dame unos minutos.

El silencio cubrió el vehículo, pero Matt estalló.

—¡Putra mierda! Esto no debía pasar... Debí...

Su teléfono vibró de nuevo y se apuró a tomarlo. Joder. Era Taylor. Matt descolgó el auricular, forzándose a modular el tono. Tay quedó atrás en el desierto, muerta de inquietud por su hermana a pesar de la feroz pelea entre ellas.

Y él tenía que decirle que la habían secuestrado.

—Taylor —la rigidez de su voz se suavizó de inmediato adoptando ese matiz protector y cálido que guardaba solo para ella.

—Matt, ¿ya la encontraste?

Sonaba enferma de preocupación. Sacudió su cabeza.

—No, no todavía —evaluó rápido si decirle o no. Decidió que no podía mentir—. Escúchame. Encontramos el SUV de producción en la gasolinera. Está vacío. Un tipo la interceptó allí y se la llevó en otro vehículo.

Escuchó el gemido ahogado de Taylor al otro lado, un siseo de terror puro.

—¿Se la llevó? Oh, Dios, Matt... Tiene que ser el acosador. ¡Por favor, tienes que encontrarla, Matt! No la dejes sola, te lo ruego...

—Vamos en ruta detrás de ellos, Taylor. La Agencia tiene sus recursos en esto, la encontraremos —le aseguró con una firmeza que buscaba inyectarle la calma que a él le faltaba—. No está sola. Ese bastardo no va a salirse con la suya. Necesito que te mantengas firme en el set, Taylor. Gestiona al director, diles que Sheila tuvo una descompensación médica por el estrés y que la agencia Pipen la trasladó a un centro médico privado. Mantén a los periodistas alejados. Mantente firme, cariño, la voy a traer de vuelta. Te llamo en cuanto la tenga en mis brazos.

Cortó la comunicación tras escuchar el asentimiento quedo. Clavó los ojos en el mapa digital de la tableta que empezaba a cargarse con las líneas verdes de la red de tránsito. Logan soltó un

largo suspiro a su lado, relajando apenas la presión sobre el volante, aunque su perfil seguía alerta.

—¿Qué está pasando contigo, hermano? —preguntó su compañero, nunca de los que perdía tiempo con vueltas—. Te conozco desde hace años, Matt. Te he visto mantener la calma con tíos apuntándote al pecho con una automática. Pero estás al borde... Y no me digas que es preocupación por una cliente y las emociones de su hermana.

Matt desvió la mirada hacia la ventanilla, contemplando cómo los árboles de la cuneta se convertían en borrones oscuros bajo la noche. Un sonrojo imperceptible le subió por el cuello, una oleada de calor que le resultó violenta.

Inspiró hondo y soltó un suspiro largo, un aire pesado que arrastraba toda la fatiga emocional de los últimos días.

—Es complicado, Logan. Joder, es muy complicado.

—A mí no me suena a complicado, Matt. Me suena a trío —replicó Logan sin endulzar su pensar—. Y en nuestro trabajo, las matemáticas de tres nunca terminan bien. Esa mujer, Natasha, es una bomba de relojería. Es caprichosa, tiene un historial del carajo y arrastra una toxicidad que te puede hundir. Además de que se arrojó directo a la boca del lobo.

—No la conoces —la defensa de Matt brotó en el acto, encendida por una pasión repentina que le endureció el gesto de nuevo—. Sheila... Ese es su nombre real. No es la fachada que vende en la televisión, Logan. No tienes idea de lo que ha tenido que soportar para llegar a donde está. Está rota, sí. Ha cometido errores de mierda y las pastillas le han podrido la estabilidad, pero tiene un corazón que le desborda del pecho cuando se despoja de la máscara. No voy a dejar que ese bastardo la toque. Ni a ella, ni a Taylor.

Logan palmeó el borde del salpicadero, cerrando el asunto con un asentimiento respetuoso.

—No te estoy juzgando, Matt. Solo necesito saber que tienes la cabeza fría para lo que viene. Si dices que vas a por las dos, voy contigo. Y los demás, lo sabes. Pero no te ciegues.

El sonido del teléfono los alertó. Era Louie.

—El sedán acaba de saltar en una cámara de tráfico de la salida 14, cerca de un área de moteles. Se desvió de la interestatal. Les envió la ubicación exacta en el GPS.

Matt apretó el puño, sintiendo el subidón de la adrenalina pura.

—Acelera, Logan —ordenó, con los ojos fijos en el mapa digital que empezaba a parpadear en verde—. Vamos a por ella.

+++

El tintineo metálico de las esposas contra el cabecero de hierro de la cama era el único sonido que competía con el zumbido asmático del aparato de calefacción del motel.

Sheila parpadeó, sintiendo que la bruma pastosa comenzaba a retirarse de su cerebro, sustituida por un frío analítico. Su mente, entumecida hacía una hora por el terror elemental de volver a ver a Henry, empezaba a enfriarse, a recuperar la lucidez de la supervivencia.

Miró a su alrededor. La habitación era un puto asco. Henry la había arrastrado al interior de este tugurio de carretera tras pagar en metálico a un recepcionista indiferente.

Tenía la muñeca derecha sujeta al barrote oxidado con unos grilletes que le mordían la piel a cada movimiento. Estaba descalza, con el dobladillo de la camiseta de tirantes rasgado y las piernas cubiertas de una fina capa de polvo del estacionamiento.

Estás sola, Sheila. Volviste a cagarla.

Una parte de su mente, la parte cobarde que se había alimentado de ansiolíticos durante los últimos años, le susurró que se rindiera, que Henry la conocía demasiado bien y que no tenía ninguna oportunidad contra el filo de su navaja.

Pero esa voz empezaba a perder fuerza en favor de su costado resileente, la de la mujer que había crecido bajo el escrutinio de millones de personas, la que había aprendido a moldear su cuerpo y su carácter para convertirse en una fuerza imbatible en la pantalla.

Ya no era la muchacha desnutrida de diecisiete años que pasaba hambre en las pensiones de Maine. Había entrenado, era potente, sus músculos tenían memoria y su instinto de sobreviviente, el mismo que la había hecho mantenerse firme en el estrado de la fiscalía federal, eligió resistir.

No iba a dejarse quebrar en una habitación de mala muerte. Taylor y Matt no la iban a abandonar. Esa certeza le llegó como una revelación limpia en mitad de la oscuridad.

No importaban los gritos del tráiler, ni el veneno que le había escupido a su hermana por culpa de los celos. Taylor la amaba con esa terquedad silenciosa que la definía; vendría a buscarla aunque tuviera que levantar cada piedra del estado.

¿Y Matt? Sheila se cuestionó por qué sentía una seguridad tan absoluta respecto al guardaespaldas de la agencia Pipen. No era solo porque fuera su trabajo. Eran las frases que él le había dicho durante el tiempo que había estado a su lado, palabras dulces que se enredaban en la pasión de las noches oscuras, promesas que Matt le había susurrado al oído cuando la cuidaba durante la primera noche de desintoxicación, sosteniéndole la cabeza mientras ella temblaba y vomitaba bilis.

O aquella tarde en el set, cuando él se había tirado al pozo por ella mientras los demás miraban o gritaban. Esos ojos negros cargados de una promesa de lealtad incondicional. «No estás sola, Shei. Te tengo». Esas palabras eran reales. Matt vendría.

La puerta del baño se abrió y Henry salió. Sheila desmesuró sus ojos con shock. Venía desnudo, con la piel pálida cubierta de tatuajes carcelarios borrosos y una toalla gris colgada del cuello.

Al verlo así, desprovisto de la ropa que disimulaba su delgadez enfermiza, la invadió una oleada de asco profundo. El hombre que una vez le pareció un dios protector ahora no era más que un despojo miserable con una sonrisa que mostraba los dientes gastados mientras se reía de su cautiverio.

—Mírate, Natasha —se mofó Henry, arrastrando las palabras con una suficiencia asquerosa—. Toda una reina de la televisión, esposada a una cama de veinte dólares la noche.

El tipo caminó hacia la mesa auxiliar, sacó una pequeña bolsa de plástico del bolsillo de su chaqueta de cuero y vertió un polvo blanco sobre la madera astillada. Con la hoja de la navaja, alineó la droga con movimientos mecánicos, rápidos. Se inclinó y aspiró una línea larga, soltando un bufido de satisfacción mientras el efecto del estimulante le encendía las pupilas volviéndolas más dementes.

—Vamos a recordar los viejos tiempos, muñeca —dijo, agarrando la navaja y caminando hacia la cama con paso errático, el filo apuntando al rostro de Sheila—. Vas a pedirme perdón por cada año que pasé en esa jaula.

Henry se subió a la cama intentando forzarla, usando su peso para aplastarle las piernas mientras levantaba el brazo armado para intimidarla. El disgusto se transformó en una rabia purificadora en la sangre de Sheila.

Esperó el segundo exacto, midiendo la distancia con el ojo de una cazadora. Cuando Henry se inclinó sobre ella, lanzando un insulto salivado, Sheila utilizó su pierna libre con una fuerza brutal, conectando un rodillazo limpio en la entrepierna del tipo.

Henry soltó un alarido ahogado, perdiendo el equilibrio. Aprovechando el espasmo de dolor del hombre, Sheila estiró el cuerpo al límite que el grillete le permitía y le enredó las piernas alrededor del cuello en una llave de tijera desesperada, apretando los muslos con toda la potencia física que había acumulado en sus años de entrenamiento.

Henry pataleó, asfixiándose, el rostro poniéndosele de un color púrpura violento mientras intentaba clavar la navaja a ciegas. Sheila apretó más, sin importarle el roce feroz del metal en su piel. Una, dos veces, la cortó. La sangre fluyó, pero ella no aflojó.

Apretó, forzando sus abductores, sus aductores, su pelvis, insuflando ira salvaje y recuerdos odiosos al ataque. Su mano libre lo tomó del cabello y tironeó sin piedad, mientras sus dientes mordían la oreja de Henry como un predador.

Los alaridos de dolor la enervaron y cuando los dedos de Henry perdieron fuerza y la navaja cayó sobre las sábanas, la perspectiva del triunfo la hizo gritar de júbilo. Con un movimiento

rápido de su mano libre barrió el arma lejos de la cama, desarmándolo por completo.

El movimiento aflojó el agarre y Henry cayó de lado en el suelo, jadeando, buscando aire, mientras Sheila, frenética, con la muñeca ensangrentada por la fricción del metal, pretendía zafarse del barrote, buscando cualquier objeto en la mesilla para forzar la cerradura del grillete. El corazón le latía a mil por hora en las orejas.

Tenía que aprovechar el ataque, la debilidad. Era urgente, tenía que soltarse. Entonces, la puerta de la habitación estalló. La madera del marco se astilló con un estruendo ensordecedor cuando una bota la reventó desde el exterior.

La figura imponente de Matt irrumpió en el habitáculo como un camión de mercancías, con la pistola al frente y los ojos oscuros inyectados en furia, seguido de cerca por la silueta alerta de otro hombre igual de grande.

El rescate había llegado. Un sonido ahogado de alivio, mezcla de llanto y gemido, se escapó de su boca. Estaba viva. Matt estaba aquí.

CAPÍTULO 23

La puerta de chapa y madera aglomerada no ofreció resistencia frente al impacto de la bota militar y se astilló con un estruendo que liberó al instante un olor rancio a encierro, humedad, sudor y tabaco viejo.

Matt entró a la habitación del motel con el arma al frente, el cañón barriendo el espacio en un arco limpio, con la adrenalina quemándome la garganta y los ojos inyectados en una furia que llevaba conteniendo desde que Louie dio con la ubicación en el mapa.

Lo único que había tenido en la cabeza durante el maldito trayecto de carretera, ignorando los límites de velocidad y los semáforos, era la imagen de Sheila rota en un rincón por culpa del hijo de perra que la había consumido en el pasado y pretendía destrozarla hoy.

Lo que vio en el centro de la habitación le detuvo el corazón por un milisegundo, transformando el pánico en asombro. El acosador y raptor estaba en el suelo, desnudo, de rodillas, jadeando de forma espasmódica y agarrándose el cuello con ambas manos mientras intentaba recuperar el oxígeno con desesperación .

Sheila estaba sobre el colchón luchando con una muñeca esposada al cabecero de hierro y la camiseta rota. Pero sus ojos dilatados no reflejaban la derrota de una víctima.

Eran dos focos de puro instinto de supervivencia. Era obvio que había peleado y había ganado.

—¡Al suelo, bastardo! ¡No te muevas o te vuelo la tapa de los sesos! —rugió Logan, pasándole a Matt por el flanco como un torbellino.

Con la frialdad táctica que lo caracterizaba Logan plantó la bota en la nuca a Henry hundiéndole la cara contra la alfombra mugrienta y le calzó las esposas en la espalda con un chasquido seco.

Matt guardó la pistola en la cartuchera de la axila de un solo movimiento y se lanzó hacia la cama, las rodillas golpeando el borde del colchón. Se le cayó el alma al suelo al ver el cerco de sangre que el metal del grillete había dejado en la muñeca derecha de Sheila, pero la alarma se multiplicó cuando sus ojos barrieron el resto de su cuerpo.

La lucha física había sido encarnizada; la navaja de Henry había alcanzado a rasgar la piel de las piernas de Sheila dejando varios cortes finos que sangraban de manera constante tiñendo de rojo la colcha y sus muslos desnudos.

Preocupación y un pánico que no tenían nada que ver con los manuales de seguridad encendió a Matt por dentro.

—Shei... ¡joder, Shei! —la llamó, y la voz le salió rota, desprovista de cualquier distancia profesional.

Extendió las manos y comenzó a revisarla con urgencia cargada de delicadeza reverencial, como si temiera romperla. Sus dedos temblaron al rozar los bordes de las heridas de las piernas, evaluando la profundidad de los cortes mientras la sangre le manchaba las yemas.

El alivio de encontrarla entera, respirando y con esa llama salvaje encendida en las pupilas le inundó el pecho de una forma tan violenta que le costó respirar. Agarró las llaves universales de su cinturón táctico, abrió la cerradura de la esposa de un solo movimiento limpio y arrojó el metal viejo contra la pared.

De inmediato, la izó en vilo y la cargó contra su pecho, acomodando su cuerpo herido con cuidado.

—Hay movimiento afuera, Matt. La policía del condado viene en camino, escucho las sirenas —advirtió Logan, manteniendo la rodilla sobre la espalda baja de Henry—. Y los clientes del motel están saliendo a los pasillos con los teléfonos en la mano. No pasará dos minutos que la reconozcan y esto se vuelva un caos de medios.

Matt maldijo entre dientes apretando a Sheila contra su cuerpo con posesión irracional. El destello azul y rojo de las patrullas ya empezaba a rebotar contra las ventanas del motel.

No podía permitir que la imagen de Natasha Morozova descalza, sangrando, con la ropa rasgada y arrastrando las secuelas

de una crisis de abstinencia terminara en las redes sociales de cualquier camionero de paso. Sería el fin de su carrera y el combustible perfecto para los tabloides.

Con gestos rápidos y cargados de cuidado meticuloso la envolvió por completo en una manta, ocultándola de las miradas curiosas. Le colocó sus propios lentes negros de aviador para tapar sus ojos hinchados y, manteniéndola pegada a sí, la sacó del habitáculo protegiéndola de los teléfonos móviles que ya apuntaban desde los pasillos exteriores. Caminó con paso implacable, usándose como un escudo humano.

Las patrullas locales y una ambulancia del condado acababan de frenar en el estacionamiento, levantando polvo. Matt interceptó a los paramédicos y a los oficiales con Sheila en brazos y antes de que le dijeran nada, afirmó:

—Es la víctima y está herida, pero no voy a dejar que la expongan aquí —le exigió al sargento a cargo, mostrando su credencial mientras avanzaba a la ambulancia y, sin prestar atención a los paramédicos, se colaba en el vehículo médico—. Sus heridas de arma blanca necesitan atención inmediata, pero las cámaras de los civiles van a armar un circo. Que no se acerquen —demandó al oficial, que asintió con reserva.

Los que siguieron fueron los treinta minutos más largos que recordaba, porque su instinto le gritaba que la sacara de allí al instante. Con ojo de águila observó trabajar a los dos paramédicos y cuando las heridas estuvieron vendadas, volvió a cubrirla.

—Señor Vargas, tenemos que hablar con ella —demandó el policía a cargo desde la boca de la ambulancia—. Su compañero nos explicó la situación y el perpetrador está en custodia. Pero necesitamos el testimonio de la víctima.

—Lo tendrán cuando esté resguardada —respondió Matt con irritación, pero la mano de Sheila en su brazo lo contuvo.

La mujer desplegó una sonrisa cansada que, así y todo, iluminó a Matt. Ella estaba bien. Sacudida, pero estaría bien.

—Oficial, espero que entienda. He pasado una situación... No puedo describirlo. Quiero testificar, me urge que ese monstruo reciba lo que se merece. Pero entienda, estoy expuesta. Soy Natasha

Morozova y cualquier noticia sobre mi es tendencia. Lo digo sin vanidad, créame, nada me gustaría mas que poder hablar sin reparos. ¿Podría tomarme declaración en un hotel de la ciudad?

El hombre la miró y asintió y con esto, Matt se aflojó. Eso les daba tranquilidad y blindaje contra la prensa y el ruido exterior. Su mirada fue a ella y, muy lento, el alivio lo invadió y se sintió más liviano.

—Gracias, Matt... —susurró ella—. Gracias por venir, por salvarme.

—No podría ser de otro modo, Shei, cariño —respondió muy quedo y despejó su rostro de cabello y su pulgar pasó por sobre sus labios con suavidad—. Iría al maldito fin del mundo a buscarte.

+++

El momento en que los brazos de Matt la liberaron de las esposas y la levantaron fue el puntapié para que Sheila finalmente se permitiera dejar de existir como una fortaleza.

El cansancio acumulado, el dolor sordo de los cortes en sus piernas y la brutal descarga de adrenalina de la pelea se licuaron de golpe, dejándola en un estado de vulnerabilidad que no se había atrevido a mostrar a nadie.

Sentirse cargada por él, sentir la dureza de su pecho y la seguridad con la que se movía le trajo un alivio vasto que le sacudió el pecho. Con la cabeza apoyada en su hombro, Sheila valoraba cada uno de sus gestos con una lucidez flotante y conmovida.

Nadie en su jodida vida la había tocado con esa reverencia. Sus manos grandes, que hacía unos minutos sostenían un arma dispuesta a matar, ahora se movían sobre ella con unas caricias leves, casi temerosas de causarle más daño. Cuando Matt se inclinó y le dejó un beso corto y cálido en la frente mientras la acomodaba en la camilla, Sheila sintió que algo se le terminaba de romper por dentro, pero de una manera hermosa.

Este hombre era el adecuado. El perfecto. El único que no la miraba como a una mula para droga, una máquina de hacer dinero o como a un trofeo sexual desechable.

La curación de sus heridas, la protección de su intimidad contra las cámaras de móviles implacables, su obstinación frente a los oficiales le demostraban que Matt operaba en una liga distinta. Se sentía tan protegida que la paranoia que la había perseguido por años pareció disolverse en el trayecto al hotel.

De hecho, la baja de la adrenalina más el calmante suministrado por los paramédicos la sumieron en un agradable estado flotante. Mientras Matt terminaba de acomodarla en el lecho, dejó su teléfono sobre la mesilla de noche y activó el manos libres para comunicarse con el desierto.

Entonces se escuchó la voz de Taylor inundando el espacio y Sheila se quedó inmóvil, escuchando con los ojos fijos en el techo. Su hermana estaba al borde; reconoció su respiración entrecortada y su voz contenida que parecía desbordarse cada cuatro o cinco palabras.

Debía estar frenética, pensó, pero no tuvo ganas de hablarle para calmarla. Pequeñas y tontas venganzas.

—¿Matt? Por favor, dime que está bien... —suplicó Taylor—. ¿Qué ha pasado?

—Está a salvo, Taylor. Sheila está conmigo en un hotel —respondió Matt, y su voz cambió por completo, volviéndose suave, baja, tiñéndose de esa misma preocupación densa que Sheila le había escuchado en el tráiler—. Los médicos ya le limpiaron los cortes.

—¿Cortes? Oh, Dios, ¿es grave? Dime que...

—Está descansando. Está a salvo.

Un sollozo desarmado de puro alivio llegó a través del altavoz. Mmm. Esta Taylor al borde no se parecía en nada a la habitual nerd que lo dominaba todo, pensó Sheila. Arrugó el ceño y aguantó el deseo de decir algo. Lo que sea que saliera de su boca no iba a ser bueno, no. Su cabeza estaba más calma, pero su sangre estaba caliente.

—Gracias a Dios... Gracias, Matt. Dile que la quiero —dijo Taylor, y sus palabras llenaron la habitación cargadas de una urgencia filial que a Sheila le dio un vuelco en el estómago. Taylor, ella y las palabras de mutuo amor no solían habitar el mismo espacio

—. Dile que quiero que esté bien, por favor. Que no se preocupe por el set ni por el reality. Yo me voy a encargar de todo desde aquí, voy a gerenciar cada detalle con los productores. No va a haber un solo hater que pueda hablar una mierda en las redes sin que sea baneado y demandado en cinco minutos. Voy a blindar su nombre, Matt. Que solo se concentre en curarse.

Sheila dejó escapar un suspiro largo, cerrando los ojos contra la almohada. La furia y el veneno que le había escupido a su hermana en el tráiler parecieron evaporarse, sustituidos por una punzada de vergüenza y una profunda ternura.

Taylor no la odiaba. Taylor seguía siendo su escudo, la mujer que movía el mundo para que ella pudiera brillar.

Miró de reojo a Matt. El guardaespaldas hablaba con Tay de una manera tan dulce, tan atenta, que era evidente lo mucho que le importaba, lo preocupado que él también estaba por la estabilidad emocional de su hermana.

¿Qué implicaba esto para ella? Sheila se acomodó contra las sábanas limpias, sintiendo el peso de esa verdad. Curiosamente, la constatación de que Matt también quería a Taylor ya no le sonaba tan amenazante ni tan dolorosa como en mitad del desierto.

El miedo a ser desplazada seguía allí, pero después de ver a Matt reventar una puerta para salvarla y escuchar a Taylor romperse de alivio por el manos libres, Sheila entendió que el laberinto de los tres iba a ser una historia que tendrían que aprender a escribir juntos.

Pero esta noche había mucho que procesar. Se había salvado a sí misma, en gran parte, y por fin el frío de Maine se había terminado. Había otros fantasmas, pero ella podía. Ella podía.

CAPÍTULO 24

El vehículo de la agencia Pipen avanzó con un ronroneo pesado dejando atrás las luces de la autopista y los perfiles industriales de los barrios periféricos. Matt guió el coche con precisión por Boston, metiéndose por las avenidas arboladas hasta detenerse frente a la fachada imponente de un hotel elegante de cinco estrellas.

Era un coloso de piedra noble y cristales ahumados donde la discreción de los clientes se pagaba a precio de oro, y donde los empleados de etiqueta sabían mirar hacia otro lado. Scott Pipen se había asegurado de alquilar una suite a nombre de la agencia, con lo cual el anonimato se mantendría.

En este sentido venían muy bien ya que la rápida acción en el motel y la colaboración de los involucrados permitió que la agente de prensa de Sheila, Taylor y los productores del reality pudieran controlar la narrativa a favor de la estrella y del show.

Ahora, vestida en unos jeans, un sudadera básicas, lentes y pañuelo como turbante chic, Sheila era una mujer joven y bonita que podía pasar por alguien común, aunque su luz y su encanto, a los ojos comprometidos de Matt, eran innegables.

—Tengan una feliz estadía en el hotel. Estamos a las ordenes. ¿Recién casados? —inquirió el recepcionista, y ambos sonrieron sin comprometer respuesta.

—Diría que más bien somos amantes —dijo Sheila muy quedo y sonrió, moviendo sus cejas en un gesto ridículo que la hizo parecer desinhibida y juguetona, para delicia de Matt.

—No es que no me gustaría, pero creo que ese papel ya lo jugué, y voy por más —señaló mientras la miraba muy fijo, tanto que ella se ruborizó—. Joder, ¿quién es esta chica tímida?

—Deja que recupere la energía y verás como regresa mi postura de diva insoportable.

—No conmigo, espero.

Lo miró con ojos suaves y su mano fue a su mandíbula, que acarició con lentitud.

—No contigo, no.

La vida durante los dos días siguientes, se convirtió en una burbuja de aislamiento y marcó la fase final de la desintoxicación. Matt la apuntaló en lo emocional y lo físico, saliendo a correr con ella al amanecer, practicando los ejercicios de fuerza en tándem, apostando a la comida sana y los suplementos imprescindibles.

A la tranquilidad de su cabeza colaboró el trabajo de Taylor, quien hizo un trabajo magistral desde el set del desierto: mano a mano con el agente de Sheila, contuvieron los rumores, gerenciaron los nervios del director, de reality, y emitieron un comunicado oficial milimétrico sobre el «incidente de seguridad resuelto con éxito por las autoridades». Con ello mantuvieron a los paparazzis y a los reporteros de cotilleos alejados de la ubicación real del hotel.

Pero Sheila también se preparó para la inevitable fuga de información. La suite se llenó de bolsas de tiendas exclusivas que fueron entregadas en la puerta por botones silenciosos que se retiraban con una inclinación de cabeza: ropa deportiva de élite, vestidos de fiesta, lencería fina, zapatos de tacón y zapatillas de alto rendimiento.

Para el día seis, la estrella de la televisión había regresado con una fuerza renovada, una resiliencia que brotaba de sus propias cenizas. Sheila se decidió a aparecer en sus redes sociales, sentada en el sofá de terciopelo de la suite con el portátil en las rodillas.

Con la ayuda de las directrices estratégicas de su agente redactó una versión online de los hechos que incendió las plataformas digitales. Admitió con crudeza haber sido acosada por un peligro real de su juventud, agradeció con solemnidad el trabajo implacable de su equipo de seguridad y se mostró ante las cámaras como una sobreviviente fuerte, una mujer que ya no se dejaba amedrentar por los criminales del pasado. Sus palabras finales fueron virales:

—Fui una víctima de violencia que trabajó para superarse y siempre creí en mi fuerza interna. Pero mi resiliencia y mi amor propio me sostuvieron y me hicieron luchar. He vencido, estoy

renovada y no soy una víctima. Quienes, como yo, han sufrido acoso y sufrimiento, sepan que no hay que quebrarse. El entrenamiento, mi esfuerzo y la confianza en mi misma, además de la ayuda de buenas personas en mi camino, me pusieron aquí. Prometo ser mejor persona ahora que el miedo no existe. ¡Vamos!

La respuesta de sus millones de fans fue inmediata. Un fervor absoluto, una marea humana de fidelidad; los comentarios de apoyo, las declaraciones de admiración y los hashtags con su nombre se multiplicaron por miles en cuestión de horas, elevando su popularidad a niveles que nunca había alcanzado.

Matt estaba azorado por la inmediatez de las respuestas y como esto acallaba a las voces más críticas. Sheila estaba conmovida.

Entre ellos la intimidad se volvió doméstica. Matt no intentó nada hasta que Sheila hizo evidente su interés. El guardaespaldas vio crecer su fijación con ella y se confesaba enamorado, pero fue cauto.

No se perdonaría apurarla, y tampoco quería imponer una agenda que, tal vez, Sheila no compartiera. Tal vez por ello lo tomó por sorpresa la abierta seducción con la que ella lo arrinconó una de las nohceitas.

Sheila se levantó del sofá, dejando el portátil sobre la mesa de cristal con ruido. Vestía uno de los camisones de seda que habían llegado por la mañana, una prenda de un color verde esmeralda que le caía por los muslos como agua viva, contrastando de manera salvaje con el rubio encendido de su cabello suelto y la palidez ya recuperada de su piel.

Caminó hacia él con paso seductor, balanceando las caderas con cadencia deliberada, descalza sobre la alfombra de la suite.

Matt estaba de pie junto al gran ventanal de suelo a techo, contemplando el mar de luces de la ciudad. Sostenía un vaso de whisky en la mano derecha que ni siquiera había probado, y llevaba la camisa blanca entreabierta.

—Se terminó el trabajo por hoy, Matt —susurró Sheila, deteniéndose a solo unos centímetros de su pecho.

El aroma a vainilla de su jabón caro y la fragancia limpia de su piel le inundaron las fosas nasales. Sheila levantó las manos y apoyó las palmas sobre la camisa, abriendo los botones que restaban para dejar el pecho desnudo.

El latido potente, rítmico, del corazón de Matt se aceleró bajo su tacto.

—Muy bien, el mundo tiene mi versión de la historia. Ahora, quiero lo que me pertenece. Te necesito, Matt. —continuó ella, subiendo la mirada con las pupilas dilatadas por un fuego que encendía la yesca en Matt —. Necesito al hombre confiable y pasional, el que me ha hecho recuperar la fe en el género.

Matt dejó el vaso de whisky sobre la repisa de madera sin apartar los ojos de los suyos. Los ojos femeninos estaban velados por un hambre física y espiritual absoluta; era el deseo puro de la mujer que se sabía viva, que había derrotado a sus demonios y quería celebrarlo perdiéndose en el cuerpo del hombre que la hacía sentir a salvo.

—Shei, tienes que descansar. Tus piernas... tu muñeca todavía está vendada —intentó decir él, aunque su voz sonó como un rugido sordo, áspero, delatando que su propio control se estaba cayendo a pedazos.

—Mi muñeca está perfecta. Pero mi piel... Mis labios... Mi coño... Están secos, arden... Necesitan tu toque, tus besos, tu polla, Matt. Tu adoración —lo interrumpió ella, con un susurro seguro, pero debajo Matt leyó inseguridad.

Tomó las manos de Matt y las guió directamente hacia sus caderas, y él rompió la distancia de inmediato para sentir la textura resbaladiza de la seda verde y el calor abrasador de la piel que latía y temblaba justo debajo.

—Consúmeme, Matt. Hazme sentir que estoy aquí, viva, contigo.

—Oh, Shei... No tienes idea de lo que te deseo...

Matt no pudo contener el impulso por más tiempo. El arrepentimiento, las culpas familiares del tráiler y las dudas morales se disolvieron bajo la marea de una pasión visceral, una necesidad biológica que los arrastró a ambos hacia la inmensa cama king size.

La tomó por la cintura hincándole los dedos en la carne firme de los costados, izándola del suelo sin el menor esfuerzo mientras su boca caía sobre la de ella en un beso salvaje, húmedo, profundo, que le arrancó a Sheila un gemido ahogado.

Ella le enredó las piernas alrededor de la cadera en el acto, abriéndose para él con una urgencia desesperada, tiroteando de la camisa con ferocidad para dejarla en jirones. Sus uñas se clavaron en la espalda desnuda a medida que Matt la depositaba sobre las sábanas de hilo egipcio.

—Eres tan bella... —recitó él mientras su boca la empapaba desde el lóbulo de la oreja hasta el comienzo de los senos, su lengua jugando a dejar sendas, su boca tomando los pezones durísimos a través del encaje, succionando.

Fueron confusión de ropa rasgada, jadeos y respiraciones acopladas sobre la cama. Matt se deshizo de los pantalones con movimientos torpes, maldiciendo entre dientes por la prisa que le quemaba las venas, mientras Sheila tiraba del cuello de su camisa hasta terminar de arrancar los botones sobrantes.

Él era un hombre entrenado para resistir el dolor, la fatiga y las balas, pero frente a esta mujer era un maldito esclavo de los instintos; se hundía en ella con la consciencia de quien se tira a un precipicio sabiendo que no hay red abajo, rindiéndose por completo al magnetismo de la diva.

Le deslizó el camisón de seda esmeralda hacia abajo de los senos con una mano. Los globos aparecieron deliciosos y chupó con placer, mientras su otra mano amontonaba la tela verde de la falda alrededor de su cintura.

La luz que se filtraba por el ventanal iluminó la perfección de sus muslos entrenados, las vendas blancas que cubrían los cortes finos de la pelea y la línea curva de su vientre que subía y bajaba con una violencia hermosa. Matt se detuvo un segundo sobre ella, apoyando el peso de su torso en los antebrazos, devorándola con la mirada.

Para Sheila, esto no era solo sexo; era una capitulación total, un bautismo de fuego. En sus encuentros anteriores, incluso en las noches más ardientes, siempre había mantenido una pequeña parte

de sí misma bajo resguardo, una muralla invisible construida con frialdad.

Pero esta noche la muralla estaba hecha escombros. Se sentía desnuda de alma. Se entregaba sin defensas, sin dobleces, con el corazón expuesto y latiendo en la superficie de la piel.

Matt la besaba con ardor. Sus labios recorrieron la línea de su mandíbula, bajaron por la garganta expuesta y se ensañaron con la piel sensible de la clavícula, mordisqueando con un ritmo castigador, dejando marcas, marcas físicas de posesión que hacían que Sheila se removiera excitada sobre el colchón, soltando gemidos agudos que inundaban la suite.

—Dios, mi guera, me prendes cabrón —le gruñó Matt, la lengua de sus entrañas saliendo a la luz, caliente y húmeda contra su oído, mientras una de sus manos grandes bajaba por su vientre, buscando el nido de calor entre sus piernas.

Sheila separó los muslos con un jadeo desesperado, entregándose al tacto del guardaespaldas. Cuando los dedos largos y expertos encontraron su intimidad, descubrieron que ya estaba empapada, ardiendo por él. Matt la acarició la raja con una lentitud tortuosa, rozando el clítoris con el índice, haciéndola temblar, obligándola a suplicar con la voz rota por la excitación y la falta de aire.

—Matt... por favor. Ahora. No me hagas esperar —gimió, enterrando las manos en el cabello oscuro del hombre, tirando de él hacia abajo.

No se lo haría sencillo porque sus palabras y sus sonidos eran alimento para su pasión. Mojó el mayor y el índice en sus jugos y desparramó la humedad hasta su entrada trasera, que trazó lento.

—Aquí también voy a poner mi polla, güerita... ¿Quieres eso? ¿Mi pija gorda en tu culo, sacudiéndote?

—Maaat, Dios, por favor...

Sheila se movía con desesperación sobre su mano, frotándose, queriendo más, sus pechos brincando. Atrapó uno en su boca y se movió para inmovilizarla debajo, abierta para él, hambriento de ella, de su pasión, de su cuerpo.

—Eres toda preciosa... Este coñito rosa... No mames... Tengo que probarlo.

Retrocedió, sus ojos negros de lujuria, y su boca se hizo un festín. Su lengua dio cátedra de geometría trazando formas en su intimidad; rectas, paralelas, perpendiculares, círculos, para hacer de Sheila una mujer poseída que gemía y pedía más, empujando su cabeza para colocarlo sobre su clítoris.

—¡Fóllame, Matt! Clávame la verga hasta la garganta, quiero sentirla hondo!

Matt no la hizo esperar más; él estaba que se corría apenas de tenerla abajo suyo. Esto era real, era físico, era divino. Se colocó entre sus piernas, le tomó las muñecas y entrelazó sus dedos con los de ella por encima de la almohada, cuidando la muñeca derecha vendada, pero manteniéndola fija contra el colchón con una firmeza implacable.

La miró fijo a los ojos, sosteniendo la mirada en mitad de la penumbra, y se hundió en ella de un golpe profundo, firme, llenándola por completo. Sheila soltó un grito que Matt ahogó volviendo a aplastar sus labios contra los suyos.

—¿Me sientes? ¿Sientes mi polla tomándote, Shei?

—¡Sí! Oh, sí, sí, joder. La quiero toda, muévete, vamos, ifóllame!

El impacto físico de la penetración los sacudió a los dos por igual. Fue un incendio de alto voltaje, un encuentro desprovisto de toda timidez o delicadeza fingida; era sexo crudo, visceral, pero cargado de una densidad emocional que les oprimía el pecho.

A los pocos segundos, retrocedió y le dio una palmada fuerte en el gluteo para que se pusiera en cuatro y así la volvió a penetrar. Matt jugó con las velocidades y la profundidad de sus embestidas mientras le contaba lo bonita que era, lo perfecta, cómo lo volvía loco.

Luego, no quedó lógica, sobrepasada por el placer y la necesidad, y comenzó a moverse con un ritmo exigente, pesado, ascendente, cada embestida hundiéndose hasta el fondo, haciendo que el cabecero de la cama golpeará rítmicamente contra la pared.

La sensualidad de la escena se texturizó con el sudor que empezó a empaparles las pieles, el siseo constante de las sábanas de hilo y las palabras sucias, desesperadas, que se regalaban al oído en mitad de los jadeos.

Sheila se movía con él, elevando las caderas con una audacia salvaje, buscando la fricción exacta que la estaba llevando al borde del colapso.

Ya no sentía el dolor de los cortes, ni el frío de Maine, ni la náusea de la abstinencia; el cuerpo de Matt, la dureza de su miembro y el ritmo implacable de su pelvis eran la única realidad, una medicina de carne y fuego que la estaba curando por dentro.

Matt perdió los restos de la disciplina. Su respiración se volvió un rugido animal en el cuello de la estrella. Le soltó las manos y la agarró por los muslos, abriéndola un poco más, hundiéndose con una fuerza que hizo que Sheila estallara en espasmos.

El orgasmo la alcanzó con la violencia de una ola, contrayéndole los músculos vaginales alrededor del miembro de Matt con una presión brutal. Ella tiró la cabeza hacia atrás, con los ojos en blanco, gimiendo su nombre como si fuera un rezo en mitad de la oscuridad.

Al sentir la contracción de la mujer, Matt perdió el suelo. Soltó un taco ronco en español y se vació dentro de ella con una sacudida violenta, un espasmo largo que le recorrió la columna y lo dejó desplomado sobre su cuerpo, con el pecho subiendo y bajando con fuerza, el corazón latiéndole desbocado contra las costillas de Sheila.

El silencio regresó lentamente a la suite de cinco estrellas, interrumpido solo por el murmullo de sus respiraciones. Matt se rodó hacia un lado despacio, cuidando de no lastimarla, pero la arrastró consigo.

—Te quiero, Shei.

—Sí, yo también. No lo puedo creer, pero es así.

Sheila apoyó la cabeza en su pecho húmedo de sudor, trazando círculos invisibles con el dedo sobre la línea dura de sus pectorales. Se sentía limpia, cansada, inmensamente protegida.

El laberinto familiar seguía esperándolos afuera, la figura de Taylor continuaba siendo una sombra para la que no encontraba

certeza, pero en los brazos de Matt, la diva rota había encontrado su anclaje.

CAPÍTULO 25

Esta era de verdad una nueva etapa, pensó Matt mientras aspiraba el aroma a café recién hecho y disfrutaba del sol limpio que se filtraba por el gran ventanal. Sentada en el borde del sofá con un conjunto deportivo gris que le sentaba de cojones y el cabello rubio recogido en una coleta alta, Sheila era Natasha Morozova en su esplendor.

Sus ojos tenían una claridad que Matt no le había visto desde que empezó la misión. La desintoxicación y las primeras sesiones con una terapeuta que cobraba un riñón estaban dando sus frutos; la coraza de la diva se estaba ablandando para dejar salir a la mujer real.

Matt se acercó despacio y se sentó a su lado. Le tomó la mano, recorriendo con el pulgar la piel suave de sus dedos.

—Shei, tenemos que hablar de lo que viene —dijo Matt.

Su contrato estaba llegando a su fin, y él deseaba... Quería saber qué pasaría con su relación. Quería traer a Taylor a la ecuación. Las hermanas necesitaban verse, recomponer su vínculo, y acordar en...

Tal vez soñar en una tríada, como lo hacía, era un despropósito. Lo entendía. De a ratos le avergonzaba sentir este amor dividido, y el peso de las convenciones lo abrumaba.

A él su madrecita le había enseñado a respetar a las mujeres, y pensar en estar con dos al mismo tiempo tenía un viso de prohibición que no ignoraba. Sabía que muchos verían su situación como la del aprovechado.

—Sí, lo sé. Entiendo tu punto, lo he considerado —admitió ella mirándolo de frente—. La terapia me está ayudando a entender que irme del set así, sin pensar, sin considerar nada... Fue un reflejo de huir de mí misma, no solo de ti o de Taylor. Como sea, precipitó el final del acoso. Henry ya no tiene poder sobre mí, Matt. Pero necesito saber qué quiero hacer con el resto de mi vida.

—¿Y qué es lo que quieres de verdad, Shei? —preguntó, entornando los ojos con suavidad.

—Quiero estar bien. Sentirme segura por mí misma, no volver a las pastillas —confesó ella, y una pequeña chispa de la ambición limpia de su juventud brilló en sus pupilas—. Y quiero confiar en que puedo ser una mujer de los medios por mi propio peso. Me encanta el fitness, Matt. Me apasiona el entrenamiento, estar frente a la cámara mostrando cómo el cuerpo puede reconstruirse. Quiero enfocar mi carrera hacia ese lado, lejos de los realities.

Matt le dedicó una sonrisa breve, sincera, admirando la resiliencia que estaba demostrando. Pero la burbuja de paz siempre tenía un límite, y el nombre que flotaba en el aire desde hacía quince días no tardó en materializarse.

—¿Y qué hay de Taylor? —preguntó Matt, midiendo el peso de sus palabras.

Las emociones corrieron fuerte en el rostro de Sheila en un segundo. La mandíbula se le tensó y sus ojos volvieron a anegarse, aunque esta vez no era el llanto descontrolado de la abstinencia, sino el dolor de los nudos familiares que aún no se habían desatado.

—Amo a mi hermana, Matt. Joder, es mi sangre y sé que se ha desdoblado para atenderme, para estar para mí —dijo Sheila con una honestidad que le costó arrancar del pecho—. Pero hay rabia en mi corazón también. Así como antes había envidia... pura y dura envidia por no ser como ella. Por no ser la hija perfecta, la que estudiaba, la que no daba problemas. Me daba rabia que ella tuviera un mundo limpio mientras el mío estaba lleno de basura.

Matt no la dejó seguir. Se inclinó hacia delante y la rodeó con sus brazos grandes, conteniéndola contra su pecho, dejando que Sheila apoyara la frente en su hombro. La estrechó con fuerza, ofreciéndole su calor hasta que el temblor de su espalda disminuyó.

—Quiero estar para ti, Shei. Siempre —le susurró contra el cabello—. Pero ahora que el acosador está preso y el peligro real ha pasado, debo volver a mi puesto en la agencia. Eso no significa que me vaya a borrar. Me gustaría ser alguien permanente en tu vida, alguien real... Solo que... Taylor también me importa. Mucho.

Sheila se mordió el labio inferior. Se desprendió de su abrazo despacio y se puso en pie, comenzando a moverse por la sala de la suite con pasos inquietos, rozando el borde de los muebles con los dedos.

—No lo entiendo, Matt —dijo, girándose para mirarlo con una mueca de confusión y desamparo—. Quiero creerte, de verdad que sí. Pero Taylor entre nosotros dos... es un escollo. Es mi hermana, mi soporte. ¿Cómo se supone que voy a compartir al hombre que me salvó la vida con la mujer con la que llevo compitiendo desde los doce años?

Matt la observó desde el sofá, sintiendo el peso muerto del laberinto en el estómago. Soltó un suspiro largo, pesado, y desvió la vista hacia el ventanal, decidiendo dejar el tema antes de que la tensión volviera a quebrar la escasa estabilidad de la muchacha.

—Descansa, Shei. No tenemos que resolverlo todo hoy —concluyó con suavidad.

+++

Matt caminó hacia el pequeño despacho auxiliar de la suite, cerrando la puerta tras de sí con un chasquido sordo. La inquietud le latía en las sienes como un eco persistente.

Sentía un alivio inmenso, brutal, al ver la evolución de Sheila en las últimas dos semanas. La muchacha había salido del pozo de las pastillas con una entereza que lo tenía asombrado.

Ayer mismo la observó manejarse como una verdadera estrella ante la prensa durante la entrevista de presentación de la nueva etapa del reality. Lo sucedido en el motel, lejos de hundirla, había catapultado la curiosidad del público por ella. Las expresiones de asombro por lo que había vivido y la admiración masiva de la audiencia la habían colocado en un pedestal nuevo.

Matt sentía un orgullo profundo y una debilidad innegable por ella. Había dormido a su lado durante quince días, cuidándole las noches y asegurándose de que comiera.

El contrato con la agencia Pipen se había renovado de manera automática, porque ahora, aunque el acosador estaba en una celda

federal, Natasha Morozova debía ser protegida de las hordas de fans y paparazzis que colapsaban las entradas del hotel.

Por suerte, no había presión de la prensa sobre el equipo de seguridad; Sheila había declarado con una astucia magistral en los medios que la presencia constante del guardaespaldas en su entorno civil era en verdad un truco táctico destinado a desorientar al acosador de Maine antes de su captura. Que el supuesto romance no fue más que un ardid.

El problema no era Sheila. El problema era que Matt no podía dejar de añorar a Taylor. No había dejado de llamarla ni una sola noche. Pero aquella estaba cada vez más renuente a tomar sus llamadas.

Cuando respondía, sus palabras eran escuetas, profesionales, desprovistas de cualquier rastro del fuego que los había consumido contra el metal del hangar. Se le estaba deslizando entre los dedos, alejándose por la culpa que la devoraba.

Matt se sentía el fiel de la balanza entre las dos hermanas Miller. Las quería a las dos con una intensidad que desafiaba toda lógica, pero la presencia constante de Sheila en la suite, sus demandas físicas y su recuperación lo absorbían, dejándolo sin espacio para recuperar a la otra mujer de los márgenes.

Necesitaba aire. Necesitaba hablar con la única persona en el mundo que conocía el tamaño de su corazón sin juzgarlo. Asegurándose de que Sheila se había quedado concentrada revisando sus rutinas de fitness en el salón, Matt sacó el teléfono y activó una videollamada.

La pantalla parpadeó dos veces antes de mostrar el rostro sonriente de su hermana Isabel. Estaba sentada en el porche de su casa, con el sol de la mañana iluminándole las facciones dulces.

—¡Manito! —exclamó Isabel, y la calidez de su voz en español le sentó a Matt como un bálsamo en mitad del pecho—. Qué milagro que llamas a estas horas. Te noto cansado, hermano.

—Hola, Chabela —Matt forzó una sonrisa, recostándose contra el escritorio—. El trabajo ha estado intenso por aquí. Pero dime tú, ¿cómo va ese embarazo? ¿Cómo se porta mi sobrino?

Isabel soltó una carcajada limpia y acomodó la cámara, bajándola un poco para mostrarle con orgullo la prominencia de su tripa bajo un vestido de algodón holgado. Se acarició la panza con ambas manos, con una felicidad que a Matt le limpió la bruma de los ojos por un segundo.

—Creciendo a lo loco, Matt. El médico dice que está todo perfecto. Ya sabes que con Darius decidimos que no queremos saber el sexo hasta el día del nacimiento, pero nos pasamos las noches jugando con los nombres. Si es varón, Darius quiere ponerle Mateo, por ti, pero yo le digo que va a salir muy bruto si hereda tu nombre —bromeó, guiñándole un ojo—. Y si es niña, Sofía está ganando la votación.

Matt soltó una risa corta, sintiendo que el pecho se le aligeraba.

—Mateo es un gran nombre, no te quejes. Dile a Darius que tiene buen gusto.

Isabel dejó de reír despacio. Sostuvo el teléfono más cerca de su rostro, escudriñando las facciones de su hermano a través de la pantalla.

—Bueno, ya nos reímos, manito —dijo Isabel, con un tono más suave, maduro—. Ahora dime qué te pasa. Tienes la mirada oscura, Matt. Es la misma cara que ponías cuando tenías que tomar una decisión jodida en el ejército. ¿Qué está pasando?

Matt guardó silencio unos segundos, pasando los dedos por el puente de la nariz. Era renuente a soltarlo, por temor la reacción tradicional de su hermana, pero la presión interna era demasiada.

—Tengo el corazón atrapado entre dos mujeres, Isabel —confesó en un susurro, sintiendo que la verdad le pesaba en la lengua—. Y no sé cómo coño salir de aquí.

Isabel no se escandalizó. Solo se acomodó en la silla y lo escuchó con una paciencia infinita mientras Matt comenzaba a desnudarse emocionalmente. Le habló de Sheila; le contó lo distinta que era la muchacha real en comparación con la imagen frívola y demandante que proyectaba en la televisión.

Le describió su resiliencia ante el dolor de su infancia, su belleza descarnada cuando no llevaba maquillaje, su capacidad de

trabajo y el modo en que había aprendido a defenderse sola en ese motel de carretera.

Y luego... luego le habló de Taylor. De su sencillez elegante, de su inteligencia desarmante, de la rectitud con la que manejaba el circo de su hermana mientras se ahogaba en su propio arrepentimiento.

Isabel fue sacándole la información con preguntas cortas, directas, guiándolo por el laberinto de sus propias emociones hasta que Matt soltó la última amarra.

—Mis sentimientos son puros por ambas, Isabel. No puedo decidirme por una y no quiero hacerlo. No es un juego de ego, ni un capricho de semental. Joder, las quiero a las dos porque ambas completan partes de mí que estaban muertas desde que salí de la guerra. Siempre soñé con una familia, hijos...

Isabel sonrió a la pantalla, una mueca dulce, desprovista de cualquier juicio moral.

—Tú tienes corazón para las dos, eso lo sé bien, manito —dijo con suavidad—. Siempre has sido generoso con él. Desde que eras un niño te costaba guardarte el amor solo para una cosa; te desbordabas cuidando a todo el mundo. El problema no es tu capacidad de amar, Matt. El problema es si ellas sienten lo mismo por ti.

—Eso espero. Creo que con Sheila sí, y Taylor... Taylor se muere de miedo por la culpa, pero sé lo que pasó entre nosotros —Matt se pasó una mano por el cabello, exhalando un aire caliente—. Sé que a la vista de otros esto es un escándalo. Es inconcebible. En la agencia me verían como un jugador, como un bastardo que se aprovecha de dos hermanas vulnerables. Creo que ellas también lo piensan a veces. Y no quiero perderlas, Chabela. No quiero destrozar lo único real que he encontrado en años.

Cuando la larga y drenante charla terminó, Matt se despidió de su hermana con un beso a la pantalla y colgó el teléfono. Se quedó sentado en la penumbra del despacho, apoyando los codos en las rodillas. A pesar de la incertidumbre, sentía un alivio inmenso, una ligereza física en el pecho por haber dicho su verdad en voz alta, sin disimulos.

—Te creo, Matt.

La voz de Sheila llegó desde el marco de la puerta, un susurro limpio que hizo que Matt se pusiera de pie de un salto, con el corazón dándole un vuelco en las costillas.

No la había escuchado entrar. Sheila estaba apoyada en la madera, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mirada serena, desprovista de la rabia del desierto. Sus ojos fijos en él reflejaban comprensión.

—Sé que no quieres meterte en nuestras camas por pura lujuria o por el subidón de tu ego —continuó Sheila, dando un paso lento hacia el interior del despacho—. Escuché lo que le dijiste a tu hermana. Eres un buen hombre, Matt Vargas. El hombre que quiero a mi lado. El que me hace sentir que la basura del pasado ya no me define.

Se detuvo a un palmo de él, obligándolo a sostenerle la mirada.

—Pero también quiero a Taylor —admitió Sheila, y su voz no tuvo veneno, sino una madurez nueva, texturizada por la terapia—. Sé que la herí, sé lo que sufre por mi culpa. Y si ser feliz contigo implica tener que compartirte con ella... tal vez pueda aceptarlo. No lo sé, eso espero.

Matt la miró, conmovido hasta la médula. Extendió las manos y le tomó las muñecas con suavidad, con una mueca de disculpa en las facciones.

—Shei, lo siento... no era mi intención que escucharas esto de esta manera, no quería que pensaras que eres una opción divisible...

—Sé siempre honesto, Matt. Eso es lo que amo de ti —lo interrumpió ella, colocándole una mano sobre la mejilla, deteniendo sus disculpas—. Tu honestidad es mi única droga ahora. Si debo compartirte con alguien en este mundo, está bien que sea con Taylor. Sé cómo es ella. Conozco su rectitud, sé que me quiere a pesar de mis desastres. No quiero dañarte a ti, Matt, y tampoco quiero seguir dañándola a ella.

Sheila se inclinó y lo abrazó por la cintura, pegando la mejilla a su pecho firme.

—Estoy dispuesta a intentarlo —susurró contra su camiseta—. Si ella acepta, buscaremos la forma de que esta locura funcione.

+++

Sheila se mantuvo aferrada al cuerpo de Matt, escuchando el latido constante y potente de su corazón bajo la tela de la camiseta. Su mente, habitualmente una tormenta de pensamientos caóticos, se sentía en calma.

Recordó cada palabra de la conversación que acababa de presenciar entre los dos hermanos. Ver la cercanía tan pura que Matt tenía con Isabel, el modo en que hablaban de todo, desde el embarazo y los nombres del bebé hasta las miserias más profundas de su trabajo, la había dejado maravillada.

Ningún hombre en su pasado había tenido esa densidad emocional; los tipos con los que se rodeaba en la farándula o los delincuentes de Maine eran criaturas superficiales que solo hablaban de dinero, drogas o marcas. Pero Matt Vargas sentía con la fuerza de un ejército.

Escuchar su confesión, el modo en que la describió ante su hermana, no como la diva histérica de la televisión ni como la adicta rota, sino como una mujer resiliente, hermosa y con una capacidad de trabajo imbatible, la había hecho sentir vista y entendida.

Hubo un pequeño dolorcito en el pecho, una punzada inevitable al escucharle declarar ese amor partido en dos, esa necesidad de tener también a Taylor en su órbita. Pero la ira que la habría hecho romper los muebles en el desierto se había esfumado.

Las sesiones de terapia y la limpieza de las pastillas le estaban devolviendo la cordura; entendía que su furia del tráiler era solo el miedo histérico a perder el único refugio seguro que había encontrado en su vida.

Lo veía enamorado. Su postura, sus gestos, sus palabras cuando hablaba de las dos con su hermana, tenían una verdad tan limpia que era imposible dudar de él. Tal vez estaba mal, pero estaba enamorada; amaba la seguridad de sus brazos, la reverencia de sus caricias y la forma en que la devoraba.

¿Y Taylor? Sheila cerró los ojos, apretando más los brazos alrededor de la cintura del guardaespaldas. Su hermana la quería, de eso no tenía la menor duda después de escucharla desquiciada de alivio por el manos libres, prometiendo blindar su nombre ante los haters y gerenciar la producción para que ella pudiera curarse. Parece que Matt también la quería.

Se separó un par de centímetros de su pecho y miró el rostro grave del hombre, buscando una respuesta en sus facciones curtidas. ¿Podía una burbuja de amor ser de tres? La lógica del mundo decía que no, que aquello era un escándalo destructivo destinado al fracaso. Pero las Miller nunca habían tenido una vida lógica.

Si compartir a Matt con Taylor significaba mantener la paz familiar, sanar las heridas del pasado y conservar a este hombre, Sheila estaba dispuesta a romper las reglas del manual. Al final, estar en los brazos de Matt y no perder a su hermana valían cualquier locura.

CAPÍTULO 26

Las últimas semanas habían sido un ejercicio brutal de supervivencia emocional. Desde el momento en que Sheila huyó del set del desierto, Taylor había sentido que el mundo real se desvanecía, sustituido por una inercia gris y automática. Recordaba cómo se había quedado de pie, sola en mitad de la grava, sintiendo el vacío que dejó la huida de su hermana y el peso aplastante de la culpa.

El eco de los secretos desenterrados en el desierto: el abuso de los doce años, la marginalidad en Maine, el mutuo interés en Matt, le continuaba perforando la conciencia. Se sentía un monstruo por haber cedido al deseo con Matt en el hangar mientras su hermana se rompía por dentro.

El temor de que Sheila hiciera una locura primero, y luego de saber de su secuestro, que Henry la destruyera antes de que los agentes la encontraran, la había tenido al borde de la locura.

La noticia del rescate fue un alivio que llegó como un golpe de oxígeno que le devolvió el pulso, pero no le dio tregua. Taylor se tragó las lágrimas, se ajustó la máscara profesional y actuó con una eficiencia magistral.

Durante días fue la portavoz que gerenció la crisis con los productores y el director del reality con frialdad corporativa, conteniendo los rumores y redactando comunicados oficiales para blindar el nombre de Natasha Morozova.

Sin embargo, la procesión iba por dentro, y la hipocresía del entorno no tardó en hacerle perder la paciencia. No faltaron momentos en que deseó chillar y patear, sacudir a más de una de las patéticas estrellitas que solo pensaban en seguidores y oportunismo. Como cuando la influencer del reality, esa chica de sonrisa plástica, había soltado una risita displicente mientras miraba su teléfono.

—Vaya con Natasha. Menudo teatro ha montado para conseguir más publicidad. La mitad de este acoso debe de ser un truco de su mánager para catapultar el estreno.

El actor, un tipo egocéntrico que no toleraba que nadie le robara los focos, había asentido con una mueca de desprecio.

—Es patético. Usar historias de delincuentes y navajas para subir el rating. Todo el mundo sabe que esta gente de la tele vende a su madre por un titular.

Taylor se plantó frente a ellos con una indignación tan ardiente que los papeles le temblaron en las manos. Los miró con un desprecio gélido que borró las sonrisas de sus rostros en un segundo.

—Cállense la maldita boca —les espetó con una voz baja y cortante que silenció la carpa—. Mi hermana fue atacada por un criminal real, y mientras ustedes se preocupan por sus patéticos seguidores, ella está curándose las heridas que le dejó una navaja. Si escucho un solo comentario más cuestionando la veracidad de este asunto, me encargaré personalmente de que sus contratos de exclusividad se rescindan por difamación antes de que termine la tarde. ¿Ha quedado claro?

Nadie respiró. Taylor dio media vuelta y abandonó el set de modo definitivo. Ya no pertenecía a ese circo. Con la producción encarrilada y Sheila a salvo en la ciudad, Taylor se recluyó en su pequeño apartamento del centro. La soledad de esas cuatro paredes se convirtió en su refugio y en su condena.

Por primera vez en años, tenía tiempo libre para dedicarse por completo a su propia empresa de gestión de proyectos independientes. Se reunió a tomar café con su socia en una cafetería tranquila lejos de los platós; trazaron planes, revisaron presupuestos y organizaron lanzamientos futuros.

Durante el día, Taylor vivía su propia vida, una existencia limpia, organizada, sin nada de la vorágine de Sheila en el medio. Pero tampoco estaba Matt. Y ese vacío era un dolor sordo que el trabajo no lograba apagar. Era absurdo como una presencia relativamente nueva en su vida podía tener tanto peso.

Por las noches, Taylor encendía el televisor o leía la prensa digital. Veía las imágenes de su hermana y parecía que a Sheila no le hubiera pasado nada. El reality había comenzado a emitirse y ella brillaba en las pantallas como Natasha Morozova, más deslumbrante y magnífica que nunca.

Los fans caían a raudales a sus pies, desbordando las redes de admiración por su fuerza de sobreviviente. Al verla sonreír ante las cámaras, Taylor se alegraba. Se alegraba sin dudar, con un amor fraternal que le nacía de las entrañas.

Mirando la pantalla, los recuerdos de la infancia la asaltaron. Recordó cuando eran niñas y solo se tenían la una a la otra en aquella casa vacía mientras su madre doblaba turnos. Taylor había tratado de hacer las cosas bien, de cuidarla como prometió, creyendo fielmente que lo que hacía era cumplir con una responsabilidad, una condena de culpa ante la promesa que le había hecho a su madre moribunda.

Pero al verla brillar ahora, le vinieron también los buenos recuerdos. Los días en que ambas eran solo dos adolescentes que reían despreocupadas en la alfombra, haciéndose la manicura con esmaltes baratos o hablando de alguna compañera de clase sin la menor piedad, unidas por una complicidad que el dinero y el trauma posterior habían empañado. La amaba. A pesar de los gritos del tráiler, la amaba.

Y luego, en mitad de la noche, le regresaban las caricias de Matt. Su sonrisa de lado, su olor a cuero y la confesión brutalmente honesta de que ella le interesaba por quién era, por cómo era. El guardaespaldas no había dejado de llamarla ni una sola noche, pero a Taylor cada vez le costaba más mantener su fachada profesional por el teléfono.

Le dolía escucharlo, le dolía presentir la intimidad que él ya estaba reconstruyendo con su hermana en la suite del hotel de lujo en que se resguardaban. Un nido de amor.

No iba a ponerse entre ambos. Había visto la cara de Sheila en el tráiler; su hermana amaba a ese hombre con una necesidad desesperada. Dar un paso al costado era lo que correspondía, la

única forma de sanar a su familia, aunque el sacrificio le rompiera el corazón en mil pedazos.

De pronto, un noche de esas, un golpe firme y rítmico en la puerta de madera rompió el silencio del apartamento. Taylor parpadeó, limpiándose una lágrima rezagada con el dorso de la mano. Se levantó despacio y abrió la cerradura. Al abrirse la hoja, el aire se le congeló en los pulmones.

Matt estaba allí plantado en el pasillo. Y todo su trabajo para tratar de frenarse y ser lógica y responsable y no patética se desplomó.

+++

El alivio de verla sana, salva y fuera de la demencia del set le bajó a Matt por el pecho como una oleada de agua tibia. Taylor estaba en el umbral, vestida con un suéter sencillo, el cabello castaño sujeto en un moño desordenado y esos ojos inteligentes que a él le daban la vida brillaban, aunque la rigidez de su postura delataba que estaba levantando muros de defensa.

Matt no esperó a que ella le diera permiso para pasar. Dio un paso al frente, invadiendo su espacio, y la encerró en sus brazos con una posesión rabiosa y necesitada. La apretó contra su cuerpo, hundiéndole la cara en el pelo, aspirando su olor a limpio y eso que solo Taylor olía.

Ella se puso rígida un segundo, pero Matt se inclinó y la besó en los labios con una desesperación contenida, un beso húmedo, lento, que le rompió la resistencia hasta que la escuchó soltar un suspiro trémulo contra su boca.

—Te he echado de menos, Tay. Joder, te he echado de menos cada maldito segundo de estas semanas —le susurró contra los labios, sin soltarle la cintura, empujándola hacia el interior del apartamento y cerrando la puerta con el taco de la bota.

Taylor se separó un par de centímetros, mirándolo con una confusión dolorosa, intentando recuperar el aire.

—Matt... no deberías estar aquí. Sheila...

—Sheila sabe que estoy aquí, Taylor. Vine porque tenemos que hablar. Los tres —la interrumpió Matt, tomándole las manos para mantener el contacto físico—. No he dejado de pensar en lo que me dijiste en el coche. En que en otra vida pudimos ser algo real. No voy a esperar a otra vida, Tay. Lo quiero en esta.

Se la llevó hacia el pequeño sofá de la estancia, obligándola a sentarse a su lado. Matt la miró con una seriedad absoluta, desnudando sus sentimientos sin guardarse un solo escudo.

—Sé lo que sientes, sé el miedo que tienes por la culpa familiar y sé que piensas que dar un paso al costado es lo correcto.

—Lo es. Nuestra prioridad ha de ser Shei...

—Mi prioridad es doble. Ella. Tú. No son excluyentes para mí.

Ella se mordió el labio y quiso soltarse, pero no la dejó. Tay quería retraerse y sacrificarse, pero en esta relación no habría un cordero sagrado, pensó Matt con fiereza.

—Matt, no lo hagas más difícil. El corazón debe elegir.

—¡Pero mi corazón no funciona así! He estado leyendo, Taylor. He estado buscando respuestas a esta locura que me pasa en el pecho porque no soy un bastardo que quiere jugar con dos hermanas.

—No, no pienso que...

—Existe el poliamor, existen las relaciones donde el sentimiento es limpio, recíproco y donde no hay engaños porque todo se pone sobre la mesa. Eso es lo que deseo contigo. Y con ella —dijo Matt.

Taylor se quedó fría de asombro. La palabra flotó en el salón de su apartamento como un concepto alienígena, una locura que le heló la sangre y le encendió las sienes al mismo tiempo.

Miró las manos de Matt, confundida, con la mente cuadrículada intentando procesar una estructura que desafiaba toda su educación moral.

—¿Poliamor? Matt... eso es una locura colectiva —articuló Taylor, con la voz trémula—. Sheila jamás... ella es posesiva, ella te quiere solo para ella... Y el mundo no se cree eso, en general es la licencia del hombre para tener un haren.

—¿Eso piensas de mí, Tay?

La mortificación de su tono y su expresión atrajeron la mano de Taylor sobre su mejilla. Ella lloraba en silencio y negaba. Tenía que convencerla.

—Shei está dispuesta a intentarlo, Taylor —asestó Matt, y el golpe de realidad la dejó completamente muda, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

—Imposible. Ella... Shei puede ser una buena actriz, pero... Es posesiva. Matt, yo... Te quiero, pero... Es una locura.

—Sheila me escuchó hablar con el corazón en la mano con mi hermana Isabel. Vio lo que siento por las dos. Y me dijo que si ser feliz conmigo implica compartirme contigo, lo acepta. Sabe cómo eres, Tay. Sabe que la quieres y que no eres su enemiga.

La confusión en el rostro de Taylor era total. Negaba con la cabeza, asimilando las piezas de un puzle que se negaba a encajar.

—No sé... no sé cómo funcionaría algo así, Matt —susurró, con una duda real en las pupilas—. Es inconcebible... la prensa, la familia, nosotras...

—Si me quieres, Tay, si sientes lo mismo que yo, podemos descubrir cómo funciona juntos —le pidió Matt, acercando su rostro hasta que sus respiraciones se mezclaron—. No me dejes fuera de tu vida por una culpa que no te pertenece.

Taylor lo miró, y el muro de su lógica se derrumbó ante la fijeza de esos ojos negros que la devoraban.

—Solo sé... solo sé que te tengo bajo la piel, Matt. Que intento sacarte y no puedo —admitió en un susurro vencido—. Pero... Lo hacen parecer fácil. Y esto no lo sería. Sheila tiene heridas que sanar. Yo también. Además, ¿qué seríamos? Los periodistas, los fans, tu familia, tus colegas... Este es un mundo cruel, que lastima, y lo distinto...

—No escucho que digas que no quieres hacerlo, Tay —dijo él, acercándose y abrazándola—. Dime que no quieres, que no me quieres, y lo entenderé. Háblame de tu disgusto, de tu asco, de tu necesidad de más, y lo entenderé. Lo aceptaré.

Ella abrió y cerró su boca, pero no salió sonido. Parpadeó y entonces Matt la besó. Suave, sin apuro, imprimiendo la verdad de su sentir con su boca, en su boca. Sus manos fueron a sus caderas,

le acariciaron la espalda mientras la disfrutaba y ella se desmadejaba en sus brazos. *Mía, querida, adorable, Tay.*

La realidad volvió luego de un rato de sentirse por la piel y respirarse y Matt pasó sus dedos por las mejillas surcadas de lágrimas.

—Matt, no sé qué hacer, te lo juro. Te quiero... Oh, sí, no hay dudas de eso, pero...

—Da un salto de fe conmigo, Tay —rogó.

Ella soltó el aire de golpe y pareció desinflarse, pero sus ojos lo miraron con la belleza de la posibilidad.

—No hagas que me arrepienta, Matt, te lo ruego.

—Te prometo por lo más sagrado que no lo haré. Tú y Shei son un regalo, querida mía.

Besó sus nudillos, besó su frente y luego la abrazó. Estuvieron así un buen rato. Charlaron, él contestó sus mil preguntas sobre Shei, sobre su situación, sobre Henry. La luna los encontró en la cama horas después.

La intimidad se dio de manera natural, como una consecuencia inevitable de la verdad expuesta y de la distancia que les había lacerado los nervios durante casi un mes.

El sexo esta vez no tuvo la urgencia violenta del hangar, para nada. Esta fue una entrega delicada, tierna, el inicio de un encuentro largo y lento que se había hecho esperar con la madurez de una necesidad real.

La habitación fue testigo de textiles que caían despacio, dejando que las pieles se descubrieran bajo la luz tenue. Matt se regocijó en la textura de su cuerpo, recorriéndole los costados, saboreando la calidez de su cuello con besos suaves que hicieron soltar sonidos inusuales a Taylor.

Se acostaron sobre las sábanas, demorándose en cada roce, grabándose el sabor de las pieles en la memoria. Matt se deslizó hacia abajo, arrodillándose entre sus piernas con una devoción que a Taylor le encendió el vientre.

La miró fijo antes de inclinarse, tomándole los muslos con firmeza, y comenzó a hacerle sexo oral con una intensidad pasional, concentrado, como si quisiera devorarla por completo, lamiendo y

succionando su centro con un ritmo pausado que la hizo vibrar, enterrando las manos en las sábanas mientras soltaba jadeos desesperados.

Taylor temblaba bajo su boca, perdiendo el control de su propia rectitud, rindiéndose al refugio de carne que el guardaespaldas le ofrecía.

Cuando el clímax la rozó, Matt se incorporó y Taylor, impulsada por un ardor recíproco y una necesidad de posesión idéntica, lo empujó suavemente hacia atrás sobre las almohadas. Se deslizó por su torso duro, recorriendo con los labios las marcas de su pecho hasta quedar entre sus piernas.

Le tomó el miembro con una mano temblorosa y le regaló una fellatio lenta, profunda, asimilando su tamaño y su calor con una entrega que a Matt le arrancó tacos roncós en español, con las manos clavadas en el colchón para no perder el sentido por el placer que le provocaba.

—Joder, Tay... Me pones como un tren... No pares...

La boca sensual se redondeó para tragarlo y hasta la garganta fue, atorándola con su carne. Ella retrocedió y parpadeó, pero con la vena porfiada que parecía el sino de las Miller, volvió a devorarlo y jugó con su largo, deslizándose para crear una locura de sensaciones en Matt.

Su semen se acumulaba y la vio tragar parte de lo que aun no era explosión, pero sí muestra de lo que se venía. Cuando no pudo tolerar más placer y su mandíbula estaba tensa de soportar, cuando la tensión sexual llegó al límite, al punto de no retorno donde los cuerpos exigían la comunión definitiva, Matt tomó su polla por la base y retrocedió.

La expresión de pena en el rostro de Tay casi lo hace correr ahí mismo. La tomó por la cintura, la giró despacio y se posicionó sobre ella. Se miraron a los ojos en mitad de la oscuridad.

—¿Estás segura? ¿Esto es lo que quieres?

Asintió y movió su pelvis para recibirlo. Matt se unió a ella con un movimiento firme, hondo, que les sacó un gemido al unísono. El ritmo que siguió fue pausado pero implacable, una danza larga

donde se regodearon en el roce de sus pieles, susurrándose palabras sutiles al oído y promesas mudas sobre la cama.

—Tay, Tay... Tu piel es seda...

—Oh, Matt, sí... Hazme tuya.

No había prisa; era la consolidación de su amor, la curación de la culpa a través del fuego de los cuerpos. La mutua explosión los alcanzó juntos, una sacudida violenta que los hizo aferrarse el uno al otro con las yemas hincadas en los hombros, desatando el sumum de la pasión postergada durante semanas.

Quedaron abrazados en mitad de la penumbra, con los corazones latiendo con fuerza contra las costillas y las respiraciones acopladas. Taylor apoyó la frente en el pecho húmedo de Matt, dejando que las lágrimas del alivio le empaparan la piel.

—Casi había aceptado que no te vería más, Matt —confesó Taylor en un susurro roto, con las manos entrelazadas detrás de su espalda—. Había decidido dejarte ir con ella para no causar más daño.

Matt le tomó la barbilla con suavidad, obligándola a levantar la cara para mirarlo con una fijeza gélida y eterna.

—No podría dejarte, Tay. No puedo —le aseguró, besándole las comisuras de los labios—. Me pasa con ambas. Las dos se han metido tan adentro que no sé cómo respirar si me falta una. Por favor, intentemos esta locura.

Taylor cerró los ojos, sintiendo el calor de su cuerpo y el peso de la realidad familiar que la esperaba afuera de ese apartamento.

—No sé si funcionará, Matt... no sé cómo hacerlo, pero... —susurró, rindiéndose definitivamente al laberinto.

—Aprenderemos juntos —concluyó Matt, apretándola contra sí con una fuerza protectora—. Ustedes lo son todo para mí.

CAPITULO 27

El sol de la mañana de Boston se reflejaba con fuerza en las inmensas cristaleras de la sede de la cadena televisiva creando un destello cegador sobre el pavimento. Matt permanecía de pie junto a la puerta giratoria del edificio principal, su postura rígida, las manos entrelazadas al frente y los pies sutilmente separados.

Las gafas de sol oscuras ocultaban la mirada que no dejaba de escanear la acera. Su chaqueta marcaba la línea de los hombros anchos proyectando una presencia adusta e imponente que funcionaba como un muro invisible. No necesitaba gesticular ni levantar la voz; los transeúntes y los empleados que entraban y salían del complejo lo rodeaban intuyendo la amenaza latente en su quietud.

La puerta de cristal giró con un leve siseo y Sheila apareció en la acera. Vestía un traje de chaqueta entallado de color blanco inmaculado que realzaba la recuperación de su figura, y unos tacones altos que hacían resonar sus pasos con seguridad. Sin embargo, lo que verdaderamente detuvo a Matt por un segundo no fue la elegancia de su ropa, sino la luz limpia que emanaba de su rostro.

La deslumbrante Natasha Morozova seguía ahí, pero desprovista de la tensión histérica que solía atenazarle las facciones. Acababa de firmar el contrato definitivo con la cadena para convertirse en la figura estelar de un ciclo de programas dedicados al fitness, la nutrición y la reconstrucción física.

Era un proyecto diseñado a su medida, un territorio profesional que la alejaba por fin de la toxicidad de los realities de convivencia y la colocaba en el centro de lo que de verdad le apasionaba.

Al verla salir, un grupo de fans que llevaba horas esperándola se adelantó con cuadernos, revistas y teléfonos móviles en las manos. Matt sintió que el instinto de guardián se le encendía en la

sangre y dio un paso firme al frente, interponiendo sus hombros entre la multitud y la estrella.

Sin embargo, Sheila le tocó levemente el antebrazo con un gesto suave, deteniéndolo. Estaba sonriendo, una mueca genuina que no tenía nada de la condescendencia que solía impostar ante las cámaras. Con una paciencia inédita, se paró con ellos, firmó los autógrafos con un trazo firme y escuchó los halagos sin desviar la mirada.

—¡Natasha, eres una sobreviviente, te admiramos mucho! —le gritó una chica joven, conmovida.

—Muchas gracias, de verdad —respondió Sheila, clavándole sus pupilas claras con una calidez que asombró al propio Matt—. Significa mucho para mí que lo digas. Ahora vamos a construir algo mucho más sano, lo prometo.

Matt observó el intercambio en silencio y sintiendo que un orgullo profundo y una debilidad innegable le ablandaban el pecho. La transformación que la terapia estaba logrando en ella era un milagro; ya no necesitaba esconderse detrás de una fachada de diva intratable para proteger sus cicatrices.

Una vez que el grupo se dispersó, Matt la guió con un brazo protector hacia el coche que esperaba junto a la acera, asegurándose de que entrara antes de subirse él al asiento del conductor y poner el motor en marcha. En cuanto los cristales oscuros del vehículo los aislaron del ruido exterior, el ambiente cambió por completo.

Sheila soltó un largo suspiro de alivio, arqueando la espalda contra el asiento de cuero. Con movimientos rápidos se descalzó de los tacones y se puso unas zapatillas cómodas que Taylor le había dejado en la guantera semanas atrás.

Rebuscó en su bolso por las toallas demaquillantes y comenzó a limpiarse la base de la cara, despojándose de la estrella de la televisión con cada pasada, hasta que su piel pálida quedó al descubierto.

Entonces, se inclinó sobre la consola central y rodeó el cuello de Matt con los brazos, pegando sus labios a los de él en un beso feliz, rítmico y ruidoso que olía a vainilla y a un nuevo comienzo.

—Gracias, Matt —le susurró contra la boca, con las mejillas todavía encendidas por la adrenalina del contrato—. Gracias por impulsarme a firmar esto. Por no dejarme tirar la toalla cuando los abogados de la cadena se pusieron difíciles con las cláusulas de privacidad.

Matt le acarició la línea de la mandíbula con el pulgar, disfrutando del calor de su cercanía.

—¿Estás feliz, Shei?

—Mucho. Sí —admitió ella, volviendo a su asiento, pero conservando la mano entrelazada con la de él—. Esto me pone muy nerviosa, es un territorio nuevo y me da pánico fallar, pero sé que es crecimiento. De verdad lo es.

Matt asintió, sintiendo un alivio inmenso al verla procesar su futuro sin la necesidad de recurrir a la bruma de las pastillas. Sin embargo, en cuanto Sheila focalizó su atención en los mensajes de su móvil, el agobio de su propia realidad le cayó encima. El mapa mental de sus responsabilidades se estiró de golpe.

Su puesto base en la agencia Pipen estaba en Providence y, aunque su jefe le otorgaba tareas cerca de Boston siempre que la logística lo permitía para mantenerlo cerca de la estrella, la distancia física y emocional empezaba a convertirse en un motor de desgaste.

Sabía que Sheila y Taylor se escribían y habían acuerdos, pero la reconciliación total aún estaba lejos. La imposibilidad de reunirlos en un mismo espacio y la necesidad de correr de una cama a la otra, sosteniendo dos vidas secretas, empezaba a asfixiarlo.

+++

El escenario del encuentro esta vez era un pequeño restaurante de luces tenues y paredes de ladrillo visto en una zona residencial a las afueras de Providence. Matt contemplaba a Taylor a través del destello parpadeante de la vela que decoraba el centro de la mesa, fascinado por la forma en que la penumbra le suavizaba la seriedad pulcra de las facciones.

Ella estaba tan hermosa que parecía brillar. Era su aura el que insuflaba gracia a la blusa pálida, o sus ojos inteligentes y vivos. La

boca bien dibujada y apenas con un gloss sonreía y ella gesticulaba con las manos para hablarle de sus nuevos proyectos.

—Tuvimos un desliz que casi nos cuesta mucho la semana pasada, Matt —le contó, dando un pequeño sorbo a su copa de vino, con una mezcla de orgullo y fatiga en la voz—. Hubo un problema gravísimo de coordinación con la empresa productora encargada del packing de los nuevos productos independientes que estamos gestionando. Retrasaron la entrega de los contenedores tres días y estuvimos a punto de perder el contrato de distribución principal con las tiendas del norte. Me pasé dos noches en vela encerrada en mi despacho revisando las cláusulas de rescisión y buscando vacíos legales, pero al final logré resolverlo.

—Esa es mi chica —dijo, aunque el detalle de que descuidara su descanso no le gustó nada—. Prométeme que te cuidarás mejor, Tay. Nada vale más que tu salud.

Tomó su mano y la apretó sobre la mesa. Ella sonrió con calidez y enredó sus dedos en los suyos mientras asentía.

—Fue una excepción. Pudimos lograr una penalización económica a los responsables y cambiamos de proveedor en tiempo récord —suspiró largo—. Mi empresa está caminando sola, Matt.

—No podría ser de otro modo, Tay, eres la hostia.

Ella se mordió el labio inferior y pareció más tímida.

—¿Está mal que me guste más porque no tiene nada que ver con la burbuja de Natasha Morozova? No es que...

—Tay, ey... Entiendo lo que dices, mi vida, lo hago. Y sé que Shei también lo hará.

Ella meneó la cabeza y tomó su copa para dar un sorbo.

—No es una conversación que pretendo tener.

—Es válido que disfrutes lo que ganaste con esfuerzo y sacrificio, Tay.

Matt sonrió de lado, sintiendo que el orgullo le ensanchaba el pecho al verla florecer lejos de la sombra absorbente de su hermana. Tay entendería que esa versión de Shei estaba cambiando, que había sido un mecanismo de defensa desesperado por olvidar y clavar las garras en una vida menos dolorosa.

Tomaría tiempo. Pero esta noche no se trataba de Sheila sino de ellos. Volvió a atrapar la mano y la apretó con cariño firme que buscaba transmitirle toda la admiración que sentía por ella.

—Te lo mereces, Tay —le dijo con su voz baja, ronca—. Eres una mujer brillante.

Salieron del restaurante una hora más tarde, caminando despacio por la acera oscura de la avenida y de la mano. El aire de la noche era fresco, un viento limpio que anunciaba el cambio de estación, pero la cercanía de sus cuerpos los mantenía en una burbuja de intimidad perfecta.

Matt la detuvo de golpe bajo la sombra tupida de un árbol, apartándola de la luz de las farolas. Le tomó el rostro entre las manos, obligándola a levantar la vista, y la besó con ternura, saboreando el vino en sus labios con una necesidad que llevaba días acumulándose en su torrente sanguíneo. La echaba de menos. Quería más con ella. Más tiempo, más momentos, más charlas.

Taylor se pegó a su pecho con un suspiro trémulo, entregándose al contacto con una suavidad que lo desarmó. Ella sentí igual. Los tres lo hacían, pero jugaban a una red de combinaciones de sus tiempos y espacios en un equilibrio imperfecto que lo iba deshilachando.

La logística de estar en dos camas diferentes, o tres cuando sumaba la ducha tan vacía en Providence, sosteniendo dos universos emocionales que se negaban a tocarse, era un motor implacable que estaba amenazando su resistencia.

Scott era comprensivo y hacía lo que podía. Era el único, salvo Logan, al que le había dicho algo en la agencia, apenas la punta del iceberg. El jefe, que era también amigo, le asignaba misiones intermedias y tareas de oficina en Providence para justificar sus movimientos, pero el desgaste de pasar las madrugadas al volante, devorando kilómetros de asfalto solo para pasar unas horas con Taylor antes de tener que regresar corriendo al norte para ver a Shei...

El cuerpo lo sentía, pero también el corazón, que las quería a ambas cerca.

—¿Matt? ¿Estás bien?

La voz preocupada le contó que se había ido por un instante de la cita, y se obligó a volver. Cada jodido minuto respirando el mismo aire valía la puta pena. La abrazó por la cintura y la atrajo hacia él para consumirle la boca en un beso candente y propietario.

La marcaba, la devoraba, la calmaba y se calmaba. Mientras las tuviera a las dos, mientras pudiera darles el amor que merecían y apuntalarlas, todo estaba bien.

+++

Matt cerró la puerta de madera del pequeño despacho auxiliar de la agencia en Providence, asegurándose de pasar el pestillo con un chasquido sordo que le garantizara privacidad absoluta. Se despojó de la chaqueta y la arrojó sobre la silla, dejándose caer en el asiento de cuero con una pesadez que delataba el límite de sus fuerzas.

Tenía la garganta seca y una fatiga gris le pesaba en los párpados como si le hubieran metido arena gruesa; apenas había dormido tres horas la noche anterior tras conducir de madrugada desde Boston bajo una lluvia torrencial.

Se frotó el rostro con ambas manos, forzándose a despejarse antes de encender el ordenador de la agencia y activar el canal de la videollamada privada.

La pantalla parpadeó dos veces en mitad de la penumbra del despacho antes de mostrar el rostro radiante de su hermana Isabel. Estaba sentada en el salón de su casa con una luz de mañana limpia y templada entrándole por el ventanal del fondo. Al verlo aparecer, su sonrisa se ensanchó con esa calidez familiar que a Matt siempre le devolvía el eje.

—¡Manito! —exclamó Isabel—. Espera, déjame enseñarte cómo va esto antes de que empecemos a hablar de trabajo.

Se acarició la panza con ambas palmas, realizando movimientos circulares con una suavidad que a Matt le ablandó de inmediato las facciones. No se cansaba de verla.

—Está enorme —sonrió, apoyando los codos en la mesa, sintiendo que la ternura le aligeraba el peso del pecho—. Ese sobrino

mío va a nacer pidiendo pista. ¿Cómo va todo por allá?

—Estamos bien, Matt. Ejercitando a diario —rezongó—. Darius se complace en torturarme con pilates y caminatas. Sabes lo que me gusta eso —hizo una mueca y Matt soltó una carcajada corta.

Isabel dejó de sonreír despacio. Sostuvo el teléfono más cerca de su rostro, escudriñándolo a través de la pantalla con esa fijeza implacable de las mujeres de su sangre que no se dejaban engañar por las fachadas de los hombres de la familia. Lo conocía como si lo hubiera parido, y la rigidez de su mandíbula no le pasó desapercibida.

—Bueno, Matt —dijo Isabel, con una voz más baja, seria, pero cargada de un cariño inmenso—. Ahora dime qué te pasa. Tienes unas ojeras que te llegan a la boca, la mirada ausente y la voz rota. Te conozco, hermano. Estás al límite. ¿Qué está pasando con tus dos mujeres?

Matt soltó un suspiro largo, pasándose la mano por el cabello antes de entrelazar los dedos de forma tensa. La necesidad de drenar la verdad con la única persona que no lo juzgaría fue más fuerte que su disciplina profesional.

—Las adoro, Chabela. Joder, las adoro a las dos con el alma —confesó, y la voz le salió arrastrada por el cansancio—. Son preciosas, Isabel. Son distintas, pero tan jodidamente complementarias. Con Sheila siento un impulso salvaje de meter el cuerpo ante la bala, de protegerla del fango ahora que está limpia de las pastillas y comprometida con su terapia. Su resiliencia y su belleza me desarman. Y Taylor... Taylor es mi cable a tierra, la mujer con la que puedo desnudar mis cicatrices sin necesidad de usar máscaras. Estoy súper contento, de verdad que lo estoy, pero... Sabes que siempre soy abierto con mis amigos, pero no he dicho una sola palabra en la agencia, sin ser a Pipen, y poco. Evito a Elijah, al que adoro, como la peste. Ya sabes cómo es. Si se entera de que estoy metido en las camas de las dos hermanas...

Isabel lo escuchó en silencio, asintiendo a través de la distancia digital, con los ojos llenos de una comprensión dulce.

—Escúchame bien, manito —le interrumpió Isabel con suavidad—. Lo que tus amigos y la gente de la agencia quieren, Elijah incluido, es que seas feliz. Nadie que te conozca de verdad te va a juzgar. Tú no solo estás en sus camas, no lo digas así. Estás en sus corazones, y ella en el tuyo.

—Es así.

—Matt, eres generoso con el amor y te desvives por cuidar a los que te importan. El problema aquí no es lo que piense la agencia. El problema es lo que te estás haciendo a ti mismo en el proceso. No vas a poder sostener este ritmo de viajes y secretos sin terminar rompiéndote.

Tras cortar la comunicación, Matt se quedó a solas en la penumbra del despacho, contemplando la pantalla vacía del ordenador. Las palabras de su hermana le dolieron en los huesos porque arrastraban una verdad innegable. Era inmensamente feliz, sí; tenía el amor de las dos mujeres que le habían devuelto la vida.

Pero su físico estaba sufriendo las consecuencias del poco sueño, las horas infinitas al volante en las carreteras nocturnas y los viajes constantes entre Providence, Boston y el apartamento de Taylor.

CAPITULO 28

El silencio en la suite de Boston solo era interrumpido por el rumor amortiguado del tráfico que subía desde la avenida. La pantalla del televisor proyectaba el menú principal de una película que nunca llegaron a reproducir, tiñendo las paredes de un resplandor azulado y constante.

En mitad del gran sofá de terciopelo, Matt yacía desplomado de lado, con un brazo colgando hacia la alfombra y la cabeza apoyada en un cojín de seda. Se había quedado dormido media hora después de cruzar el umbral de la suite, rendido antes de que el servicio de habitaciones pudiera subir la cena que habían encargado.

Sheila permanecía sentada a su lado, con las piernas cruzadas y una taza de té templado entre las manos, contemplándolo. Su mirada recorría con una mezcla de fijeza y ternura las facciones del guardaespaldas. Sin la rigidez que adoptaba cuando estaba en servicio y desprovisto de la tensión de sus ojos negros, el rostro de Matt delataba un desgaste físico brutal.

Tenía unas ojeras violáceas que le surcaban la piel debajo de las pestañas menores y la línea de la mandíbula se mostraba relajada por un cansancio que parecía nacerle de los huesos.

Sheila se solazaba con la visión de su cuerpo corpulento, sintiendo el orgullo posesivo de tenerlo allí, pero la boca se le llenó de una amargura limpia al comprender el motivo de esa fatiga.

Se estiró para dejar la taza sobre la mesa de cristal y alargó los dedos, rozándole apenas un mechón de cabello oscuro que le caía sobre la frente. Matt ni se inmutó; su respiración seguía siendo profunda, pesada, el sueño de un hombre que corría al límite de sus fuerzas mecánicas. Sheila suspiró, apartando la mano con una mezcla de culpa y resolución.

Sabía que ella lo absorbía con sus demandas, su desintoxicación y las hordas de fans que ahora la perseguían tras el éxito del programa de fitness. Pero también sabía a dónde iba Matt

cuando desaparecía por las madrugadas de la suite. Iba al sur. Iba con Taylor.

Agarró su teléfono móvil, que descansaba sobre el reposabrazos, y descubrió un mensaje en la bandeja de entrada. La pantalla parpadeó, mostrando el nombre de Isabel.

Sheila se había estado escribiendo con la hermana de Matt de forma esporádica durante la últimas semanas, buscando en ella un cable a tierra para entender al hombre que compartían. Leyó las líneas y la última frase le provocó una punzada directa en el estómago:

ISABEL: *Cuida a mi manito, Shei. Es mi familia querida, el hombre más generoso que conozco, pero se está desviviendo por sus dos amores y va a terminar rompiéndose en mitad de una carretera. Habla con Taylor.*

Sheila se quedó mirando las palabras hasta que la pantalla se oscureció. La ira y los celos que la habían devorado en el tráiler del desierto ya no estaban; la terapia y la distancia de las pastillas le habían limpiado la sangre, permitiéndole ver la realidad con una madurez que la asombraba a ella misma. Matt se estaba matando por mantenerlas a salvo a las dos, dividiéndose en dos mitades para no dañar a ninguna.

Con los labios apretados y el pulgar firme sobre el cristal, Sheila abrió el chat de su hermana. Hacía meses que no le escribía un texto que no tuviera que ver con un saludo, agradecer una felicitación por su éxito o coordinar alguna comida para Matt cuando iba de una a la otra. Pero esta noche las reglas de las Miller tenían que cambiar.

SHEI: *Necesito verte mañana en tu apartamento. Es por Matt. Tenemos que hablar.*

+++

Taylor caminaba de un lado a otro del salón de su pequeño apartamento, con los brazos cruzados sobre el pecho y los nervios a flor de piel. El siseo del agua hirviendo en la cocina la obligó a

detenerse. Apagó el fuego de la tetera y se frotó las sienes, sintiendo que el corazón le latía con una cadencia frenética.

Llevaba dos horas limpiando las superficies y ordenando los cojines, una inercia neurótica diseñada para no pensar en lo que estaba a punto de ocurrir. Sheila venía en camino.

Su hermana iba a cruzar la puerta de su refugio privado por primera vez y temía sus intenciones. Probablemente quitarla del mapa de Matt. Tragó saliva y se armó de valor.

No te dejes impresionar por ella. No puede decidir por los tres. Matt es quien debe decidir entre las dos, o tú. En última instancia, solo tú, Taylor.

El timbre sonó con dos golpes secos, cortando el aire del apartamento. Taylor sopló, se alisó la blusa con manos trémulas y caminó hacia la entrada. Al abrir la puerta se encontró con una estampa que la desarmó.

Sheila estaba allí, pero no llevaba el abrigo de diseñador ni el maquillaje de Natasha Morozova. Vestía unos vaqueros sencillos, una chaqueta vaquera holgada y las zapatillas que Taylor le había comprado.

Su gorra de visera y las gafas la hacían anónima y cuando se quitó estas, la mirada que la encontró fue de una timidez tan humana que Taylor recordó de golpe a la niña que se escondía en su habitación cuando el mundo se ponía horrible.

—Hola, Tay —susurró Sheila, manteniendo los brazos pegados al cuerpo—. ¿Puedo entrar?

—Sí, claro. Pasa —Taylor se hizo a un lado, cerrando la puerta tras ella.

Al principio, la atmósfera en el salón fue densa, cargada de cautela. Se sentaron en los extremos opuestos del pequeño sofá, separadas por un vacío de años de competencia y silencios obligados.

Taylor le ofreció una taza de té que Sheila aceptó, y por unos minutos mantuvo los ojos fijos en el vapor que subía de la porcelana. Ninguna sabía por dónde romper el hielo, hasta que el nombre de Matt se materializó de forma inevitable.

—Se quedó dormido en el sofá anoche, Tay —soltó Sheila con una media sonrisa trémula—. Ni siquiera esperó a la cena. Tenía la cabeza de lado y parecía un oso de peluche gigante completamente noqueado. Creo que si hubiera entrado un batallón de la policía no se habría enterado.

Taylor no pudo evitarlo; una sonrisa breve y sincera le partió la rigidez del rostro al imaginar la escena. Sabía perfectamente cómo dormía Matt cuando el cansancio lo vencía: de golpe, pesado y sin defensas.

—Tiene esa costumbre de no admitir que está cansado hasta que se desploma —añadió Taylor con voz baja, el cariño tiñéndole las palabras—. Es un cabezota.

La mención del guardaespaldas suavizó las facciones de ambas, pero también trajo de vuelta la gravedad de la situación. El silencio regresó, pero esta vez fue un silencio limpio, desprovisto de la hostilidad del desierto.

—¿Qué estamos haciendo, Tay? —preguntó Sheila de pronto, girándose en el sofá para mirarla de frente, con los ojos claros inundados de madurez—. ¿Qué demonios estamos haciendo con nuestras vidas?

Taylor se encogió de hombros, bajando la vista hacia sus propias manos.

—Amar al mismo hombre, Shei —admitió con un hilo de voz, sintiendo que la confesión le pesaba en la garganta—. No deberíamos estar pasando por esto. Es una locura. Va contra todo lo que nos enseñaron.

—Es una puta locura —asintió Sheila, y por primera vez las lágrimas asomaron a sus ojos, resbalando por sus mejillas limpias—. Pero la verdad es que lo amo, Taylor. Lo amo con un miedo que me asusta porque es el único hombre que me ha mirado y ha visto a Sheila. Pero también te quiero a ti, hermana. Joder, te quiero. No importa lo que nos hayamos dicho en ese tráiler, no importa el veneno que te escupí por culpa de los celos... me dolió en el alma ver la devastación en tu cara cuando te enteraste de lo del vecino. No quiero que nos sigamos destrozando por un hombre.

Taylor soltó un sollozo ahogado, las compuertas de sus emociones hundiéndose por completo. Se inclinó hacia delante y, por primera vez en diez años, rodeó a su hermana con los brazos.

Sheila se aferró a ella con fuerza, escondiendo el rostro en su hombro mientras ambas lloraban con un llanto desgarrado, un drenaje necesario que se llevó por delante la culpa, la envidia y los escombros del pasado.

No supieron cuanto pasó, pero no apuraron el momento. Tenía años de retraso. Era purificador.

—Me duele tanto, Shei... —gimió Taylor, apretándola contra sí—. Me muero de culpa por no haber estado ahí cuando tenías doce años. Estaba tan ciega, tan metida en mis libros... Pensaba que mi única responsabilidad era estudiar para asegurarnos el futuro. Y la promesa que le hice a mamá en el hospital, de mantenerte a salvo, la hice consciente, porque así lo quise. A veces me pesó, pero... Joder, eras...

—Una perra, sí, lo acepto. La terapia me está ayudando, Tay —le aseguró Sheila, separándose despacio para limpiarle las lágrimas con los dedos—. La doctora me está enseñando que nadie tiene la culpa de la maldad de otros. Tú estabas creciendo, Taylor. No eras mi guardaespaldas. Pero Matt sí lo es. Él está en nuestra vida y nos está curando a las dos. Pero estamos agotando. Está demacrado, distraído en la oficina de Providence, corriendo como un demente de Boston a tu apartamento en las madrugadas solo para pasar tres horas contigo antes de volver al norte a cubrir mi seguridad. No va a aguantar, Tay. Se va a matar en la carretera.

Taylor se enderezó, recuperando una fracción de su seriedad habitual, aunque el rostro le temblaba por la emoción.

—Yo daré un paso al costado, Shei. Es lo que corresponde —dijo Taylor, tragándose el dolor de la resolución—. Tú lo necesitas más. Tu carrera está despegando y...

—No, no es lo que quiero y definitivamente no es lo que quiere Matt —la cortó Sheila con firmeza, tomándole las manos—. He reflexionado mucho, Taylor. Escuché a Matt hablar con su hermana por vídeo. Sus sentimientos son puros por las dos, le brotan del pecho con una limpieza que me dio vergüenza dudar de

él. Yo puedo aceptar compartirlo, Taylor... pero solo contigo. Sé cómo eres. Conozco tu rectitud y sé que no me vas a traicionar por la espalda. Pero debe haber reglas estrictas. Nadie en mi trabajo, ni las cadenas, ni los fans, pueden enterarse jamás de esto. Sería un escándalo que nos destruiría a los tres.

Taylor abrió los ojos con asombro, la timidez intrínseca de su personalidad guardada encendiéndose ante la propuesta logística.

—Sería horrible, Shei... la presión social, la opinión pública... No sé si tengo el valor para vivir en una estructura así. ¿Cómo se supone que funcionaríamos?

—No es como si tuviéramos que estar los tres metidos en la misma cama todo el tiempo, Tay —Sheila soltó una pequeña risa, restándole peso al tabú con una practicidad desarmante—. Hay formas de convivir en las que esto puede ser algo doméstico, maduro y organizado. Tú eres una adicta a agendarlo todo, a cuadrar los horarios y a manejar presupuestos.

Taylor parpadeó y asintió, de a poco subiéndose a bordo de lo que parecía insano, pero podía ser la solución. Sheila continuó:

—Necesitamos un lugar grande, una casa fuera del alcance de los paparazzis, con espacios independientes para cada una y zonas comunes donde compartir la vida con él. ¿Estarías dispuesta a intentarlo, Taylor? ¿A construir ese refugio con nosotros?

Taylor se quedó en silencio contemplando el salón de su apartamento. Miró el espacio vacío y luego el rostro esperanzado de su hermana. Pensó en Matt, en el calor de sus manos, en la dulzura con la que la hacía feliz. Pensar en perderlo, en volver a la soledad y quedarse con recuerdos... Dolía infinito.

—Lo amo, Shei. Lo amo demasiado como para perderlo —admitió en un susurro.

—No puede ser solo por temor a perderlo, Tay —le corrigió Sheila, apretándole los dedos—. Tienes que hacerlo porque quieres recuperar tu vida. Porque nos queremos las dos.

Taylor asintió despacio, sintiendo que una paz inédita le inundaba el pecho por primera vez en años.

—Está bien —cedió—. Vamos a intentarlo. Estoy aterrada —confesó en un hilo de voz.

—Yo también. Pero tengo esperanza, mucha. Haremos que funcione.

Ambas asintieron. No había fuerza más grande que el amor, y parecía que este sobraba entre ellos. Taylor rogaba que la rutina y las presiones no los rompieran a pedazos.

+++

El coche se detuvo frente a una verja de hierro forjado en una zona residencial arbolada y exclusiva a las afueras de Providence. Matt bajó del vehículo y le abrió la puerta a Sheila, frunciendo el ceño al observar el entorno.

Ella lo había traído hasta allí porque quería enseñarle una propiedad que un posible patrocinador de su ciclo de fitness le había recomendado para grabar unos contenidos exteriores, pero la logística del lugar no le cuadraba.

Era una casa señorial de piedra gris, rodeada de un jardín inmenso y protegida por altos muros que garantizaban una privacidad absoluta contra cualquier teleobjetivo.

—Shei, este perímetro es demasiado grande para cubrirlo yo solo si pretendes usarlo como set —advirtió, adoptando su tono profesional mientras subían los escalones del porche de madera.

—No te preocupes por el perímetro. Entra —respondió Sheila con una sonrisa misteriosa que encendió su curiosidad.

Sheila empujó la puerta principal de madera. Al cruzar el umbral Matt se quedó congelado en el centro del inmenso vestíbulo de entrada.

Taylor estaba allí plantada junto a la barandilla de la escalera de madera que subía al segundo piso. Vestía unos pantalones cómodos, llevaba el cabello suelto y sostenía tres copas de cristal en una mano y una botella de vino en la otra.

No había tensión en su rostro; solo una serenidad dulce que a Matt le dio un vuelco en el corazón.

—¿Taylor? ¿Qué... qué está pasando aquí? —Matt miró a una y luego a la otra, completamente desorientado por la emboscada.

—Bienvenido a casa, Matt —dijo Taylor, acercándose despacio para dejar las copas sobre una mesa auxiliar.

Sheila se colocó a su lado, entrelazando su brazo con el de su hermana en un frente unido que lo dejó sin palabras. Con una fluidez que denotaba que lo tenían todo planificado, las dos hermanas lo guiaron por un recorrido exhaustivo a lo largo de las estancias de la enorme propiedad señorial. Matt no salía de su asombro, pero una pequeña chispa crecía en él.

—Manejamos esto juntas, Matt —le explicaba Taylor, mientras recorrían el ala este—. La casa está registrada bajo una sociedad anónima independiente de mi empresa para que ningún periodista pueda rastrearnos. Arriba hay dos dormitorios principales enormes, dos suites maritales idénticas con camas king size y baños integrados que tienen bañera de mármol, ducha independiente y vestidor propio. Una para Shei y otra para mí. Nadie invade el espacio de la otra. También hay otros tres dormitorios más espartanos en el ala oeste para las visitas o el personal de la agencia si fuera necesario. O para ti, cuando te canses —dijo quedo y con una sonrisa adorable.

—Y aquí abajo tienes tu templo. También mio, por supuesto —añadió Sheila, abriendo las puertas dobles de una estancia luminosa que daba al jardín trasero—. Un gimnasio perfectamente dotado con pesas, poleas y suelo de goma para los entrenamientos. Y al lado, una oficina espaciosa para que Taylor pueda gestionar sus proyectos.

Matt caminaba en silencio con los ojos oscuros desorbitados por el asombro y el pecho subiendo y bajando con fuerza. Examinó la cocina enorme equipada con electrodomésticos industriales y una mesa de madera rústica diseñada para compartir desayunos prolongados, y luego el living alternativo, una sala más pequeña e íntima con chimenea, sofás profundos y estanterías de libros pensada para mirar televisión, leer o escuchar música lejos del ruido.

No podía creérselo. Las dos mujeres que habían estado a punto de destrozarse en el desierto habían construido un refugio doméstico impecable para albergar su amor tripartito. Al regresar al gran salón principal, Matt se detuvo, conmovido hasta la médula.

Se giró hacia ellas, las tomó a ambas de las manos y las atrajo hacia su cuerpo con una fuerza que buscaba unir las en un solo bloque de carne. Se inclinó y les besó las mejillas con una ternura profunda, pausada, sintiendo que los ojos se le humedecían por un alivio que le desbordaba el pecho.

—Joder... no sé qué decir —admitió, la voz ronca, rota por la emoción—. Esto es... es un milagro. Gracias. De verdad, gracias por no rendirse. Yo... Las amo tanto... —su voz se quebró.

No seas pendejo. No vayas a llorar, Matt, no lo hagas. Míralas. Dios, son tan hermosas. ¿Cómo cojones tienes tanta suerte?

Taylor le puso una mano en el pecho, obligándolo a sostener la mirada seria que la caracterizaba. Matt respiró hondo y asintió, sin palabras.

—Tenemos que poner las reglas sobre la mesa desde el primer día, Matt —declaró Tay con esa firmeza que a él le daba seguridad—. Esto no es un picadero para organizar tríos ni fantasías sexuales. Esto es un hogar. Eso es lo que queremos para los tres —tanto él como Shei asintieron con vehemencia—. Y para que funcione, la comunicación tiene que ser fundamental, vital. Somos tres personas con traumas diferentes y si alguna siente celos o incomodidad, se habla en el acto.

—Exacto —coincidió Sheila, asintiendo con madurez—. El tiempo compartido es necesario para mantener el equilibrio. Hemos acordado que la cena será nuestro momento obligatorio; todos los días que la logística del trabajo lo permita, nos sentaremos los tres a esta mesa a compartir la vida, sin pantallas de por medio.

Matt las miró, sintiendo que la fatiga acumulada de los viajes nocturnos desaparecía por completo ante la perspectiva de esa paz doméstica. No podía creer que lo que anhelaba se estuviera concretando, que ambas hubieran depuesto los egos, las viejas cuentas, los enojos, por este proyecto. Por su amor.

—Acepto cada maldita regla —prometió Matt, besándoles los nudillos a ambas—. Lo juro.

Por un instante solo hubo silencio y unión de cuerpos en una ofrenda de paz y un acuerdo de voluntades. Sus vidas iban a

cruzarse para volverse una. La emoción amenazó con quebrarlo y notó la misma sensación de incrédula felicidad en las dos.

Sheila miró su reloj de pulsera de golpe, soltando un bufido de fastidio profesional.

—Mierda, tengo que moverme ya si quiero llegar a tiempo a los estudios para la grabación del programa de la tarde. El tráfico de la salida va a estar horrible. Volveré en dos días con la primera parte de mis objetos personales para empezar a instalarme en mi suite.

Se acercó a Taylor, la rodeó con un brazo corto y le susurró algo al oído con una sonrisa cómplice que hizo que la mánager se sonrojara levemente:

—Todo va a estar bien, Tay. Cuídalo mientras vuelvo.

Sheila caminó hacia la entrada principal y Matt la acompañó hasta la puerta exterior. Antes de salir al porche, la acorraló contra el marco de madera y la despidió con un beso apasionado, fogoso, una entrega húmeda y profunda que le dejó claro que su posición en su pecho seguía intacta. Sheila le mordió el labio inferior con un gemido de posesión antes de subir a su coche y salir de la propiedad, dejándole el terreno libre con su hermana.

+++

Matt cerró la puerta principal con un chasquido sordo que decretó el inicio de su nueva realidad. Caminó hacia la estancia donde Taylor permanecía de pie, observándolo con una timidez trémula que le encendía las facciones.

No dijo nada; se acercó despacio, le tomó la mano derecha y se la llevó a la boca, besándole los nudillos con una delicadeza lenta que hizo que Taylor soltara un suspiro largo.

—Gracias, mi Tay. Sé lo que debió costar que...

—No, Matt. En verdad no costó tanto, te lo prometo. Fue... Fue necesario, pero curativo. Shei y yo... Estamos bien y queremos estar mejor. Y te adoramos.

—Voy a hacer lo imposible por responder a las expectativas. En todo sentido, mi preciosa.

Las emociones comenzaban a cambiar y ahora lo urgían al sexo. Quería demostrar de inmediato su adoración, pero eso vendría. Momentos, quería construir momentos en esta casa ya. Hogar. Su hogar con Tay y Shei. Su vida.

Tomó las dos copas de vino sobre la mesa y le dio una a Tay, tomándola de la mano para recorrer el lugar otra vez, pero esta vez con la parsimonia de los dueños que reconocen su territorio.

El silencio de la casa señorial ya no era el vacío de una propiedad abandonada; estaba preñado de una complicidad líquida, de una sensualidad sutil que aumentaba con cada paso que daban sobre la madera pulida.

Terminaron el recorrido saliendo por las puertas dobles del fondo hacia el patio semi cerrado, un espacio íntimo rodeado de muros de piedra y cubierto por una pérgola de madera donde la luz de la tarde comenzaba a desvanecerse, tiñendo el cielo de un azul profundo y estrellado.

Taylor dejó su copa sobre un mostrador de madera exótica y se giró hacia él. El viento fresco de la tarde le movió los mechones castaños del cabello, pero sus ojos estaban fijos en los de Matt con un hambre limpia, desprovista de la culpa que la había atormentado durante semanas.

Matt dejó su propia copa a un lado, acortó la distancia y la encerró entre sus piernas, haciéndola retorcer hasta el borde de una reposera, acorralándola con su envergadura. Se inclinó y la besó en los labios con una ternura pausada, saboreando su boca con una lentitud que a Taylor le erizó los vellos de la nuca.

Ella se aferró a sus hombros anchos abriendo los labios para permitir que la lengua de Matt entrara, profunda, cálida, reclamando su lugar bajo su piel. *Es tiempo de ser valiente y tomar la iniciativa, Taylor. Haz lo que tantas fantasías ha provocado. Están juntos. Goza.*

Rompió el contacto de sus bocas, pero no de sus miradas, mientras se deslizaba suavemente hacia abajo, arrodillándose sobre el suelo de madera del patio, justo entre las piernas del guardaespaldas. Matt soltó un jadeo sordo al comprender su intención.

Taylor levantó las manos, le desabrochó el cinturón con dedos firmes y le bajó la cremallera del pantalón, liberando su miembro que ya pulsaba con una rigidez encendida. Joder, esta polla era su juguete favorito, el único.

Tomó el largo con una palma temblorosa, maravillada por el calor y el tamaño, por la suavidad aterciopelada de la verga que palpitaba y se humedecía. Luego, se pasó la lengua por los labios y disfrutó del gruñido masculino.

—¡Putra madre, eres jodidamente sensual, Tay!

Encendida, se inclinó para regalarle un oral exhaustivo, largo y lento. La pija llenó su boca y pareció apoderarse de la misma. Trató de acomodar sus movimientos, de no morderlo, de que su lengua trabajara con devoción paciente, succionando la punta con movimientos rítmicos, dejando que sus labios se deslizaran por toda la longitud mientras su respiración caliente le golpeaba la base de los muslos.

Matt tiró la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos con fuerza mientras soltaba tacos roncós en español, enterrando los dedos en el cabello de Tay para sostener el equilibrio ante el placer brutal que ella le estaba provocando. Ella, Taylor, lograba esto. Rendirlo. Joder, un subidón.

Antes de que el impulso lo hiciera vaciarse, Matt la tomó por las axilas con sus brazos potentes y la izó del suelo de un solo tirón, depositándola de espaldas sobre la amplia reposera de madera del patio.

Quitar ropa del medio fue la urgencia primera y cuando lo logró, Taylor jadeaba con las piernas abiertas revelando la humedad que ya le empapaba la lencería oscura. Matt se deshizo de sus pantalones con movimientos urgentes, se posicionó entre sus muslos altos y la miró fijo a los ojos.

—Eres mía, Taylor. Joder, eres mi cordura. No puedo ir lento, no esta noche. Tómate todo —le susurró con la voz rota por la excitación antes de hundirse en ella de un solo golpe, profundo, firme, que los llenó a ambos por igual.

Taylor soltó un grito ahogado que se perdió en el viento del patio, arqueando su espalda baja y la pelvis mientras sus manos

acariciaban la piel de la espalda de Matt, arañándolo con una posesión salvaje.

El sexo entre ellos se desarrolló con una sensualidad exhaustiva, un ritmo lento, castigador y profundo que se regocijaba en el roce de sus pieles sudorosas y en el sabor del vino que todavía compartían en los labios.

Matt la poseía con golpes largos, ascendentes, saboreando su estrechez caliente, mientras ella le envolvía la cintura con las piernas, buscando más presión, fundiéndose en la dureza de su pelvis con una audacia que nunca antes se había permitido.

—¡Dame más, Matt! No te guardes nada... Fóllame duro, hazme correr.

—Hermosa... Tan rica... Te voy a llenar de leche, mi Tay...

—¡Sí, sí!

Las palabras sutiles y las promesas mudas se mezclaron con los jadeos en mitad de la suite exterior. Era salvaje, era primario, era fuego en las pieles, en las respiraciones agitadas, en el sudor entre ambos. El ruido del roce tenía una cualidad despojada y casi pervertida de no ser más que sexo. Oh, si, esto era pasión arrolladora, pero también amor desesperado.

La mutua explosión los alcanzó primero a ella en una sacudida violenta y eléctrica que hizo que Matt se desesperara por vaciarse dentro de ella con un rugido sordo en su cuello, mientras Taylor se contraía a su alrededor en un orgasmo largo que la dejó temblando, con los ojos en blanco bajo el cielo azul.

Luego, abrazados en mitad de la reposera, cubiertos por el edredón de la noche y el siseo del viento entre los árboles, disfrutaron. Taylor apoyó la frente en el pecho de Matt escuchando el latido desbocado de su corazón mientras él la rodeaba con sus brazos protectores, besándole la coronilla con una devoción eterna.

—Casi había aceptado que no te vería más, Matt —confesó Taylor en un susurro roto, con las manos entrelazadas en su nuca—. Pensaba que dar el paso al costado era la única forma de no romper a mi familia. No sabía cómo mirar a Shei a la cara.

Matt le tomó la mandíbula con suavidad, obligándola a levantar el rostro para mirarlo con esa fijeza gélida y limpia que la

desarmaba.

—No podría haberte dejado, Tay. No puedo —le aseguró con firmeza—. Me pasa con las dos. Están tan adentro mío que no sé cómo respirar si me falta una de las Miller. Por favor, no renuncies nunca a esto. A mí. Vamos a hacer que esta locura funcione.

Taylor cerró los ojos sonriendo con una serenidad que le nacía del alma, sintiendo que los escombros del desierto finalmente habían quedado atrás.

—Aprenderemos a gestionarlo, Matt —concluyó ella, acomodándose contra su pecho—. Ustedes lo son todo para mí.

CAPITULO 29

El olor a café gourmet (indicativo de la mano de la esposa del jefe, Bianca) y a desinfectante era el sello de identidad de la cocina de la central de la agencia en Providence.

Matt permanecía apoyado contra la barra de formica gris sosteniendo una taza de cerámica blanca entre las manos. Tenía la mirada fija en el líquido oscuro de la cafetera, pero su mente seguía atrapada en las paredes de piedra de la casa señorial, rememorando el tacto de la piel de Taylor y la serenidad de los muros que ahora compartían.

Las facciones relajadas y la mente en calma luego de semanas, disfrutaba de un minuto de tregua antes de que el turno de oficina lo obligara a revisar informes de logística.

La puerta de vaivén de la cocina se abrió con un golpe seco, rompiendo la calma. Elijah entró al habitáculo y Matt hizo una mueca porque la expresión del cateto era conocida.

La sonrisa de suficiencia, el caminar lento y el silbido. Sí, el jodido se traía algo. En la mano derecha sostenía una caja de cartón blanca de una pastelería cercana, de la que emanaba un olor empalagoso a azúcar glaseado y manteca.

—Buenos días por la mañana, mi amigo —soltó Elijah, dejando la caja sobre la mesa central con un movimiento teatral. Miró a Matt, arqueando una ceja—. He traído el desayuno para el turno. Y mira lo que elegí especialmente para ti, Matt... Donas. Dos —hizo el número con sus dedos—. Dos donas de chocolate juntas en el mismo paquete. Sé que te gusta el juego doble, que eres hombre de mantener los recursos bien equilibrados.

Matt no le dio lugar al chiste malo. Malísimo. Sostuvo la taza con mayor tensión manteniendo la expresión adusta de su rostro, pero soltó un suspiro largo y pesado por dentro. Era la tercera indirecta de la semana.

Elijah llevaba días lanzando pullas sutiles sobre tríos, combinaciones dobles y menús de tres platos, demostrando que su radar de cotilla oficial de la agencia Pipen había captado el vaivén de Matt entre las dos residencias de las Miller antes de que se mudaran juntos.

En la esquina de la cocina, sentado frente a su portátil, Louie levantó la vista de la pantalla. El hacker de la agencia entornó los ojos con fastidio y miró a su novio.

—Elijah, por el amor de Dios, cállate la boca. Deja de arrastrar los cables —susurró, aunque aceptó el beso—. Tu sutilidad tiene la delicadeza de un tanque de guerra. Si sigues tirando del hilo, vas a terminar metiendo la pata.

Elijah soltó una risita displicente, cruzándose de brazos mientras se apoyaba en el borde de la mesa, ignorando por completo la advertencia.

—Por favor, Lou, me conoces. Yo solo soy un hombre generoso que comparte los dulces —Elijah volvió a clavar sus ojos vivaces en Matt, ensanchando la sonrisa—. Además, a nuestro chico se le nota en la cara. Tiene esa mirada de los hombres que están atendiendo dos frentes de batalla y no saben si la pólvora les va a alcanzar para el fin de semana.

Matt dejó la taza sobre la barra con un chasquido seco. Se enderezó, usando toda su envergadura física para recortar la distancia con Elijah, obligándolo a sostenerle la mirada seria, dura, que solía usar para amedrentar a los sospechosos en los perímetros.

—¿Algo que quieras saber de verdad, Elijah? —le preguntó directo, con un tono serio que borró parte de la burla del otro guardaespaldas.

Elijah parpadeó, pero no se amilanó. Su naturaleza de cotilla indomable era más fuerte. Se inclinó un centímetro hacia delante, suavizando el gesto, mostrando esa complicidad limpia de los hombres que han visto demasiada basura en el mundo como para asustarse por las formas del amor.

Elijah operaba desde un territorio libre de juicios morales tradicionales; le importaba un bledo la estructura, solo quería confirmar la jugada.

—Ya que lo mencionas, Matt... sí —admitió Elijah, bajando la voz a un susurro conspirador—. ¿Es verdad lo que se rumorea por los pasillos tácticos? ¿Que estás metido en mitad de las sábanas de las dos Miller?

Louie soltó un resoplido de fastidio al fondo, tapándose la cara con las manos. Matt sostuvo el aire un segundo, midiendo la respuesta, pero la fijeza de Elijah no tenía malicia, solo esa curiosidad insaciable que lo definía.

—Sí, Elijah. Es verdad. Y ahora, vivimos juntos —soltó Matt con una honestidad brutal que dejó al cotilla con la boca sutilmente abierta—. ¿Tienes algún problema con eso?

Elijah se quedó inmóvil un mili segundo, procesando el impacto de la confirmación directa. Luego, exhaló un silbido bajo y su rostro recuperó la elasticidad habitual, asintiendo con una mezcla de respeto y absoluto deleite.

—¿Problema? ¡Por favor! ¡Eso es tener categoría, manito! —exclamó Elijah, dándole un golpe afectuoso en el hombro—. Pero dime una cosa... ¿puedes conseguirme el autógrafo de Natasha Morozova en una de las portadas de la revista de fitness? Sabes como es Lou, está obsesionado con su rutina de piernas y con esa firma sería un incentivo.

—¡No me involucres, cateto! —dijo Louie con indignación.

Matt parpadeó, descolocado por el giro logístico de la conversación. Soltó un suspiro tenso, pero una media sonrisa de lado terminó por romperle la máscara de piedra.

—¿Detrás de eso andabas, pedazo de cabrón? —le espetó Matt, dándole un empujón leve en el pecho.

—¡Pues claro! ¿Qué más iba a ser? —Elijah agarró una de las donas de la caja y le dio un mordisco generoso, guiñándole un ojo con una picardía descarada—. La vida privada de mis compañeros me importa lo justo para tener material de chantaje afectuoso. Pero un consejo de amigo, ya que te veo esas ojeras de carretera nocturna... Descansa un poco, o vas a envejecer más rápido que los veteranos de la marina y vas a terminar necesitando la pastillita azul antes de los cuarenta. Y sería una pena romper ese mito de Pipen.

Louie soltó una carcajada desde su esquina, cerrando el portátil de un golpe. Matt negó con la cabeza, agarrando su taza de café mientras caminaba hacia la salida de la cocina, sintiendo que el peso del secreto se aligeraba por completo gracias a la descarada ligereza de este gilipollas. Su amigo.

+++

El reloj de pared de la cocina marcaba las ocho de la tarde. El ambiente estaba inundado por el olor reconfortante de un guiso de carne y verduras que Taylor había estado vigilando a fuego lento durante las últimas dos horas, un aroma casero que contrastaba con la inmensidad noble de las maderas de la estancia.

La mesa rústica del centro ya estaba servida con tres platos de loza blanca, tres copas y una cubertería sencilla que despojaba al lugar de cualquier pomposidad de catálogo de lujo.

Matt estaba apoyado contra la isla de la cocina, vistiendo unos pantalones cómodos y una camiseta gris. Observaba a Taylor moverse colocando las servilletas con simetría exacta que a él le causaba una ternura infinita. Ella se giró al escuchar el ruido de la verja exterior.

—Es ella —dijo Taylor, con una sonrisa dulce que le borró la seriedad de las facciones—. Llegó a tiempo.

En segundos la puerta principal se abrió y los pasos de Sheila resonaron en el vestíbulo, seguidos por el golpe sordo de sus maletas definitivas al ser depositadas en el suelo.

La estrella entró a la cocina quitándose una chaqueta ligera. Vestía ropa deportiva fina, llevaba el cabello rubio sujeto en un moño alto y su rostro mostraba esa limpieza radiante de las tardes de rodaje exitosas. Traía una carpeta de cuero bajo el brazo y los ojos brillantes.

Se acercó a Matt en el acto, se empinó y le plantó un beso rápido, sonoro, en los labios, antes de girarse hacia Taylor y rodearla con un brazo corto por la cintura, dándole un beso afectuoso en la mejilla.

—Huele a gloria aquí dentro, Tay —dijo Sheila, dejándose caer en una de las sillas de madera rústica y colocando la carpeta sobre la mesa—. Mi agente me llamó hace una hora, justo cuando salía del plató. Traigo novedades de la fiscalía de Maine. El asunto de Henry está cerrado de forma definitiva.

Matt se enderezó de inmediato, sentándose a su lado mientras Taylor servía las tres copas de vino y se colocaba en el extremo opuesto, cerrando el triángulo alrededor de la madera.

La atmósfera se volvió densa por un segundo, pero ya no era el pánico del pasado; era la expectación de los dueños que aseguran los cerrojos de su propiedad.

—¿Qué dijeron los abogados, Shei? —preguntó Matt, con los ojos oscuros entornados.

—Le revocaron la libertad condicional de forma fulminante en cuanto el informe de Logan y la policía del condado entró al registro federal —explicó Sheila, abriendo la carpeta para mostrar un documento oficial firmado—. El asalto con arma blanca en el motel y el secuestro agravado se han sumado a su expediente anterior. El fiscal federal no va a negociar, Matt. Le van a caer un mínimo de veinte años en una prisión de máxima seguridad en el norte, sin derecho a fianza ni a reducciones por buen comportamiento. Henry está enterrado en vida. No va a volver a ver la luz del sol ni a pisar este estado en el resto de su perra existencia.

Hubo un triple suspiro largo que pareció quitarles un peso de toneladas de los hombros. Tay estiró la mano sobre la mesa y atrapó los dedos de su hermana, apretándolos con fuerza.

—Se terminó, Shei —susurró Taylor, con las lágrimas asomando a sus ojos—. El frío de Maine se terminó para siempre. Estás a salvo. Estamos a salvo.

Sheila asintió, devolviéndole la presión de los dedos con una madurez asentada que conmovió a Matt. Ella luego lo miró y le dedicó una sonrisa limpia, llena de una gratitud eterna que valía más que cualquier tesoro.

—Estamos a salvo gracias a nuestro oso de la agencia —bromeó Sheila, rompiendo la solemnidad del momento con una risita viva—. Todo está bien. Incluso tenemos admiradores en la Agencia.

Un tal Elijah me llamó después para pedirme un autógrafo dedicado para su novio. Me dijo que te vio cara de necesitar vitaminas, Matt. ¿Qué le estuviste haciendo a mi hermana mientras yo no estaba?

Taylor se sonrojó de golpe hasta las orejas, desviando la mirada hacia su plato mientras su boca se abría con asombro por el descaro de la estrella. Matt soltó una carcajada ronca, potente, que llenó las vigas de madera de la cocina, sintiendo que la electricidad estática de los celos y el pasado finalmente se convertía en una dinámica agradable, madura y cómplice entre los tres.

Se sentaron a la mesa y compartieron los alimentos con una parsimonia feliz, conversando sobre los nuevos proyectos de la empresa independiente de Taylor y las rutinas de fitness que Sheila iba a grabar a la mañana siguiente.

No había pantallas de por medio, ni teléfonos interrumpiendo, ni el ruido de los paparazzis cruzando los muros de piedra. La primera regla de la convivencia se estaba ejecutando con una fluidez que azoraba y daba esperanzas.

Al terminar de cenar, el silencio de la noche se asentó en el refugio señorial. Taylor y Sheila se encargaron de recoger la mesa juntas, moviéndose por el espacio con una complicidad de hermanas que Matt se quedó contemplando desde el umbral, con el pecho ensanchado por un orgullo inmenso.

El laberinto de los tres tenía sus propias normas, desafiaba la lógica del mundo exterior y obligaba a jugar roles diferentes ante las cámaras, pero dentro de esos muros, las Miller y su guardián habían encontrado un frente unido, indestructible y eterno. Su final feliz estaba ganado en cada rincón de esta casa de piedra.

La logística eran detalles a construir y Matt, Tay y Shei no podían esperar a que esta se asentara. Habría desencuentros, eso asegurado. Habría rencillas, tal vez. Pero había amor y pasión y eso... Eso no se podía perder ni arriesgar. Eran tres caminos vueltos uno.

Espero que esta historia no convencional te haya gustado. Sigue con LOGAN, ya en preventa > rx.me/W5CNDV

FIN

NOVEDADES

Muchas gracias por leer. Confieso que esta historia me ha dado trabajo porque no quería nada burdo y si dar a cada personaje un perfil, razones y emociones. Espero que la disfrutaras.

Por favor, si puedes, reseña> en Amazon, en redes, haz correr la voz.

La que sigue es la historia de Logan, y te aseguro que es fuerte. Por ahora, te dejo la portada provisional y el enlace.

En AMAZON> [rxex.me/W5CNDV](https://www.amazon.com/dp/B08W5CNDV)

Un hombre letal. Una mujer rota. Y una pasión que desafiará todas las reglas.

Logan es un hombre de sombras, silencio y precisión. Como antiguo tirador de élite del ejército y ahora miembro clave de la agencia de seguridad Pipen, su vida se rige por el deber y el control absoluto. En su mundo, un solo parpadeo puede costar una vida, y no hay espacio para las emociones.

Hasta que la encuentra a ella.

Huyendo de las garras de una red de trata en Europa del Este, ella es una superviviente que solo conoce el miedo y el dolor. Ha sido vilipendiada y maltratada, pero en sus ojos aún queda una chispa de fuego que se niega a apagarse. Necesita aprender a ser libre; necesita aprender a vivir.

Logan debería entregarla a las autoridades y seguir con su misión, pero su instinto feroz y protector se desborda. Ella se convierte en su única prioridad. En la clandestinidad, la proximidad encenderá una atracción salvaje, una pasión ardiente y sin frenos que ninguno de los dos podrá contener.

Él la protegerá del mundo entero... aunque eso signifique quemarse juntos en el intento.

